

El Cajo Ilustrado



ROMEN

EL COJO ILUSTRADO

Año VI

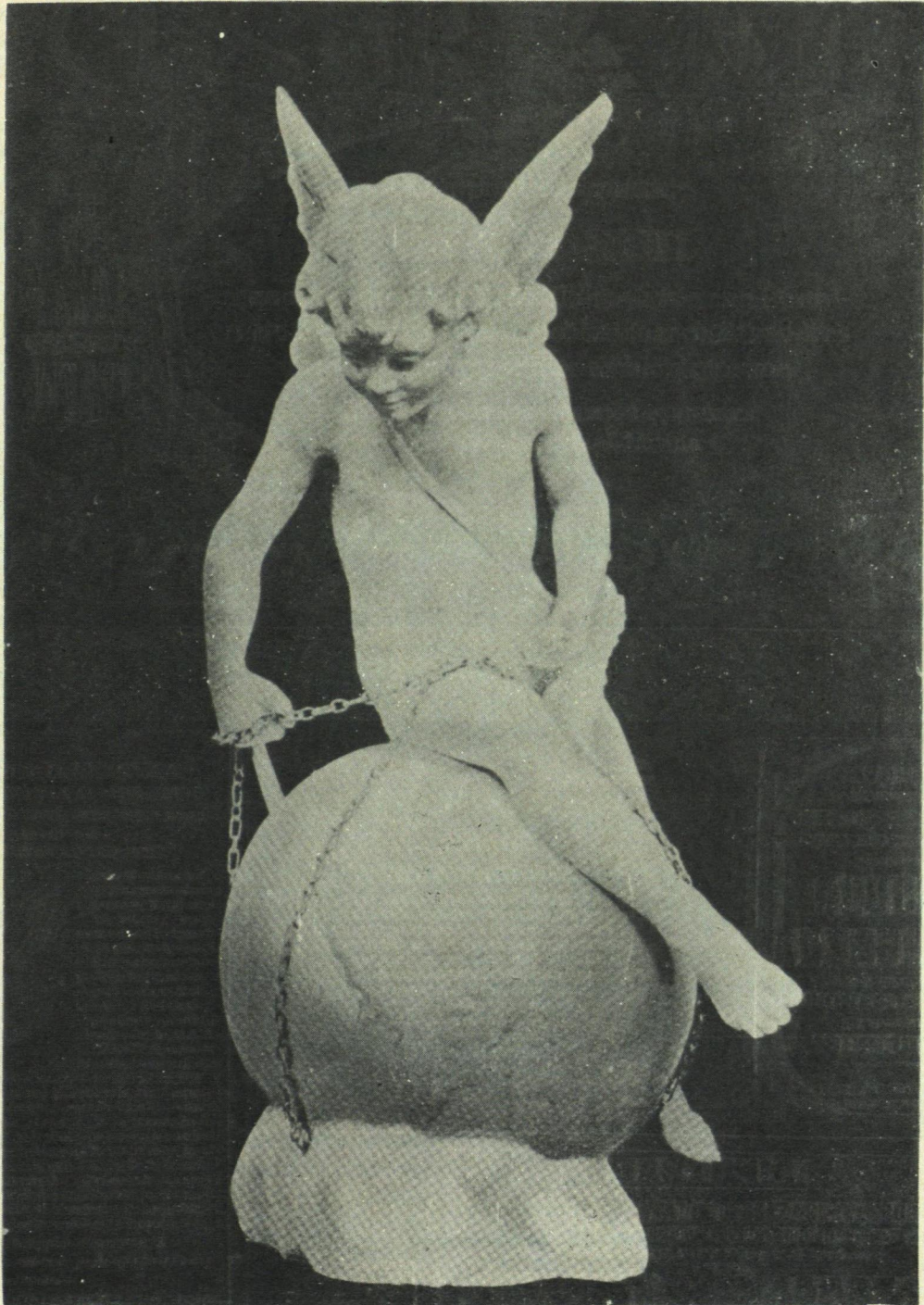
1º DE ENERO DE 1897

Nº 121

SUSCRICIÓN MENSUAL.....B 4
EL NUMERO DE GALA.....B 4

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES
J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION DE GALA



LA MUJER VENEZOLANA



ON buena voluntad y entusiasmo hemos propendido al lustre y crecimiento de la literatura patria, y hasta ahora creemos haber logrado que la juventud mejor animada exhibiese sus inspiraciones en este centro de acción á que la hemos convocado. Las ciencias han contribuído también á la obra con los maduros frutos del estudio, y las bellas artes en general han recamado las páginas de esta *Revista* ilustrada con las más hermosas producciones del ingenio.

Falta mucho por hacer; pero el camino está trazado, las mayores dificultades están vencidas y desde el punto que poseemos se divisa la meta altísima, como la Silla de Caracas en día sereno. Estamos orgullosos, no de nosotros mismos, que bien poca gloria nos cabe en las proezas intelectuales, sino de la generosa juventud que nos obsequia con perfumados ramilletes, de los pensadores que engrandecen la patria con cúmulos de elevadas ideas, y del público en general que nos recibe con los brazos abiertos en las expansiones del hogar.

A todos ofrecemos aquí el testimonio de nuestra sincera gratitud.

Mas queda un sér que, si bien no es colaborador activo en la obra colosal de la literatura, es numen inspirador, sin el cual la poesía no resplandece con sus verdaderos colores. El ave, el río, la flor, la brisa, la naturaleza entera en todas sus manifestaciones, son objetos de inspiración; pero tras ellos está la mujer que como hada invisible comunica vida y movimiento á las ideas y á los mismos objetos. Ella da luz á los antros, color á la hoja seca, voz al arroyo, calor al hielo, verdor al yermo, sonrisas á la atmósfera nebulosa. Ella es el verdadero numen.

En esos períodos de marasmo intelectual por que han pasado todos los pueblos, cuando parece que el alma duerme y el cuerpo pisa abrojos, es la mujer la que despierta y sacude el espíritu con los movimientos del corazón. Al choque rudo del

sentimiento y de la indiferencia, brota la chispa y esa chispa es la poesía.

A ese numen debe el poeta altares é incienso, y las Revistas literarias, como la nuestra, están doblemente obligadas á tributarle ofrendas.

Esto hacemos, colocando retratos de damas venezolanas á las cuales rogamos nos permitan poner el año que comienza hoy bajo sus auspicios.

No serán defraudadas nuestras esperanzas. Porque estas páginas nos dirán también con la muda elocuencia de la estatuaría, que aquella belleza del paganismo antiguo que inspiró á Praxiteles é hizo de la Grecia el eterno modelo, vive en nuestro suelo y en nuestra patria bajo la inspiración de las virtudes cristianas, como dechado de vírgenes y esposas.

¿Qué mucho si nos envanecemos de este nuevo triunfo, que es también triunfo de la sociedad en que nacieron esas diosas, futuras madres de las nuevas generaciones?

Al pensar que hemos recorrido por entre flores el año que terminó ayer y que el que comienza hoy viene adornado con las beldades tutelares que á la vuelta de cada foja encantan la mirada como flores medio ocultas por la verde enredadera, no podemos menos de augurar galana juventud, gloriosa vida y éxito completo á la misión de EL COJO ILUSTRADO.

Todo es aquí abajo instable: la mole de granito rueda al abismo como arrebatada el arroyo la florecilla de sus bordes; pero la voluntad que levanta monumentos perdura, porque esa voluntad es dón del Espíritu creador y está en su divina esencia.

El voto de todas las inteligencias desapasionadas ha prestado á nuestra Revista irrevocable y generosa sanción.

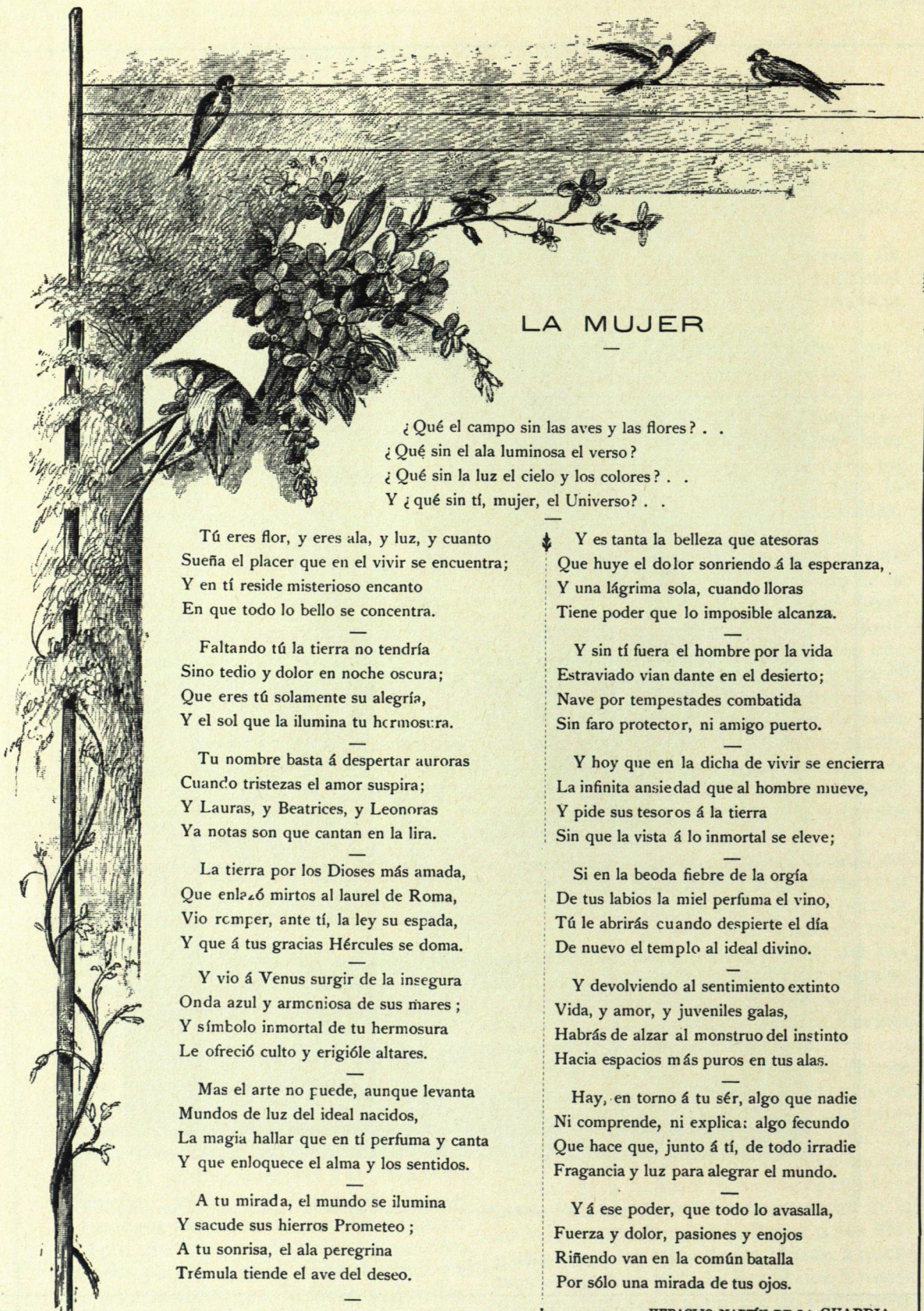
Viendo como se levanta la aurora de este día, primero del año de 1897 y del sexto de la fundación de EL COJO ILUSTRADO; presenciando ese sorprendente espectáculo, siempre nuevo, del sol que se eleva encendiendo luces de hermosos colores en el espacio, bendecimos al Soberano Autor de la creación y saludamos á la Patria, á sus Magistrados, á los hijos de las Musas, á nuestros colegas de toda la República, á nuestros suscriptores y al pueblo de Venezuela.

10 de Enero de 1897.



Flores Venezolanas

(CARACAS)



LA MUJER

¿Qué el campo sin las aves y las flores? . .
 ¿Qué sin el ala luminosa el verso?
 ¿Qué sin la luz el cielo y los colores? . .
 Y ¿qué sin tí, mujer, el Universo? . .

Tú eres flor, y eres ala, y luz, y cuanto
 Sueña el placer que en el vivir se encuentra;
 Y en tí reside misterioso encanto
 En que todo lo bello se concentra.

Faltando tú la tierra no tendría
 Sino tedio y dolor en noche oscura;
 Que eres tú solamente su alegría,
 Y el sol que la ilumina tu hermosura.

Tu nombre basta á despertar auroras
 Cuando tristezas el amor suspira;
 Y Lauras, y Beatrices, y Leonoras
 Ya notas son que cantan en la lira.

La tierra por los Dioses más amada,
 Que enlazó mirtos al laurel de Roma,
 Vio romper, ante tí, la ley su espada,
 Y que á tus gracias Hércules se doma.

Y vio á Venus surgir de la insegura
 Onda azul y armoniosa de sus mares;
 Y símbolo inmortal de tu hermosa
 Le ofreció culto y erigióle altares.

Mas el arte no puede, aunque levanta
 Mundos de luz del ideal nacidos,
 La magia hallar que en tí perfuma y canta
 Y que enloquece el alma y los sentidos.

A tu mirada, el mundo se ilumina
 Y sacude sus hierros Prometeo;
 A tu sonrisa, el ala peregrina
 Trémula tiende el ave del deseo.

Y es tanta la belleza que atesoras
 Que huye el dolor sonriendo á la esperanza,
 Y una lágrima sola, cuando lloras
 Tiene poder que lo imposible alcanza.

Y sin tí fuera el hombre por la vida
 Estraviado vian dante en el desierto;
 Nave por tempestades combatida
 Sin faro protector, ni amigo puerto.

Y hoy que en la dicha de vivir se encierra
 La infinita ansiedad que al hombre mueve,
 Y pide sus tesoros á la tierra
 Sin que la vista á lo inmortal se eleve;

Si en la beoda fiebre de la orgía
 De tus labios la miel perfuma el vino,
 Tú le abrirás cuando despierte el día
 De nuevo el templo al ideal divino.

Y devolviendo al sentimiento extinto
 Vida, y amor, y juveniles galas,
 Habrás de alzar al monstruo del instinto
 Hacia espacios más puros en tus alas.

Hay, en torno á tu sér, algo que nadie
 Ni comprende, ni explica: algo fecundo
 Que hace que, junto á tí, de todo irradie
 Fragancia y luz para alegrar el mundo.

Y á ese poder, que todo lo avasalla,
 Fuerza y dolor, pasiones y enojos
 Riñendo van en la común batalla
 Por sólo una mirada de tus ojos.

EVA

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter, el «Fiat-lux» estremecía;
Era el sereno despertar del mundo
Del tiempo en la niñez.

Amanecía,
Y del Criador la mano soberana
Ceñía con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,
La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera
Las olas de oro de la luz primera,
Y levantando púdica su velo
Primavera gentil, rica de galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.

El monte azul, su cumbre de granito
Dejando acariciar por los celajes
Dispersos en el éter infinito,
En campos desplegada de esmeralda
La exuberante falda
De sus bosques tranquilos y salvajes.
Y cortinas de móviles follajes,
Cascadas de verdura
Cayendo en los barrancos,
Daban sombra y frescura
A grutas que fragantes tapizaban
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque presintiendo el día
Poblaba su arboleda de rumores,
El agua alegre y juguetona huía
Entre cañas y juncos tembladores,
El ángel de la niebla sacudía
Las gotas de sus alas en las flores.
Y flotaba la Aurora en el espacio
Envuelta en sus cendales de topacio.

Era la hora nupcial. Dormía la tierra
Como una virgen bajo el casto velo,
Y el regío sol al sorprenderla amante
Para besarla, iluminaba el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares
En un coro inefable preludiaban
Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Exhalado de todas las corolas,
Flotaba derramado en los cefiros
Que al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros;
Y cuantas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Inundaban de músicas el viento
Desatando el raudal de sus canciones.

Era la hora nupcial. Naturaleza,
De salir del caos aun deslumbrada,
Ebría de juventud y de belleza,
Virginal y sagrada,
Velándose en misterio y poesía,
Sobre el tálamo en rosas de la tierra
Al Hombre se ofrecía.

¡El Hombre!..... Allá en el fondo
Más secreto del bosque, do la sombra
Era más tibia del gentil palmero,
Y más mullida la musgosa alfombra
Y más rico y fragante el limonero;
Donde más lindas se tupían las flores
Y llevaba la brisa más aromas,
La fuente más rumores,
Y trinaban mejor los ruisiñores,
Y lloraban más dulce las palomas;
Do más bellos tendía

Sus velos el crepúsculo indeciso,
Allí el Hombre dormía,
Aquel era su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado
Se mostraba al nacer grande y sereno;
Dios miraba lo criado
Y veía que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de aurora,
De aquel instante en la sagrada calma,
A la sombra dormido de la palma,
Y del césped florido en el regazo
Estaba Adán, la varonil cabeza
En el robusto brazo,
Y esparcida á la brisa juguetona
La melena gentil; pero la altiva
Frente predestinada á la corona,
La noble faz augusta de belleza

En medio de su sueño, revelaban
Severa y melancólica tristeza.
El aura matinal en blando giro
Su frente acariciaba, y suavemente
Su pecho respiraba,
Pero algo como el soplo de un suspiro
Por su labio entreabierto resbalaba.
¿Sufria?..... En aquel retiro
Sólo el Criador con el dormido estaba.
Era el hombre primer, era el momento
Primero de su vida, y ya su labio
Bosquejaba la voz del sufrimiento.



La inmensa vida palpitaba en torno,
Pero él estaba solo. El aislamiento
Trasformaba en proscrito al soberano.....
Entonces el Criador tendió su mano
Y el costado de Adán tocó un instante.

Suave, indecisa, sideral, flotante,
Como el leve vapor de las espumas,
Cual blanco rayo de la luna, errante
En un girón de tenebrosas brumas,
Emanación castísima y serena,
Del cáliz virginal de la azucena,
Perla viviente de la aurora hermosa,
Ampo de luz del venidero día
Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo sér que vida recibía,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adán.... Adán dormía.
¡La primera mujer! Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbré
La mañana primer de las mañanas.
¿Viste luégo en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas

Alguna más gentil, más hechicera,
Más ideal que la mujer primera?
La misma mano que vistió la tierra
De azules horizontes,
Los campos de esmeralda,
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscuro su falda;
La que en las olas de la mar sombría
Alza penachos de brillante espuma,
Y corona de arco-iris y de bruma
La catarata rápida y bravia;
La que tiñe con mágicos colores
Las plumas de las aves y las flores;
La que tan bellos pinta esos celajes
De oro y ópalo y púrpura que forman
Del cielo de la tarde los paisajes;
La que cuelga en el éter cristalino
El globo opaco de la luna fría
Y en el zenit espléndido levanta
La corona del sol que lanza el día;
La que al tender el trasparente velo
Del ancho firmamento, como rastros
De sus dedos de luz dejó en el cielo
El polvo fulgoroso de los astros;
La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perennial hechizo,
La del Eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer.....esa te hizo!

La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora
Y el casto rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadora
La pureza y la luz. Los frescos labios
Como la rosa purpurina, rojos,
Esa mirada en que fulgura el alma
En los rasgados y brillantes ojos,
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en olas de flotantes rizos.
Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz que se mezclaba
Del albor al crepúsculo indeciso.....
Eva era el alma en flor del Paraíso.

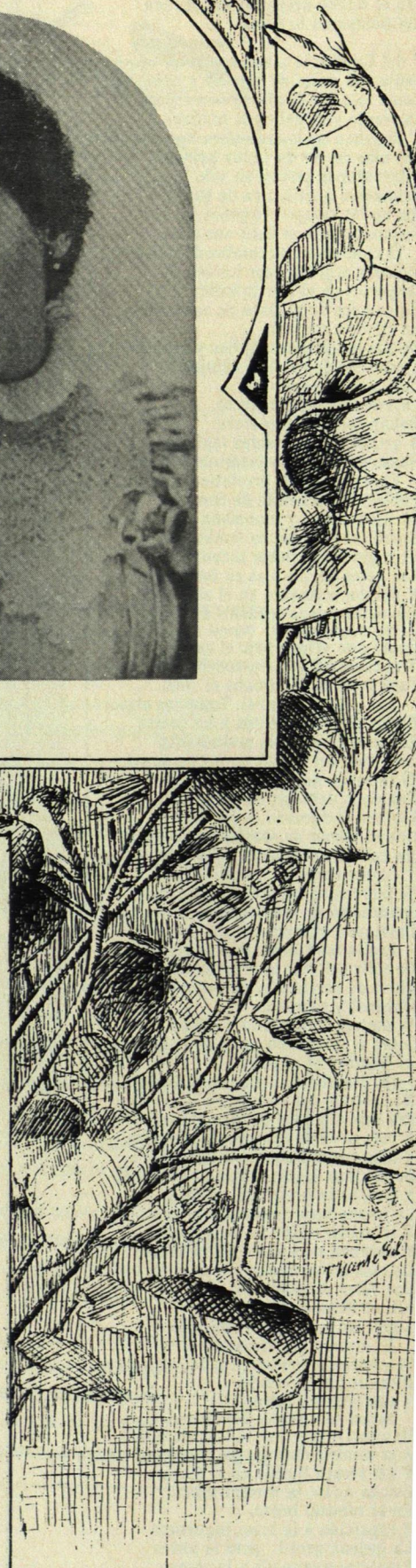
Y de ella en derredor, rica la vida
Se agitaba dichosa;
Naturaleza toda palpitante,
Como á la virgen trémula el amante
La envolvía cariñosa.
Las brisas y las hojas le cantaban
La canción del susurro melodioso
Al compás de las fuentes que rodaban
Su raudal cristalino y sonoro;
En torno cefirillos voladores
Su cabello empapaban con aromas,
Suspiraban pasando los rumores
Y trinaban mejor los ruisiñores
Y lloraban más dulce las palomas;
En tanto que las rosas extasiadas,
Húmedas ya con el celeste riego,
Temblando de cariño á su presencia
Su pie bañaban de fragante esencia
Y se inclinaban á besarle luégo.

Iba á salir el sol, amanecía,
Y á la plácida sombra del palmero
Tranquilo Adán dormía;
Su frente majestuosa acariciaba
El ala de la brisa que pasaba
Y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba
Sobre el inquieto corazón las manos,
Húmedos y cargados de ternura
Los ya lánguidos ojos soberanos;
Y poco á poco, trémula, agitada,
Sintiendo dentro el seno, comprimido
Del corazón el férvido latido,
Sintiendo que potente, irresistible,
Algo inefable que en su sér había
Sobre los labios del gentil dormido
Los suyos atraía,
Inclinóse sobre él.....

Y de improviso
Se oyó el ruido de un beso palpitante,
Se estremeció de amor el Paraíso.....
¡Y alzó su frente el sol en ese instante!

MANUEL M. FLORES.
(Mexicano.)

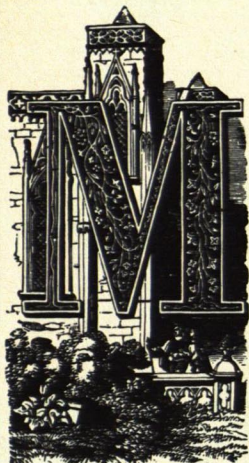




"Flores Venezolanas"

Morisca

(POR M. DÍAZ RODRÍGUEZ)



E recordarás aún, así como yo te recuerdo, gitanilla?..

Todavía te guardo en el corazón, tal como te hallé por la vez primera en la colina de la Alhambra, en el camino de aquel bosque de álamos negros que va de la Cuesta de los Gomeles al célebre alcázar morisco; todavía te guardo en el corazón, tal como te miré muchas veces en aquellos tibios y claros mediodías de

Abril: descalzos los pies, humilde el vestido, las mejillas como rosas quemadas del sol, los ojos profundos y diáfanos como el cielo de Andalucía, y un clavel muy rojo prendido en el moño muy negro.

Yo subía soñando con viejas cosas y tiempos viejos, pensando en Zegríes apuestos, Abencerrajes caballerosos y Gomeles arrojados. Por cada orilla del camino bajaba de la cumbre, cantando, un arroyuelo; y me figuraba que los dos arroyos iban diciendo, en su charlar indiscreto y continuo, historias de sultanas que amaron y fueron amadas en los jardines del Generalife, á la sombra de los laureles, por los senderos de arrayán. De cuando en cuando, en lo profundo del bosque, rompía el silencio una escala de notas temblorosas: eran los primeros ruiseñores, los ruiseñores de la primera cría que ensayaban sus tiernas gargantas. El sol, insinuándose por los claros del follaje, taraceaba fantásticamente el suelo con discos luminosos.

Y yo iba soñando con viejas cosas y tiempos viejos, oyendo con la imaginación el eco de zamboras alegres y los suspiros de serenatas melancólicas, errantes como sollozos de amor en el misterio perfumado de las noches granadinas.

De repente me vi en medio á un círculo de mujeres: únas, viejas, de rostros color de bronce, fatigados y mustios, que pretendían explotar mi piedad, mostrándome en los brazos á sus pobres *churumbelos*, niños de ojos garzos y enigmática sonrisa, arropados en pañales andrajosos; ótras, muy jóvenes, de atrevido mirar, que llevaban flores en las manos y en el cabello, y mientras me ofrecían las flores de sus manos, me provocaban con la flor de su belleza, destinada á entreabrirse precozmente, dejando correr de su corola, en un río de fragancia, el capitoso aliento de la tierra andaluza. Y todas me adulaban con gestos de cariño y frases halagüeñas, persuadiéndome las viejas á que regalara una moneda á sus chiquillos, obligándome las jóvenes á que les comprase rosas y claveles. Sólo tú, como indiferente al asalto de que yo era víctima, permanecías á un lado, inmóvil, sin decir palabra, observándome de hito en hito con una mirada misteriosa. Seducido por tu actitud reservada y discreta, quise á tí sola comprar flores..... Pero, cuando iba á darte dinero en cambio de tus rosas, encendiéronse tus mejillas y echaste á correr, dejándome perplejo.

Desde aquel momento empezó un idilio, tal vez el último idilio casto de mi juventud errabunda. Y todavía no sé cuál de los dos fue más tímido, gitanilla: si el viajero á quien dijiste claramente que lo amabas

con tus maneras y tus flores, ó tú que, á veces, para verlo pasar, te escondías en el bosque, tras el tronco de los álamos negros. Cuando no te encontraba á mi paso, en el sitio de costumbre, mi corazón te presentía, te adivinaba oculta en la espesura, atisbándome por entre las ramas con tus ojos vibrantes como centellas.

Raras veces hablábamos, y en el fondo del bosque parecía como si los ruiseñores quisieran en sus cantos burlarse de nuestro idilio mudo, mientras que los mismos arroyuelos del camino, maliciosos como nunca, en vez de pasar contando historias de sultanas amorosas, venían cuesta abajo desternillándose de risa..... Ah! ¿Por qué no cambié, entonces, mi traje estrecho y ruin por el traje holgado y pintoresco de tus compañeros de tribu? Quizá no padecería lo que ahora padezco, gitanilla: sería feliz, aun habitando la cueva, abierta en la roca suspendida sobre el Darro, en donde me invitaron á reposar, una tarde, tus camaradas; viviría contento, siempre al lado tuyo, marchando al través de horizontes dudosos, hacia comarcas desconocidas.

Pero las sendas largas están llenas de peligros, y la mía es de esas: está sembrada de flores malévolas; entre la hierba suave que la tapiza hay redes traidoras ocultas; en sus orillas hay mares y lagos azules y quietos, de cuyas profundidades surge, y como un beso resbala por las ondas, el cantar voluptuoso de Sirenas falaces; y en todas sus revueltas existen ojos, como lagos de cristal impasible y sereno, que son prisiones de luz. En una de estas prisiones gimo encerrado, gitanilla, suspirando por mi vida aventurera, por todos los paisajes en medio á los cuales he vivido, por todos mis amores y todos mis idilios fugaces de viajero, sin esperanzas de futura libertad, y sin otro consuelo que el de verte á través de mi nostalgia eterna, así como te miré muchas veces en aquellos tibios y claros mediodías de Abril: descalzos los pies, humilde el vestido, en las manos un ramillete de flores frescas, las mejillas como rosas quemadas del sol, los ojos diáfanos y profundos como el cielo de Andalucía, y un clavel muy rojo prendido en el moño muy negro.

Rosas blancas

(POR JUAN DE SANCHEZ)



NA tarde se paseaban bajo los ramajes en flor, cogiendo rosas blancas.

—Mira,—le dijo él,—plante-mos un rosal, y nos casaremos cuando esté florido. Sus primeras rosas serán tu corona nupcial.

—¡Sea!—respondió ella.

Y en un rincón del jardín, cerca de un naranjo, con sus dedos finos y delicados, hizo ella un pequeño hoyo en la tierra negruzca. Allí plantó un brote.

Desde ese día, todas las mañanas al despertar, apenas envuelta en su peinador color de rosa, iba ella, con un jarrito de agua en la mano, á regar el pequeño árbol.

¡Con cuánto susto pasó el invierno, temiendo que las brisas frías mataran la savia de las débiles ramas!

Cada hoja seca que caía la guardaba, porque aquel rosal era para ella como su felicidad misma.

El, muy á menudo y sonriendo, le preguntaba:

—¿Y las rosas?

—Ya vienen cerca,—contestaba ella, ruborizándose.

A la segunda primavera, aparecieron dos primeros botones.

Ese día, poco faltó para que se volviera loca de contento.

Iba y venía por toda la casa, contando á todo el mundo su ventura, y pasó más de una hora, arrodillada ante el rosal, los ojos fijos en el estuche de las primeras flores.

Pero, ese día, su amante no vino.

No vino al día siguiente, ni después.

Y ella, que veía como se abrían los botones y empezaban á nacer las rosas, se puso pálida y triste, y, vagando solitaria por los jardines, sentía en su alma el horrible frío de la muerte.

Y aquel rosal, que tanto amaba antes, era para ella, ahora, como la imagen viviente de sus ilusiones muertas.

Ya no le cuidaba; por el contrario, procuraba no verle: hubiera dado mucho porque se secara, muriera...

Más de una vez pensó en arrancarlo, antes de verlo ostentar las primeras rosas; pero no tuvo valor para ello.

Y llegó un día en que la pobre niña murió de pena, y, entonces, su madre, la vistió de blanco y la adornó de flores.

Y las primeras rosas blancas que debieron ceñir su frente de alegre novia, fueron la diadema de sus desposos con la muerte.

El mejor canto

(POR ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS)



NA tarde me dijo la amada de mi corazón:

—Dime uno de aquellos cantos que tú sabes, poeta pálido del país de la nieve; uno de aquellos cantos que hablan de rubias mujeres, cautivas en fortalezas oscuras, y de garridos donceles que al pie de la ventana ojival cantan sus amores al són del laúd.

Vibraba en nuestros corazones la primavera de la vida, y la brisa llegaba á nosotros, llena de aromas, cantando la primavera de la naturaleza tropical.

A los naranjos en flor del parque empezaban á llegar las aves de plumas doradas, y en el azul del cielo brotaban las primeras estrellas, en tanto que á lo lejos, sobre el lago dormido, resplandecía la última llamarada del sol.

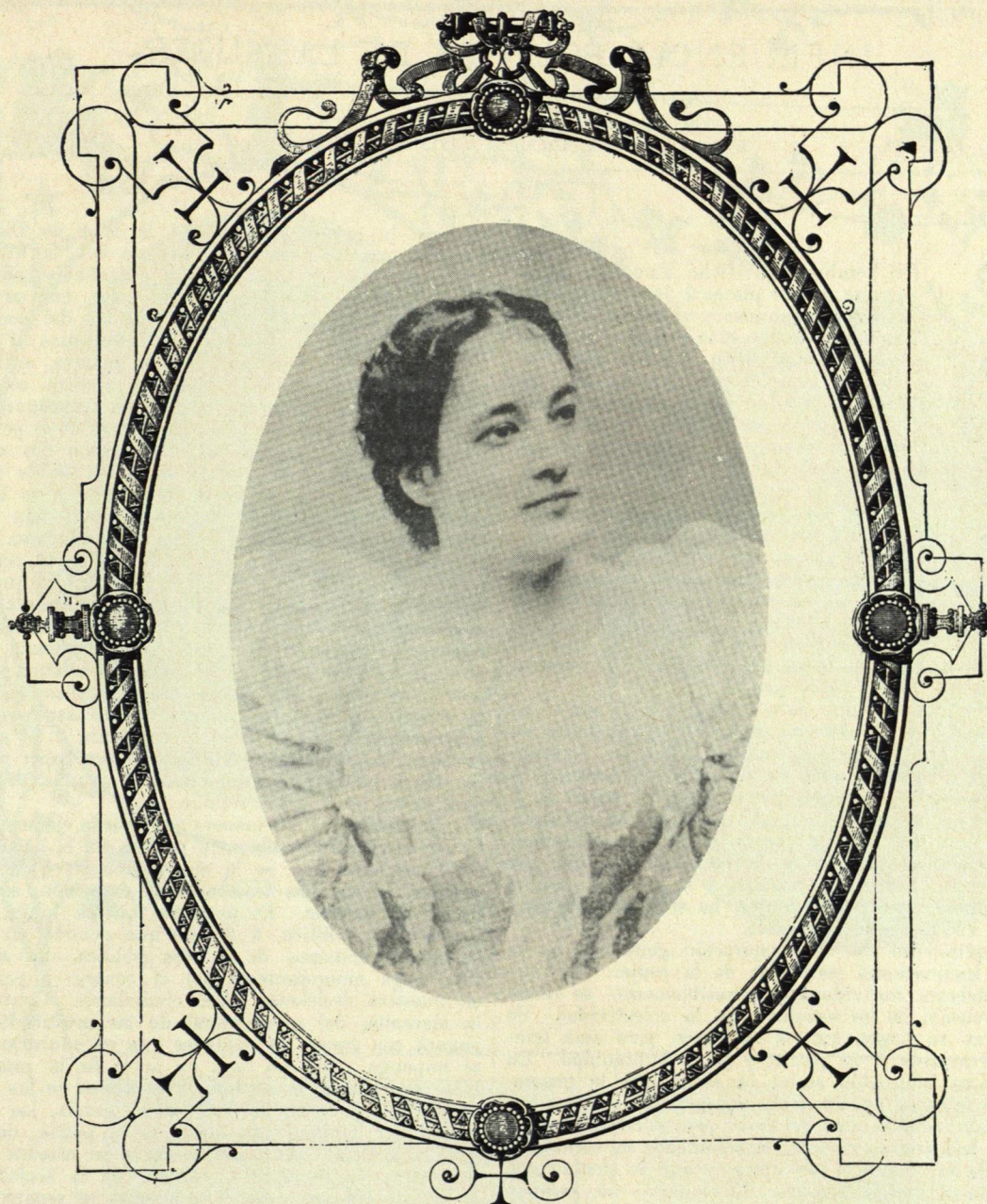
Con sus ojos grandes y azules clavados en mí, y con sus rubios cabellos regados por los hombros de nieve y de rosa, allí, á mi lado, en aquella tarde de sueños y de amor, parecía una de aquellas hermosas cautivas, á quienes cantaban los garridos donceles, al són del laúd de oro, al pie de la ventana ojival.

Cojí en mis manos trémulas sus manos de alabastro, y con timidez llevé á sus labios ardientes los labios míos, donde dormían los besos.

La noche empezó á cubrirnos con sus alas de sombra, y no me pidió más cantos la amada de mi corazón.

(DE SELGAS)

La flor guarda en su seno líquida perla por si la niña alegre quiere beberla; y ambas lozanas una flor y una niña son dos hermanas.



LA MUJER

Solo, como la palma en el desierto,
mudo, como la boca del abismo.
triste, como la noche del recuerdo;
vago como la niebla del vacío;

árbol sin hojas,
astro caído:

tal era el hombre en la primer mañana,
sonámbulo del sueño del destino.

Efluvios de la luz fecundadora,
aromas de los gérmenes divinos,
estrofas de dulcisi na salmodia,
rumores de los bosques y los ríos;

coro inefable
de inmensos himnos,

como un presentimiento de la gloria,
brotaba al rededor de su camino.

La bruma vagarosa de los mares,
el hálito flotante del rocío,
el humo abrasador de los volcanes,
los reflejos del éter encendido

eran la mirra
del regocijo

que en el gran incensario del espacio
quemaba el universo agradecido.

Los mundos palpitaban de alborozo,
girando sin cesar en el vacío;
los cielos azulados sonrefan,
con la casta sonrisa de los niños;

¡hora suprema!
¡santo delirio!

La tierra era la virgen desposada,
y el sol brillante su nupcial anillo.

Y solo, como el árbol del desierto,
mudo, como la boca del abismo,
triste, como el silencio que precede
á la hora suprema del martirio;

roca gigante,
de un mar bravo,

el hombre se inclinaba silencioso
ante tanta grandeza confundido.

La semilla caída de la planta,
los metales que el fuego derretia,
las estrellas, eternas mariposas
volando en torno de la luz divina;

todo temblaba
de amor herido:

sólo el hombre, los labios calcinados
no mojaba en la copa de la vida.

Los vientos celebraban sus amores,
besando al Océano en la mejilla;
las aves se decían sus secretos,
volando por la selva florecida;

la luz fecunda
de eterna vida,

inundaba los mundos virginales
en ondas de celeste melodía.

Los astros al girar en el espacio
ardiendo en amoroso desvario,
se enviaban en sus ósculos de fuego,
de sus entrañas el caliente fluido;

y el hombre, mudo
como el vacío,

no entendió el lenguaje de las almas,
arropado en la sombra de sí mismo.

Dios estaba inclinado hacia la tierra
oyendo la plegaria de los orbes,
contemplando en el vidrio de los mares,
de su aureola de luz los resplandores.

Una lágrima ardiente, cristalina,
se desprendió de su pupila entonces:
gota fecunda, de fecunda vida,
que refractó la lumbre de los soles.

La tierra abrió los sudorientos labios,
entreabrieron sus pétalos las flores,
y aquella gota de la eterna aurora,
fue un beso de celestes bendiciones.

Y el hombre, mudo, solitario, triste,
sintió el fuego de mágica fruición,
y vio que de su sombra se elevaba
una llama de tibio resplandor.

Era un soplo del genio de la vida,
un rayo de la eterna inspiración;
el perfume inmortal de la esperanza,
la rima de la luz y del amor.

Era Eva, la sonrisa de los cielos,
la nota musical de una oración,
la mujer, el compendio de lo bello,
la hija de una lágrima de Dios.

Y el hombre, mudo solitario triste,
balbuceó un himno de celeste amor;
y exhaló sus cadencias más sublimes,
el arpa colosal de la creación.

OLEGARIO V. ANDRADE.

INFLUENCIA POLITICA DE LA MUJER

PARA "EL COJO ILUSTRADO"



LOS hombres, ha dicho Rousseau, serán siempre lo que plazca á las mujeres: si los queréis grandes y virtuosos, enseñad á la mujer lo que es la virtud y la grandeza de alma.—En el actual estado de las ciencias morales, no importa tanto esforzarse en estudiar el origen y naturaleza de la influencia social de la mujer, como el remover obstáculos, desterrar preocupaciones y abrir nuevos y más expeditos derroteros á la marcha de la humanidad, para que esa influencia tenga mayor radio de acción y sea más eficaz y positiva. Importa que la mujer, en la esfera de su naturaleza, contribuya como el hombre al progreso de nuestra especie en el orden político, como contribuye en el orden moral y religioso. Para ello pareceme indispensable perfeccionar en sentido racional y práctico, la educación de la mujer, y desterrar de nuestras costumbres ciertas añejas preocupaciones.

Opino, no obstante, que para reintegrar á la mujer en la plena posesión de su derecho, no es necesario hacer de ella un patriota, ni siquiera concederle todos los derechos del ciudadano: basta educarla de manera que destinada á ser la compañera del hombre, pueda seguirle, animarle y consolarle en sus trabajos y en sus luchas en la multiplicidad de las relaciones sociales; basta que nos persuadamos, recordando ejemplos pasados y hechos recientes, que esa especie de ilotismo á que, con relación á la sociedad política ó civil, se quiere sujetar á la mujer, ha sido siempre muy difícil y se va haciendo imposible.

Al cumplimiento de esta aspiración generosa, no se oponen las inclinaciones naturales de la mujer. La que conoce los deberes individuales, insensiblemente se inicia en la comprensión de los sociales ó de la colectividad. Se siente bien en su hogar, ama á los suyos, pero ama también instintivamente á la patria y á la humanidad. En nuestra viciosa educación social es cierto que la generalidad de las mujeres no muestran comprender eso que pudiéramos llamar prodigalidad del amor, pero es cierto también que las que han podido cultivar debidamente su corazón y su inteligencia son fáciles á ese amor, y aun lo sienten con más vehemencia que el hombre. Educadas ó nó, escapan á veces á las ligaduras de la preocupación y de la costumbre, y todos los pueblos del mundo consagran en sus anales, páginas brillantes á la exaltación gloriosa de una heroína en bien de la patria.

¿En qué se apoya la tradicional oposición á que la mujer penetre en los misterios de nuestra religión política? La mujer posee todas las facultades características de la humanidad; su organismo intelectual y su estructura física son en su esencia, igual al organismo y á la estructura del hombre. Comprende lo bello, lo verdadero y lo bueno en su más elevada expresión; pero, abandonada á sí misma, generalmente no lo concibe con la pureza que lo concibe el hombre, porque la mujer cediendo fácilmente á los arrebatos de la imaginación y del sentimiento, no puede como el hombre familiarizarse con las abstracciones de la mente que le elevan á la estricta contemplación de la idea, ni con la frialdad del raciocinio que le permite, determinarse por motivos y le da el dominio de su voluntad. Pero lo que hacemos nosotros con la inteligencia, lo hace ella con el corazón: nosotros pensamos y sentimos como hombres; ella piensa y siente como mujer. ¿Por qué hemos de crearlos superiores á ella? ¿Por qué en las cuestiones que se rozan con la vida pública no hemos de conservar á la mujer en sus sentimientos naturales? ¿No la hemos visto siem-

pre, no la vemos hoy honrar la idea de Dios, que la lleva al amor universal, y hacerlo con la abnegación y el sacrificio de sus más puros y entrañables afectos.

Si, como se ha dicho tantas veces, con su irresistible ternura mueve las fibras más delicadas del corazón, si es nuestro consuelo en los grandes infortunios, si calma con la triaca de sus lágrimas nuestros pesares, anima nuestro semblante con su sonrisa, desarma nuestra cólera con su humildad y eleva nuestra alma y la transfigura, ¿por qué apartarla de nuestro lado en esas luchas de la política cuyos triunfos ó cuyas derrotas tan hondamente nos afectan?

No queremos que la mujer vote, hable en clubs y asambleas, intrigue, se agite, se mueva y se lance á ese palenque de intereses y pasiones, propio tan sólo de la viril actividad. Hay en la vida del ciudadano, situaciones, movimientos, actitudes incompatibles siempre con las inclinaciones naturales de la mujer; queremos que ésta conserve siempre toda su dignidad, su delicadeza, su gracia, que constituyen su encanto y aseguran su simpática influencia entre nosotros. Puede la mujer tomar parte en la vida pública, sin salirse del hogar doméstico, comunicándonos sus dudas, sus temores, sus esperanzas, todo el tesoro de sus misteriosas inspiraciones, y, en caso necesario, toda la vehemencia de su pasión que arrastra á las grandes resoluciones. No deseamos verla ni siquiera hacer público alarde de su patriotismo, como hacen algunas, con más vanidad pueril que buen sentido.

Eduquémosla de manera que pueda ejercer dignamente el ministerio de su influencia política en el hogar doméstico. Si, como hasta hoy, se la aparta de este objeto, los deberes sociales, en su más trascendental expresión, serán para la mujer un enigma. Es necesario que la mujer aprenda el lenguaje de política, á fin de que cuando en el seno de la familia tratemos de la cosa pública, nos comprenda é intervenga amorosamente por el consejo ó por la súplica en nuestras decisiones como ciudadanos. Contribuyendo á la elevación del nivel moral de las multitudes, la mujer pagará con creces los cuidados que en educarla la sociedad se imponga. ¿Qué no hará en favor de la propaganda del bien una mujer penetrada de la alteza de las virtudes cívicas? ¿quién resiste la dulzura, la gracia, los encantos de una mujer hablando en favor de la patria, de la libertad y de la justicia? Aun cuando sienta su cátedra en el hogar doméstico, en el círculo amistoso de la sociedad privada, el eco de esa voz cadenciosa y pura se esparcirá en ondas luminosas por todas las esferas sociales. Procuremos que la mujer contribuya al fin universal con algo más que con el sentimiento puramente religioso. Recordémosle que hay en el mundo muchos que sufren y lloran y mueren en la ignorancia y en la miseria á causa de nuestra viciosa organización política y social; digámosle que en el fondo de todo desvanecimiento patriótico, de toda pasión política, no siempre hay egoísmo y deseo de medro personal, hay muy á menudo únicamente el hermoso sentimiento de caridad, más ó menos bien dirigido, un ardiente amor al bien y á la justicia con variedad determinada; porque si la pasión política sólo en bajos sentimientos se inspirara, no produciría héroes y mártires en todos tiempos, en todas las naciones y partidos.

No contrariemos la natural inclinación de la mujer al verla interesarse en nuestras luchas de partido. Eduquémosla para que siempre digna y recatada, desde el fondo del hogar doméstico nos anime, siquiera con la mirada y la sonrisa afectuosa, al recorrer la escabrosa senda de nuestra regeneración moral y política en cuyos márgenes deja con frecuencia el hombre pedazos de su alma.





"Flores Venezolanas"

(CARACAS)

Filtro de belleza

(POR J. LA VANDÈRE)



OMANDO callejuelas misteriosas, de ella sola conocidas, se fue Elvina en busca de la maga. Levantábasele el pecho en la rápida carrera y sus largos cabellos flotantes le formaban un manto de tinieblas.

Los murciélagos, como almas inquietas y errantes en la tierra, azotaban sin ruido con sus alas felpudas las sombras dispersas, rozaban los alares de musgosos techos, se arremolinaban sobre estanques amarillentos y se perdían en el espacio. En lontananza vibraba lúgubrementemente una campana.

De súbito apareció una choza en una vuelta del camino con su ventana iluminada por un rayo rojizo. Elvina empujó la puerta y penetró en una pieza baja y siniestra llena de objetos extraños. Una anciana acucillada en un rincón, salmodiaba con voz ronca los versos de un encantamiento. Con los brazos rígidos levantados mantenía sobre una hoguera de hojas secas un corazón de animal, bañado en sangre.

—Bien, dijo, tomando un girón de tela de seda que le presentó la joven, ¿tú quieres preservar de sortilegios á la que usó este traje? ¿Quieres conocer su porvenir? . . . Quizás esté enferma; ¿vienes á pedirme remedios? . . .

Elvina á cada pregunta sacudía su cabecita negra, apretando los labios y con la mirada dura.

—No, dijo, quiero que me vengas de mi hermana Clea.

—Vengarte, y ¿por qué?

—Yo la aborrezco porque es suave é inefablemente pura, como esas tibias auroras de

junio en que pasan volando blancas palomas, porque tiene en sus ojos azules la profundidad y la limpidez de una onda sagrada . . . Te digo que la aborrezco porque es á ella á quien aman! . . .

Y levantándose, con la locura en el fondo de sus negras miradas, lanzó como un ronquido las letanías satánicas de la echadora de suertes, recogió el corazón palpitante, que estaba pisando, lo envolvió en el traje de Clea y lo atravesó con largos alfileres de oro.

Pero la anciana lanzó una carcajada.

—Deja ese corazón, Elvina, no siempre basta con hacer mal para vengarse . . . Tú puedes hacer á Clea infeliz sin que por eso la hagas menos bella.

—Dime, entonces, qué debo hacer para ser bella y amada? ¿No tienes aquí algún filtro poderoso, algún maravilloso veneno que pueda obrar ese milagro?

—Tengo plantas venenosas que hacen morir y raras esencias que prolongan los días . . . Tengo remedios para todos los males, y mi poder es ilimitado . . . Si, algo haré por tí, Elvina; tú eres joven, te pertenece el porvenir y no necesitas sino un poco de sol para que florezcán las rosas selectas que en tí llevas . . . Oye: tienes telas preciosas, corpiños de plata y de oro adornados de perdrería, encajes y joyas . . . Vuelve á tu casa, toma lo que te parezca de más precio y suplica humildemente á Clea que lo acepte . . .

—Pero . . .

—Ve, date prisa, y cuando me hayas obedecido, mírate en este espejito que te doy y quedarás satisfecha.

Tomó Elvina el espejo y partió corriendo en la obscuridad. Inmediatamente que llegó abrió sus cofres de ónix y marfil, sacó de ellos sus collares y anillos, sus abanicos de plumas, sus peines y sus perfumes, y luego encorvada por el peso de todas sus riquezas, fue al encuentro de su hermana.

—Clea, dijo, he destruído tu bello traje y te he mortificado. Toma, aquí tienes mis sedas, más brillantes que un rayo de luna, mis encajes, más finos que una tela de araña, mis perlas, mis turquesas y mis esencias raras . . . Todo, todo es para tí! . . .

—Oh! querida mía! dijo Clea, ¿has comprendido pues cuánto te amaba yo? . . . Vé, guarda tus adornos . . . Yo no quiero sino tu afecto.

Y la besó!

Elvina sintió una oleada de fuego que bajó sobre ella. Un gozo hasta entonces desconocido la hizo desfallecer, y se reflejó en sus ojos lo que pasaba en su sér. Tomó con avidez el espejito de la maga y se miró en él . . .

Una exclamación salió de su garganta, pues el rostro que vio en él tenía una belleza radiante y sobrenatural, una belleza de fe y de amor.

Reconoció entonces el filtro soberano y comprendió que lo que así la transformaba procedía de un sentimiento divino que entraba por primera vez en su corazón: *la bondad*.

¿CUANDO OS VERÉ?

(ROMANZA)

Auroras plácidas
riberas fértiles
hogares rústicos

del claro estío,
del patrio río
donde jugué,
¿cuándo os veré?

Obscuros ángulos
ventana gótica,
donde sus ósculos

de la calleja,
vetusta reja,
la noche da
¿quién os verá?

Bellezas árabes
mejillas pálidas
mezcla de sílfide,

de negros ojos,
y labios rojos,
maga y hurí,
¿para qué os ví?

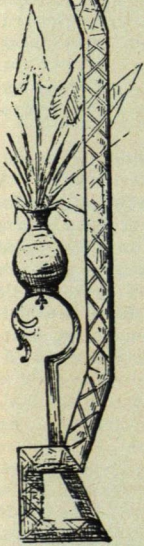
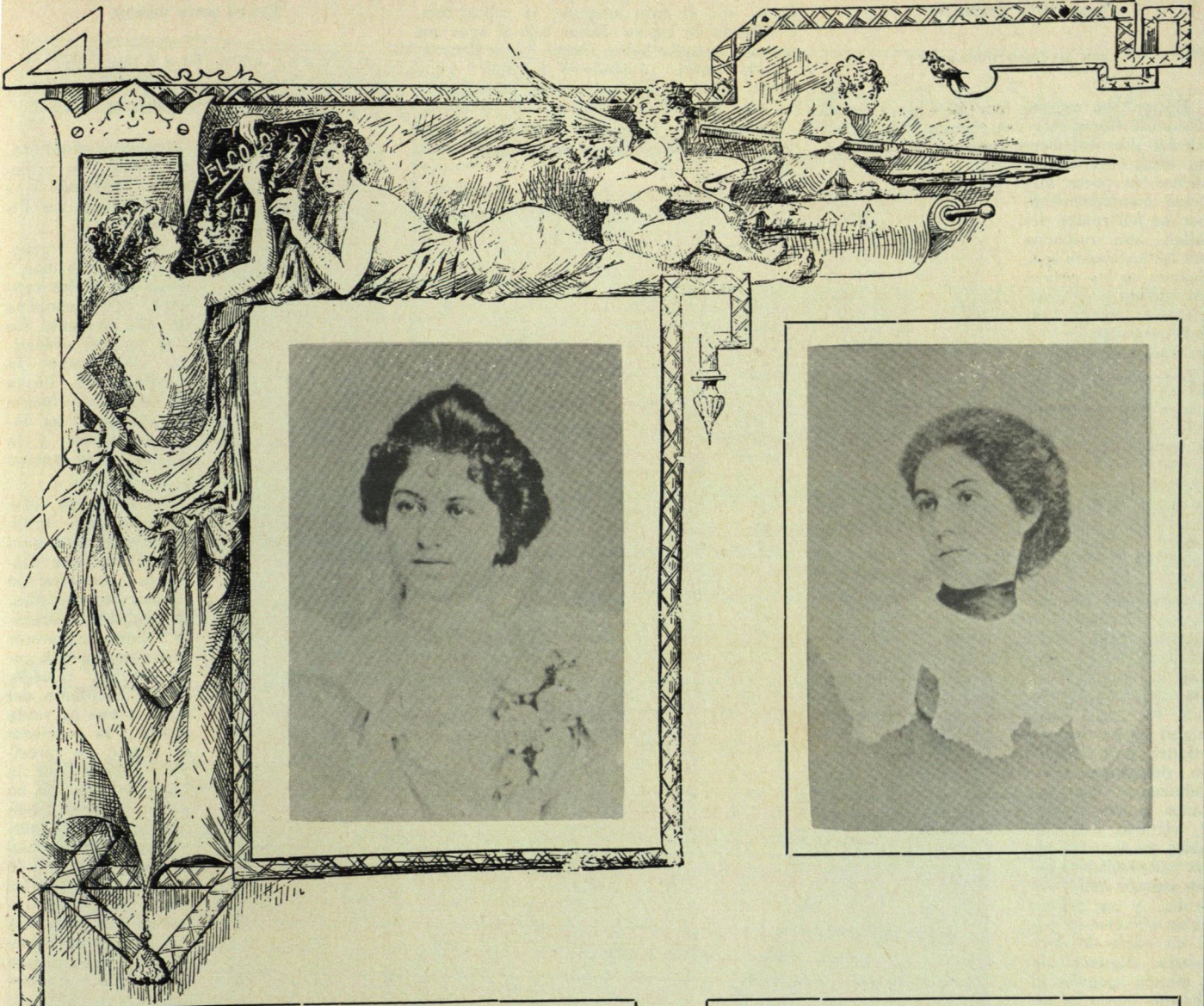
Vagos crepúsculos,
espumas cándidas,
calmas del piélago,

playas serenas,
leves arenas,
miedo y placer . . .
yo os quiero ver.

Quiero en los límites
de olas y pájaros
morada y tálamo,

del mar sonoro,
oyendo el coro,
templo y jardín,
¿ver hasta el fin!

MIGUEL GUTIERREZ



Los "Sin trabajo"

(POR MAURICE GUILLEMOT)

Entran con aspecto muy humilde, y descubriéndose lentamente con el cansancio de un ademán frecuentemente repetido, se acercan á mi escritorio; así mis sueños de poeta, mecidos monótonamente por los mil ruidos del taller, son turbados por las lastimosas apariciones de los pobres sin trabajo y sin pan.

"¿No tendría usted necesidad de un trabajador?" Esta pregunta, que he oído tantas veces, la murmuran con voz débil, temerosa, trémula por el temor del rechazo probable, y cuando por mi señal de cabeza negativo é indiferente han comprendido que aun este nuevo paso es inútil y vano, se van, muy corteses, sin ademán alguno de cólera, resignados, y por entre los cuadros que forman las vidrieras los veo alejarse, mi mirada los sigue hasta que su silueta llena de pesadez y de cansancio, desaparece completamente. Son ancianos la mayor parte, víctimas irresponsables de su edad, de sus enfermedades; tienen aspecto débil, dolorido, y es penoso verlos ofrecerse así para un oficio de duro trabajo. Algunos con la mirada apagada, el párpado hueco, la cara pálida y flaca, salen de una enfermedad; apenas saliendo del hospital, ha vuelto á atraparlos la cruel necesidad de buscar el pan de cada día, y han comenzado entonces su lastimera odisea, deteniéndose al acaso ante las muestras exhibidas en las paredes, engañosas pinturas que atraen su ansiosa atención.

Hoy, que llueve, que desde esta mañana cae el agua sacudida en ráfagas por una brisa fría y agria, acaba de entrar un pobre anciano, enteramente arrugado, con la cara enrojada por el aire, con los cabellos blancos pegados al cráneo estrecho: estaba lastimosamente vestido con un mal paltó deshilachado, y un pedazo de tela de lana descolorida, que le envolvía el cuello, parecía ocultar la camisa ausente; al llegarse á mí se quitó la gorra con sus gruesos dedos hinchados en las coyunturas por la gota, y con voz trémula y empedadas las palabras entre la boca desdentada, me ha dirigido la pregunta eterna de la miseria. "No," siempre "no" he tenido que responderle, entristecido á pesar mío, por este doloroso espectáculo del obrero sin trabajo. El se retiró sacudiendo la cabeza con desesperación, y en la calle le vi marcharse á lo largo de la acera en que corría incesante la

lluvia, con el paso inseguro, la cabeza baja, y doblada la espina dorsal bajo el agua que goteaba de todos lados. Pobre Judío Errante, ¿dónde comerá? ¿á dónde irá á dormir? ¿qué abrigo habrá de encontrar para pasar las horas frías de la noche? Se va . . . ¿á dónde?

Mi impotente compasión le acompaña largo tiempo; me siento ahora mortificado, como



descontento de mí mismo por no haber podido aliviar aquella miseria; tengo vergüenza de mi bienestar, en que hay superfluidades, mientras que allí, al lado mío, uno de mis semejantes, un hombre, y lo que es más, un anciano, está sin pan ni hogar; invade mi espíritu una filosofía amarga que me muestra toda una faz,—la más terrible—de la perpetua cuestión social, y que me conduce á un pesimismo generador de la duda y de la negación . . .

Mientras estoy todavía impresionado por esta aparición del "Sin trabajo," y escribo estas cortas notas sinceras, ¿qué ha sido de él en su errante curso?

Cae todavía la lluvia, el cielo está pesado, negro, sin estrellas; ha llegado la noche y bajo esas nubes amenazantes que corren allá arriba, están, quizás á millares, los pobres "sin trabajo."

En el país vasco

CASCADA PIRENAICA

(POR LOUIS LATOURETTE)

La poesía del agua, diversa y sinfónica, no tiene más pintoresca expresión que la cascada de los Pirineos.

El mar, el "grande y espacioso mar," como decían los antiguos, es la epopeya de este elemento, los ríos son su didáctica, los arroyos la bucólica, la lluvia la elegía, la fuente el romance, los lagos la balada, y la cascada es la canción y la risa.

En el verde cofre de las riberas, brilla la luciente cinta, aquí plata, más lejos diamante; coquetea en súbitas sinuosidades, se oculta bruscamente para reaparecer furtivamente en cada recodo. Luégo, en un accidente del lecho viene la caída súbita; la corriente se hunde, se precipita, velada con la húmeda gasa de su polvo, y en el fondo del circo es un hervidero de encaje, una explosión límpida de espuma en que, á las noras de la luz, travesan las sorpresas del prisma en efímeros iris, súbitamente desvanecidos é inmediatamente reconstituidos.

Es un alto espejo de cristal que fluye y se rompe en ópalos, en delicados rubíes, en esmeraldas, en una infinita variedad de tientos zafiros y de crisoprasios.

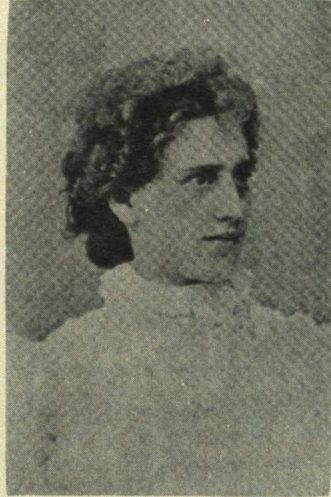
El oído tiene también su encanto. A lo lejos tienen los choques del agua contra

las piedras un susurro ligero de brisa; más cerca es un crescendo de murmurios y de secretes; más cerca aún es una armonía de notas voladas, de vibraciones de cristal golpeado, finas como voces de tenorinos, sonidos de barítonos del agua encerrada en súbitas excavaciones; bajos repercutidos en ecos al ronquido del agua profunda entre los altos y estrechos muros de la montaña. En la caída es el desgarramiento del aire como por un grito, un largo silbido de espanto que acompaña el sordo murmullo del derrumbamiento entre las rocas; en seguida un soplo indeciso de queja que continúa, se atenúa y se pierde volviendo más lejos á la canción acostumbrada.

Una risa, un airecito amable, y finalmente un grito, un suspiro y un ritornello: el motivo principal, eterno en las idénticas renovaciones del espacio y del tiempo.



Maria Mourique



No. 10



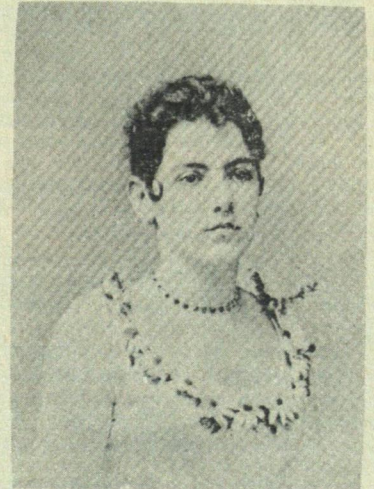
Elena Gámez



Maria Talas



Lolita Mourique



Graciela Calero

EN LA MESA DE DISECCION



ASCUAL murió de pasión por una mujer.

Tanto había ocultado en vida aquellos ancores no correspondidos, que sólo para el sér á quien quiso dejó trasportar por su cuerpo la esencia divina que encerraba.

Sufrió de la mujer querida toda clase de traiciones; no vio jamás abrirse para él una sonrisa, y, sin embargo la mirada y el pensamiento de Pascual iban siempre en dirección de la mujer amada, como esos girasoles que constantemente van volviéndose de cara al astro del día.

—Después de muerto, habré de estar siempre aferrado á tí,—había dicho Pascual á la joven, después de haber sufrido uno de sus desprecios.

Y es el caso, y aquí entra lo extraordinario de mi cuento, que el amante siguió queriéndola después de muerto.

No hay que preguntar por qué fenómenos los labios del cuerpo inerte conservaron la palabra, ni por qué aquel cerebro guardó la razón cuando se hubo apagado en él la luz de la vida.

No se puede justificar el milagro por la catalepsia, porque esa extraña enfermedad no permite articular palabras. Tampoco puede justificarse por el galvanismo: los cuerpos galvanizados no hablan: se mueven. Pascual habló después de muerto; habló, y voy á trasladar aquí sus palabras.

Ya había sido llevado, el cadáver á la mesa de disección.

Las dos varas de mármol donde estudia los problemas de la vida la ciencia, recibieron la inerte materia, cuyas fibras guardaban aún el sentimiento.

Tendido el cuerpo en la superficie, esperaba el momento de ser rodeado por el Profesor de los discípulos.

Sacó el primero una arma médica, y dispúsose á rasgar el pecho de parte á parte: tocaba aquel día enseñar anatomía del corazón.

Hundióse en la carne el acero, empleó toda su destreza el Profesor, y quedó rota aquella urna del sentimiento, aquel sagrario donde tantas veces había oficiado el corazón en el altar sublime de amor.

Ni un estremecimiento material denotó que en aquel cuerpo hubiese vida.

Las arterias rompiéronse; hiciéronse pedazos los nervios; mostrose coagulada la sangre, aquella sangre que tan veloz había huído por las venas, y ni la más leve señal hubo de que aquello no fuera un cadáver, un resto humano, abierto como libro ante la ciencia.

El Profesor siguió sus exploraciones á través de la materia. Instrumentos extraños trabajaban en aquellas cavidades humanas, donde no hay átomo que no esté sabiamente colocado, ni miembro que no sea complemento del organismo.

El despojo no se movía, no contraía un solo músculo. Dejaba rasgar á los filos cortantes, los dejaba internarse tras del paralizado corazón.

Al fin, quedó éste á la vista con sus vetas de color sangriento.

—Ahora vamos á penetrar en ese mundo en miniatura—habló el Profesor á sus discípulos—y vamos á conocer los resortes de la vida. Ahora vamos.....

Una voz débil, extrahumana, dejó cortado su discurso. Volvieron los discípulos los ojos, y los labios del cadáver se movían pronunciaban frases dolientes.

—“No desgarréis mi corazón—dijo el muerto que hablaba;—os lo pido por la mujer á quien améis, por aquella en quien tengáis puesta vuestra alma. Hice mi corazón sagrario de ella; sepulcro que encerrara, después de muerto, su imagen; cáliz en que guardara su esencia amorosa.

Podéis destruir todos los miembros de mi cuerpo, sañar vuestra sed de ciencia en mis músculos, estudiar el mecanismo del pensamiento en mi cerebro, el torrente circulatorio en mis arterias, la arquitectura humana en mis huesos, las sustancias que nutren el cuerpo en mi sangre; pero por su amor os pido, por su amor, que no fue mío ni una sola vez en la vida, que no desgarréis mi corazón. Mi corazón no me pertenece; pertenece á su memoria; es altar donde la venero, lápida con que la cubro, ánfora donde la guardo. Vosotros, que alguna vez habréis amado, sabréis el tormento de no ser correspondido, la desesperación de no ver una amorosa sonrisa, el sufrimiento de no poder besar unos labios.

Yo he devorado todas mis penas, he sufrido todos los rigores de la vida, y el consuelo que queda á mi cuerpo después de muerto, es vivir con el corazón aferrado á ella, llevándolo atado con ligaduras fuertes á su memoria.”

Cesó la voz de otros mundos, juntáronse de nuevo los marchitos labios, y nadie osó punzar en aquel corazón afligido.

Cayeron en el mármol los instrumentos, se borró alguno de los discípulos una lágrima, y entre todos cerraron el pecho que escondía la historia amorosa, parecida á la que va oculta en cada corazón humano.

SALVADOR RUEDA.

EN EL MAR



s un mar de pizarra, con una multitud de florecimientos de nieve; es un mar gris oscuro, con mil puntos en donde estallan copos de espuma.

Chente Quiróz me llamó poeta niño.

No me subleva el adjetivo. Víctor Hugo da ese nombre al formidable anciano Homero.

Pero en el Océano me siento niño. Siento siempre aquella primera impresión de las potentes aguas inmensas. Siento lo que tan admirablemente expresó Pierre Loti. Me miro chico y pobre ante tanta grandeza y tanta riqueza. Una onda me canta la eterna canción de la esperanza, y otra me repite la salmodia misteriosa de muerte.

Me acuerdo de los tristes poetas, de los pálidos soñadores. Me acuerdo de los que van sobre el mar, de los que tienen su pensamiento y su corazón expuestos á los golpes del ala de la tempestad.....

Allá va una nube. ¿Adónde va? Es caprichosa como una mujer, la onda y la nube. A la primera la increpó el Padre Eterno; á la segunda el poeta Shakespeare. La tercera es la poliforme errabunda de la región azul.

Se mueve como el corazón esta gran máquina que arrastra el navío. Es un organismo esta casa flotante. Tiene aorta, nervios, pulmones; y allá, en lo alto del mástil, la bandera de las estrellas, la bandera de la Libertad.

¡Bendito sea el Dios de los errantes, la Providencia de los viajeros!

¡Bendito sea el que manda á Tobías el arcángel, á Colón los líquines de América, á Dante la soberana figura del dule Virgilio!

RUBÉN DARÍO.

LOS NENUFARES

I



ENUFARES blancos, oh lirios de las aguas límpidas, nieve que surge del fondo de su azul, que adormiéndolos sobre vuestros tallos húmedos, tenéis necesidad, para dormir, de un lecho puro! Flores de pudor ¡sí! sois demasiado altivas para dejaros cortar. . . . y vivir después. ¡Nenúfares blancos, dormid sobre vuestros ríos! ¡Yo no os cortaré jamás!

II

—Nenúfares blancos, flores de las aguas soñadoras, si soñáis, en qué soñáis? Pues para soñar preciso es estar enamorado. . . 6 celoso: pero vosotras, ¡oh flores que el agua baña y protege: para vosotras soñar. . . es aspirar el frescor! Nenúfares blancos, dormid en vuestra nieve; yo no os cortaré jamás!

III

—¡Nenúfares blancos, flores de las aguas adormecidas, flores cuya blancura da frío á los corazones ardientes, que os hundís en vuestras aguas desentibiadas, cuando el sol luce, nenúfares blancos! Quedad ocultos en las brumas, bajo los sauces espesos! . . . ¡De las flores de Dios, sois las últimas! ¡Yo no os cortaré jamás!

BARBEY D' AUREVILLY.

EL HUMO



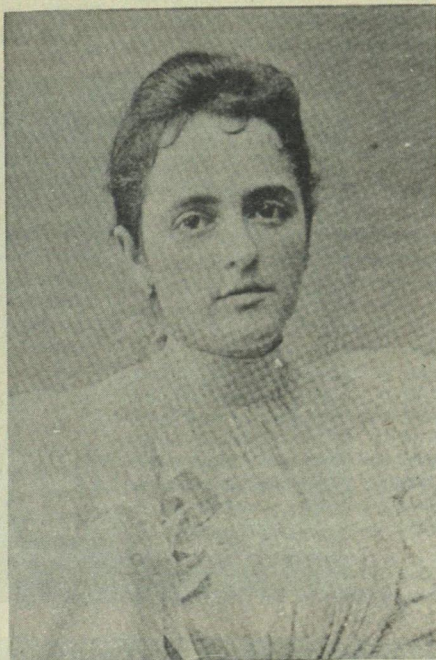
UMABA mi pipa, recostado sobre la hierba, con la frente levantada hacia el cielo; y con los párpados entrecerrados dejaba flotar mi espíritu en la deliciosa languidez del sueño que comienza.

En mi pipa no había tabaco de Cuba ni de Oriente. Había recuerdos, esperanzas; besos de ayer, sueños de mañana; besos que no se realizaron y sueños que no han de efectuarse nunca, y de mi pipa salía una nube de humo que subía, se vaporizaba y se desvanecía antes de llegar al cielo.

Y me dije: “Esta nube de humo son mis sueños.” Después, melancólicamente cerré los párpados y me dormí.

Quando desperté, en el cielo esplendoroso del Mediodía irradiaba triunfalmente la luz del sol y las nubes doradas corrían sobre el azul. Había una sonrosada, pálida y frágil, que atrajo mis miradas. La seguí con los ojos y con el pensamiento hacia las paradisiacas glorias del sol, y sentí que la amaba yo con todo mi corazón. . . . porque aquella nubecilla sonrosada se había formado con el humo de mis esperanzas y de mis ensueños.

CATULLE MENDES.



DE LA MUJER VENEZOLANA

AL SEÑOR J. M. HERRERA INIGOYEN

She walks in beauty like the night
of cloudless climes and starry skies.....

NCUMBRA La Silla hasta confundirla con la altura azul la bifronte cima, y las alisias brisas que baten sus flancos se van por la tierra nuestra impregnadas de vago olor á incienso, de fragancia de nardos y blancos clavales, de perfume de rojísimas fresas, y duda quien respira en esa atmósfera si es la perenne frescura de la montaña la que trasciende á ofrendas consagradas al altar, á flores cándidas, á tentadores re-

galos de natura, ó si todo ello es el propio aroma que de sí exhalan los ángeles del hogar venezolano.

Tienen nuestros vales un cierto arranque que suena como lamento de voluptuosa ternura, quejido á un tiempo de caricia y mujer idolatrada: cuando esa nota se escapa de las cuerdas y estalla como un grito remedador del acento humano, las almas quedan un punto en suspenso y un ímpetu febril precipita en tumultuoso oleaje la sangre al corazón..... Esa nota hecha luz está en las pupilas más profundamente turbadoras, cuanto más inocentes de nuestras hermosas: hecha línea vibra en el indecible gesto de comprimida sonrisa en que una espiritual, provocativa ironía mantiene recogidos sus labios: hecha ritmo esa nota undula en el andar de la caraqueña.....; acercaos á la fascinadora! más preciosa aún que el ánfora es la esencia que encierra. Acercaos y sólo encontraréis á la virgen, á la esposa, á la madre, pura cuanto es seductora, y su interna gracia se os revela entonces en uno como trasparente velo de mística gentileza que la guarda.

¡La historia de la mujer venezolana!

Ser hija, esposa, madre, hermana y serlo abnegadamente, sin limitaciones, en cuanto en cada uno de esos términos cabe.

Ella le teme á Dios, adora al Cristo, ama á la Virgen, es muy amiga de algún santo que, so pena de serias reprimendas, ha de sacarla en bien de todo conflicto grande ó pequeño, y la pícaro sonrisa de su aticismo encantador se burla por igual con sosegada tolerancia de incrédulos y de fanáticos. Su íntima religión es el culto del hogar: la no interrumpida tradición de la santidad de los lazos del corazón y de la sangre: el ejercicio de la piedad: ser buena y modesta en la próspera fortuna, buena y sufrida en la adversa por obra de una resignación que consiste en el heroico renunciamiento á cuanto no sea el deber en el desempeño del cual su conciencia no está traquila si no ha sido cumplido hasta más allá del sacrificio, renunciamiento que, con llevarla á los últimos términos de la inmolación, constituye la faz más noble de su carácter y la suprema fortaleza de su alma.

Ahí el secreto de sus anales heroicos que guardan ser fijados en la tela, en la estrofa y en la piedra por el arte patrio.

Cecilia Mujica, bella sobre toda ponderación, embriagadora flor de los trópicos, que, fijos por última vez los ojos en el sol poniente, á las afueras de San Felipe, contestaba á la descarga de la escolta fusiladora victoreando á la patria cuyo suelo enrojecía su sangre; la pasmosa odisea de doña Luisa de Arismendi; la legión de nobles

mujeres que frente al vejamen y al patíbulo, en medio á los horrores de la Emigración ó á la ordalía del saqueo émulas fueron de la que cantó el poeta, matrona insignie

“espíritu esforzado,
nunca sujeta á femenino yerro,
de honestidad y de valor dechado”

no procedían por vanagloria de bravura, que fuera importuno y vano alarde en las hembras en donde los varones se bastan para las obras del coraje y los bríos del honor, sino que fueron testimonio histórico de virtudes privadas; que, echada fuera de las tapias solariegas, la mujer venezolana siguió cumpliendo su deber de hija, de esposa, de madre en plazas y caminos y mazmorras y cadalsos, y bañada en la sangre de los seres amados, fruto y genitora de héroes, cerrado al dolor el inclito seno, negados al llanto los ojos, recogía en el último aliento del agonizante el apóstrofe viril, la maldición suprema y sus labios la lanzaban al victimario.

Ni dan señal de que ese espíritu se amortigüe ni amengüe los ejemplos de impávida energía de que han dado muestra nuestras contemporáneas cuantas veces las puso á prueba el salvaje furor de las discordias civiles. Como nuestros padres las vimos también nosotros en los días sombríos, por siempre idos, enfrentarse altiva y digna á los esbirros allanadores, contenerlos mientras la víctima señalada al calabozo ó á obscura muerte buscaba salud en la fuga, ó acallar la grande angustia del corazón y aparecer confiada y serena mientras la soldadesca hurgabá á punta de bayoneta muebles y escondrijos en busca del que estaba allí á dos pasos y á quien un gesto de ella, un ademán, el palidecer siquiera en tan recio trance habría denunciado y perdido..... Y había que advertir con la mirada á la niña no fuera su inocencia á delatarla, mientras la anciana orando mentalmente disipaba con una sonrisa de esperanza la consternación pintada ya en el rostro de los pequeñuelos prestos á romper su llanto.

Y si el campamento, la cárcel, la proscripción lo retienen lejos, ó si fue la muerte quien lo hirió, ella vela por cuanto á él incumbe y cuida de la hacienda, si rica en bienes, ó industriosa, mojado á veces con no reprimida lágrima la dura labor, provee el pan y honra el nombre.

La influencia de las ideas reinantes cuyo conjunto ha convenido en llamarse fin de siglo tiende á batir en brecha esa pureza de costumbres y á hacer cada día más excepcional en los pueblos cultos esa serenidad de la vida íntima; en nuestros lares, en donde la honestidad es el temperamento de las almas, las nuevas ideas han encontrado y ojalá por siempre encuentren dique insalvable en la salvadora superstición de la virtud y el honor, regla y norma tradicional de la mujer venezolana.

**

¡Virgencita encantadora que arrodillada en el reclinatorio traes al templo con tu inocencia y el aliento de íntimas, invioladas beatitudes y la sacra ofrenda de tu plegaria angélica la honda comoción de tus seducciones! Encantadora virgencita que arrebolas con la rosa de tus mejillas las obscuridades de la nave y cuando alzas del devocionario los ojos, ¡tus ojos bellos y extáticos como los de la Inmaculada de Murillo! echas afuera sin saberlo el fuego incendiador de tu mirada y prendes hogueras en la casa del Señor, ¡por qué turbaste las almas desviando los ojos del libro y del altar!

Es que de pie, en la penumbra de la nave lateral, junto á una de las columnas es-

tá él y la niña sabe en su indecible pudor, que una mirada de ternura al prometido es de las cosas santas del amor que caben entre el devocionario y el altar.

**

Agil aún bajo el peso de los años viene allá la abuela. El tiempo, que cubrió de surcos su rostro, respetó la plenitud de aquella inteligencia que conserva íntegra la pristina lozania, y se lee en sus facciones como en las de la inmortal Gioconda la historia de una vida. Mujer fuerte ella ha luchado brazo á brazo contra la rudeza de los días aciagos y la rindió: piadosa, porque la piedad es un afecto de la virtud y una como faceta del prisma del amor, opone una resignación consciente pero jamás rebelde á las penas inevitables: tolerante cual cabe serlo á la experiencia y á la austeridad: señora de los suyos, porque la abuela reina si no gobierna, una suave serenidad crepuscular la baña, reflejo de la paz del ánimo y del doble homenaje de carifio y de respeto tributado á la integridad de su entereza. A veces sonríe la anciana y viérais el encanto que en su fisonomía se opera: luce en los ojos tranquilo brillo, la albuca que al entreabrirse descubren los labios ilumina el rostro y lo oreo como cálida ráfaga de juventud, de bondad, de cierta noble belleza supremamente indefinible.

Es que en esos valles perpetuamente florecidos, en esos montes siempre verdes, bajo el claro cielo, sobre la tierra fecunda, también esas almas se mantienen en perenne primavera.

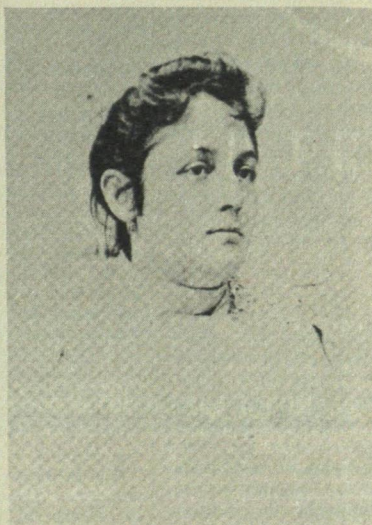
**

Repoches? Uno podría aventurarse. El exceso en la abnegación agosta la iniciativa, la coarta y hunde en ocasiones á quien lo practica en irremediables desgracias, en dolores que duran por toda una existencia. Una venezolana, la señorita Navarrete, esposa hoy del joven novelista señor Betancourt Figueredo, expuso no ha mucho en *Castigo ó Redención?*, esa tendencia de nuestra mujer á inmolarse en aras del egoísmo ajeno, y la expuso como ejemplo de loable resignación. La venezolana juzga que no ha de luchar por el propio derecho, por la propia felicidad, sino que entre lágrimas y angustias han de deponerse esas cosas angustadas y supremas, cuya defensa es el objeto mismo de la vida, á los pies del audaz, del indiferente ó del egoísta que los quiere para él. La idea de que la protesta, la reivindicación pueden traer amargura á los suyos ó llevar pasto á la murmuración, la aterra, la desarma y la ata al poste. Cuantos la respetan quisieran verla mejor armada para la lucha, con la conciencia plena de que abandonar lo que les pertenece por santos derechos de la naturaleza, ó de la ley, ó del corazón no es virtud, castigo ni redención, sino una mala acción contra ellas mismas, é imperdonable pusilanidad.

En las esferas del arte ese propio retraimiento la ha alejado de brillar cual es debido á su rica intelectualidad, y es sólo ahora que, tímida y pudorosa, entreabre las grandes puertas de la mansión de la Fama y susurra al oído de la diosa la melodía de sus versos y la confianza de sus sueños.

**

La iniciativa que á sí propia se niega es en ella empero un alto deber, y sea esta la oportunidad de repetirlo. Uno de los más profundos pensadores contemporáneos afirma en un estudio estrictamente científico: “La investigación sabia de la naturaleza enseña que la educación de la mujer y su influencia es la única vía cierta que conduce á la elevación del hombre.” Es, pues, en la niña, cáliz sagrado que por ine-



J.M.H.Y.

fable agencia del amor y la virtud ha de ser la madre de mañana, en quien reside por arcano encanto el centro en torno al cual se desenvuelven familia y sociedad. Educarla es redimir generaciones venideras. Bien está que á la mujer venezolana le baste para reinar en el hogar, supremo anhelo de ella, el inextinguible germen de virtud pura, alegre, serena que es el fondo de su carácter y la da el noble orgullo que consiste en sobrellevar sin esfuerzo la pena en los días tristes, y en la sencilla y nunca ostentada caridad que la posee cuando el sol de la bienandanza regoceja y calienta su espíritu. Bien está que para reinar en los corazones tenga, á más de la nativa, tentadora gracia con que va por donde quiera imponiendo el homenaje de la admiración, la brilladora chispa que se advierte en la noche de sus pupilas y tiembla, destello de los cielos, en la sonrisa de sus labios. Nada hay que pueda arrancar de sus sienas la doble aureola de ese blando imperio, ni aspira ella á ensancharlo con la adquisición de otros derechos; pero ¿tiene ella la noción precisa de que á las grandes obligaciones del orden moral que la ligan á sus hijos, debe ser agregado, porque le corresponde, el ejercicio de una altísima misión social, como madre de ciudadanos?

Tremendos extravíos que aún hoy expiamos han llevado á las almas sencillas un sentimiento de incredulidad y de disgusto por cuanto se roza con los asuntos públicos, caídos en tan desconsolador desprestigio que la palabra de pase y el íntimo voto de nuestras mujeres es que el hombre á quien ellas aman sea apartado como de un peligro para su conciencia de esa vorágine de turbias aguas.....

Peró ¿quién, sino la madre ha de reerigir el ara del olvidado culto y trasmitir de generación en generación la enseñanza salvadora?

Hay una religión, dice una eminente escritora, que se adquiere con el sér en el claustro materno, se alimenta en los fecundos senos de la madre y en la cual sólo los labios de ella confirman en las ágapas del hogar. Quien la tiene no prevarica, ni dobla la rodilla ante Baal, ni es capaz de llamar bueno lo malo, ni de alterar sus rectos juicios por dinero, fama, posición ni gloria, porque el propio decoro no reconoce atenuaciones ni excusas, ni admite una moral pública distinta de la moral privada. Esa religión es la del respeto á uno mismo."

¿Qué misión más eximia para la mujer que predicar en esa su recóndita sencillez la religión del civismo!

Vano es laborar en otros surcos. En tanto el hombre no salga del hogar abroquelado para las luchas cívicas toda otra propaganda es supremamente estéril. La mujer espartana le decía al hijo cuando él se iba al combate: "con tu escudo ó sobre tu escudo" y el soldado espartano fue el más bravo y gallardo de su tiempo. La tierra en que los hombres al lanzarse á las luchas de la plaza pública oyen de los labios amadísimos de la madre ó de la esposa: "con tu honor ó por tu honor," es tierra insigne, digna de la veneración de los demás pueblos y asiento excelso del bien y de la libertad.

* * *

Orillas de nuestros ríos, junto á la costa, forma el ramaje de los árboles centenarios, grutas deliciosas de suave obscuridad y frescor aún más suave: bésalas la onda mansa y transparente, florecidas enredaderas las festonan, fronteros azahares colman de olor á azahares el recinto: remécelas el terral: llega hasta ellas el rumor del oleaje: colúmbrense á la distancia balanceo de palmas, profundo azul de océano, el horizonte, nu-

bes muy blancas, montañas muy altas..... ¡abrasadora calma de paisaje tropical! Grutas que en ilusión forjó el amor y en que resuena el reclamo de la torcaz..... Recuerda el ausente el misterioso oasis que tiene de nido y de templo, y piensa que vosotras compendiáis cuanto allí desparramó el trópico: desde el fuego de su sol hasta la albuza de la nube y la transparencia de la onda..... Por eso el sueño que allí se sueña lo inspiráis también vosotras.

¡Caudal de Orinoco, torrente del Chamas, rizo del lago, arrullad la flor venezolana, prez del patrio suelo! Apunte en botón en vuestras márgenes, de Anauco y Tacarigua á Mara, y al rítmico entreabrirse de sus pétalos surja y se esparza por el ámbito el perfume del bendecido cáliz.

Y guarden y ejerzan nuestras damas esa que tienen misteriosa potestad de modelar los corazones para la virtud, las inteligencias para el bien. Los grandes y buenos hombres son los hijos de grandes y virtuosas madres y las nuestras poseen en grado eminente la majestad suprema de la mujer, que consiste en mantener encendida en los que la rodean esa llama que á uno calienta é ilumina: llama que es luz porque pone el amor en el pecho, y calor porque pone el deber en la conciencia.

CÉSAR ZUMETA.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

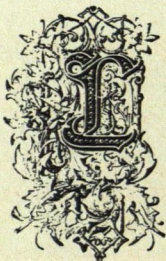
[COLABORACIÓN ESPECIAL DE "EL COJO"]

La mujer y la moda—La mujer y el amor—La mujer y la sociedad—La mujer y el hogar—La mujer y el progreso—La mujer americana—Flores venezolanas.

Madrid: 1896.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.



Las brillantes transformaciones de la moda, sus risueños caprichos ó ideales fantasías, tienen por único y adorable objetivo, embellecer á la mujer, prestando á sus encantos el atractivo reunido, de la hermosura y del arte. No es absolutamente necesario particularizar en este número, detallando las novedades de la moda, para poner de relieve lo indispensable que resulta para la muelegancias del vestir el secreto de embellecerse. Tarea es ésta que interrumpida de momento, queda tan sólo aplazada para la próxima carta, basta en ésta hacer constar, que la intuición maravillosa de adornarse, para parecer más bellas, las poseen todas las hijas de Eva desde que la madre del género humano, al ver reproducida su gentil figura en los paradisíacos ríos, y tendiendo á cautivar más y más al absorto Adán, coronóse de flores, siendo aquellas las primeras y lindísimas galas que completaron la hermosura femenina.

Y la tradición, queridas lectoras mías, continúa en pie, y el afán por adornarse y encañenar el espíritu inquieto del hombre, no mengua nunca, nutriéndose el amor de tantos encantos reunidos, para elevar á la mujer un trono en el mundo, junto al cual pasan los siglos metamorfoseándose de continuo sin atender nunca en medio de sus eternas mudanzas, contra esa dulce soberanía, consuelo de las almas, que se apoyan en la virtud y en la admiración de lo bello. Sin el amor que de la mujer emana y embellece la vida, siendo acicate al par de las energías del hombre, la tierra sería un lugar de expiación, algo profundamente triste y sombrío, donde en vano buscarían los corazones sedientos de ternura, esa fuente inextinguible del sentimiento, que alimentada sin cesar por la mujer, constituye la íntima alegría de las almas y presta nuevos alientos á sus incesantes luchas.

Sin la mujer, la sociedad humana carecería de atractivos. Es ella al trato social, lo que el amor al corazón, la luz al día, el perfume á la flor: el alma, el secreto impulso de todas sus evoluciones.

La cultura se debe más, en lo que á las sociedades se refiere, al concurso de las gracias femeninas, que al talento del hombre. Evidencia este aserto, que tanto aboga en nuestro favor, amadas lectoras mías, el rápido análisis de la historia. Siempre las mujeres, transformaron á su antojo las sociedades; austeras ó disolutas, saturadas de grandes virtudes patrias, ó rindiéndose á la mollicie de épocas torpemente afeminadas, el conjunto social se ha prestado eternamente dócil á la influencia de la hermosa mitad del género humano, á despecho de los alardes de independencia formulados por el hombre. ¡Si no es la fuerza, la que esclaviza; son la ternura y la belleza, cuyas cadenas de flores cautivan sin oprimir!

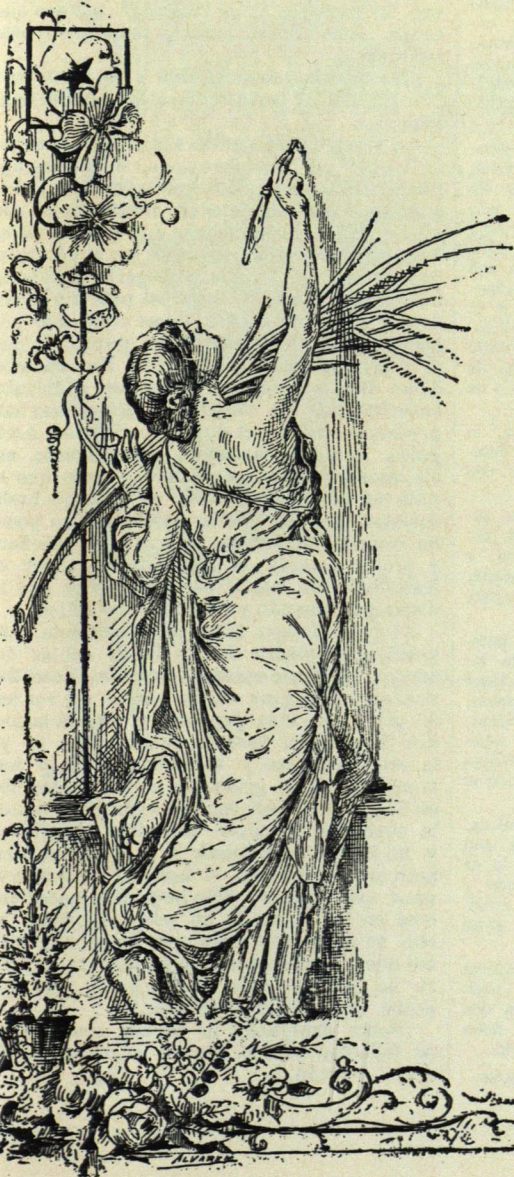
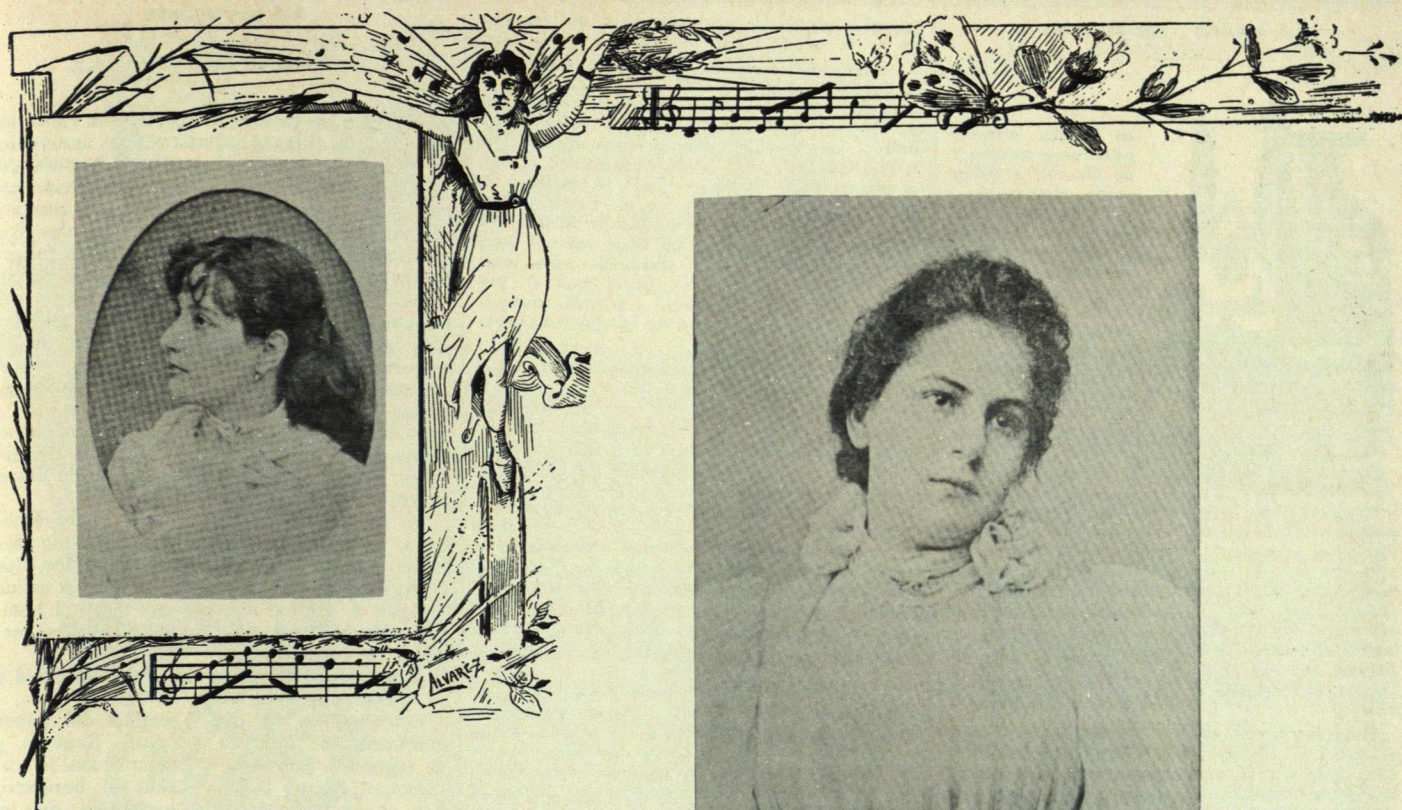
De la misión augusta que ejerce la mujer en el hogar, hemos hablado mil veces con elogio, y ciertamente que jamás vemos agotado el tema, al ocuparnos de los hogares americanos que nos son tan familiares y queridos. Es por otra parte general la convicción, la abrigamos todos, sin diferencias de sexos, mientras las virtudes femeninas irradian en sus peregrinos resplandores en el hogar, la familia será la institución más veneranda de los siglos, la maravillosa arca de Noé, flotando eternamente sobre los agitados mares de todas las épocas, llevando en su seno, el amor, y con él, la perpetuidad de las razas, que han de conseguir la suma perfección, al llegar al misterioso límite de los siglos, allí donde termina la tierra y comienza el cielo. La madre, constituyendo un símbolo augusto, muy superior á nuestras pequeñas miserias humanas, coloreada por la luz del amor, acariciando las cabezas de sus pequeñuelos, en las que dulcemente y con paciencia infinita, siembra los gérmenes de lo noble y de lo justo, presidirá siempre victoriosa todas las catástrofes sociales, que surjan al paso de las tempestuosas luchas, provocadas por las ambiciones del hombre.

Es así solamente, como se concibe también á la mujer, á modo de sacerdotisa del progreso, porque aceptándolo dentro de sus sanos principios, trasladando sus múltiples ideales á sus hijos, convierte á la maternidad, no sólo en sacerdocio del amor, sino en auxiliar inconstruible de la perfección del mundo. Por eso abogamos tanto en favor de la ilustración femenina, porque nos consta que á ella deberán las razas sus adelantos más positivos y duraderos, aquellos que teniendo sus raíces, casi en la cuna, proporcionan hermosos y sazonados frutos, en la edad madura y aun en la reflexiva vejez.

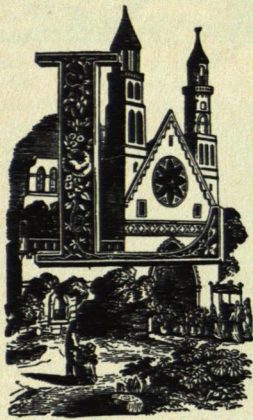
Y la mujer americana, nutrida con la fecunda savia de pueblos jóvenes, nacidos á la vida con vigorosos alientos, es la mujer del porvenir la destinada por Dios á ser inteligente educadora de razas más perfectas, que han de dar vida á futuras y brillantes civilizaciones. ¡Hermosa tarea, la encomendada á esas nobles hijas de allende el mar! Cierito que un día, la madre España llevara á las regiones americanas, con su idioma, civilización y costumbres, la preciada semilla de la cultura europea, pero realizado el colosal esfuerzo, depositado el grano en terreno fértil, los frutos del mismo, como su laboriosa gestación, á América corresponden por entero, y algo, tal vez mucho de ella, en justo retorno, vendrá mañana á nosotros, para rejuvenecer las agotadas fuerzas de la vieja Europa.

Ahora bien, nosotros, que ciframos todas las esperanzas de progreso y de ventura en la mujer, se comprenderá que participemos sinceramente del entusiasmo cariñoso que diera artística forma á este conjunto de flores venezolanas, por hallarse en ellas peregrinamente representadas, las encantadoras variantes que ofrecen la belleza, el talento, la ilustración y la virtud, cualidades todas, aun en su representación femenina, que por sí solas bastan á dar completa idea de la cultura de Venezuela al paso que evidencian las iniciativas portentosas de América, su amor al progreso hermano de la libertad, y la admiración que inspiran sus hermosísimas mujeres. Mucho, siquiera sea de reflejo, nos corresponde en este caluroso tributo de admiración rendido á la mujer venezolana, al tratarse de un pueblo que tanto ha conseguido por propio esfuerzo, pero cuyas costumbres é idioma son derivaciones directas del nuestro, por eso también amamos, no de hoy, sino de siempre, en la mujer americana, la digna continuadora de la mujer española, cuya belleza, virtudes y heroísmos, perpetúan á través de los siglos el indudable parentesco de razas, las afinidades maravillosas de sentimientos y de costumbres, que serán, andando los tiempos, firme, quizá única garantía de la ansiada fraternidad de los pueblos, hermoso ideal, sin cesar acariciado y nunca conseguido, por el batallador mundo moderno.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.



LA MUJER VENEZOLANA



os pueblos hispano-americanos rompieron un día con la madre patria, obedeciendo á la ley imperiosa de la mayoría. Un mar de sangre preciosísima corrió por el nuevo continente en la lucha heroica de aquella separación; sangre americana y sangre española, que al fin oraron las auras de la paz, y honraron los duelos de la mutua amistad. Mientras duró la enemiga de uno y otro pueblo, la pasión

lo desfiguró todo, hasta la verdad histórica, hasta el sentimiento de la justicia. Mas sobrevino el reposo de los ánimos y comenzó el reinado de la imparcialidad, presidido por la historia. España celebró nuestro heroísmo, reconoció nuestro derecho, y nosotros volvimos á llamar madre á la que habíamos repudiado como tal. Revivió en los americanos la gratitud, sobrevino el acuerdo de los beneficios paternales, que España nos dejó dos tesoros que se disputan la veneración universal, á saber la *Religión* y la *familia*.

Religión y familia: es decir, robustas columnas en que se apoya el edificio social. España nos enseñó á Dios, con toda la sublime sencillez de una verdad inmutable; nos formó el corazón en su amor, nos reveló los misterios de su infinita grandeza y misericordia, y grabó eternamente en nuestra conciencia su nombre inmortal. La familia formada sobre semejante base, debía ser fuente fecundísima de virtud y de acciones grandiosas; y en su seno debía descollar como centro de pureza la mujer, símbolo castísimo de la gracia celestial derramada sobre la tierra. Así la mujer de estos países, la mujer de nuestra sociedad, es gloria heredada de nuestros mayores; tesoro siempre intacto, que generaciones que son ya polvo, dejaron confiado á inmutabilidad de lo perfecto.

La mujer venezolana es la misma de ayer, como será la misma de lo venidero. Tiene su modelo en un tipo eterno, que es la mujer cristiana; es hija de las creencias, de las costumbres que éstas amoldan, de los hábitos que éstas producen.

¿Cambiarán algún día nuestras creencias? ¿Sufrirán modificación nuestras costumbres? La moderna civilización nos envía sus temas filosóficos; y su fuerza de artificio se estrella ante la granítica fortaleza de nuestra fe; nos arroja sus reformas en la moral, y el absurdo en que se basan cae deshecho ante la inquebrantable virtud de nuestras doctrinas. Nos apropiamos lo que es verdadero, lo que es bueno y desechamos lo que es pernicioso y falso. Avanzamos con la ciencia, que es avanzar con la verdad y con Dios, pero nos clavamos sobre la huella de nuestros antepasados cuando se nos manda que marchemos al impulso de las ideas erróneas en religión y de ideas inmorales en cuanto á familia.

La mujer venezolana pertenece toda al hogar. Del dintel de su casa para afuera, no tiene jurisdicción alguna; pero del umbral para dentro, es soberana. Allí tiene su reinado de amor, en que el primer súbdito, que es el esposo, tiene ante ella altares como un dios. Desconocido como es entre nosotros el consorcio de los intereses que en otras partes suplantán á los efectos, la mujer no va jamás á la casa del hombre sino llevada de la mano por la simpatía. Allí la instala éste, y á la mañana siguiente de las nupcias, lo que se muestra en aquel hogar es un sol de dichas y de esperanzas, cuyos rayos lo iluminan todo á su alrededor, desde el corazón del amigo hasta la ruda fatiga del último servidor doméstico.

Nuestra mujer no se educa en aulas: asiste á la escuela cuando niña; aprende allí los rudimentos principales del saber humano; lee y escribe, cuenta y conoce el mundo del globo, oye disertaciones de moral, y de religión, dibuja un poco, estudia la música y eso es todo; lo demás pertenece al aprendizaje de las habilidades que más tarde representarán la economía de la familia. De allí pasa á completar su educación, exclusivamente al lado de la madre, que le enseña, en diálogos sublimes, todo un curso de sana doctrina, de

exquisita urbanidad, de tacto social, de vida íntima, y la secreta virtud de mandar obedeciendo.

La mujer así preparada, es esposa incomparable; y cuando el cielo la premia con el dulce don de la maternidad, no es sino por enaltecer más y más ese misterio de la naturaleza, cuyo principal encanto y más grande fuerza, es el sacrificio. ¡Qué de trasportes de carifio y de embeleso con el hijo de sus entrañas! ¡Cuánto orgullo en su alma de madre! ¡Qué de esperanzas en su corazón de esposa! El hijo es todo para ella; es eslabón inquebrantable de la cadena de amor que une á sus padres: es asunto diario é inagotable para soñar juntos la dicha perenne: es delicia para el presente, apoyo para el mañana, y trasunto siempre, á la vista del sér con quien se comparte una existencia llena de atractivos.

Nuestras madres nos han nutrido á sus propios pechos, de los cuales no hay poder humano que nos haya podido separar; ellas nos han enseñado á buscar á Dios entre las innumerables estrellas del firmamento, haciéndonos comprender de una vez el infinito y su Creador; ellas nos han puesto en la mano el primer libro y nos han hecho balbucear la primera plegaria; ellas, en fin, rodeando nuestra cuna de ángeles que guardaban nuestro sueño inocente, colocando después á la cabecera de nuestro lecho de adulto, la imagen de Jesús en el martirio, nos han hecho conocer en toda su magnitud la misericordia de Dios y nos han acostumbrado á buscarle como guía, como apoyo y como esperanza en las vicisitudes de la suerte y en las tormentas del espíritu.

La mujer venezolana, á pesar de su modo de ser, no es mojigata ni hurafña. Eminentemente cristiana, cumple con los deberes de la religión de una manera sensata; eminentemente doméstica, cumple con las obligaciones sociales en cuanto éstas lo exigen. No se desvela por paseos ni por danzas, ni grandes ostentaciones de salón; pero si baila, se ostentará distinguida y airoso: si conversa en tertulia, despejada y discreta, y en todas partes derramando gracia y atrayendo simpatía y respeto. Si se habla de asuntos arduos que no ha estudiado ó que no alcanza su inteligencia, llenará los vacíos con rasgos de espíritu, con dichos oportunos, con interrupciones felices, salvando así los dos escollos en que suele encallar la mujer en sociedad; el de la grosera ignorancia ó el de la petulante erudición.

No obstante su condición puramente doméstica, influye en todo cuanto abarca nuestra existencia. La sociedad no tiene otros fundamentos sino los que ella le ha formado: la religión no tiene más sólida base que el ardoroso culto que ella le rinde; la familia tal como está constituida, como un nido de almas que se estrechan íntimamente, como una asociación para la fortuna y para la adversidad, es obra exclusiva suya; la política misma, á la cual ella no lleva sino sus lágrimas y sus súplicas, y de la cual no recoge sino angustias y dolores indefinibles, sufre las modificaciones saludables de su influencia, en el sentido de la fraternidad y de la tolerancia.

En los momentos supremos para la Patria, la mujer venezolana ha afrontado los peligros desafiando el martirio y hasta ocupado el patíbulo con serenidad de espartana.

Compasiva en extremo, caritativa hasta lo sublime, no hay dolor ajeno que no haga suyo propio, no hay miseria que no comparta su pan, y á la cabeza de todo paciente, se la encontrará, haciendo así inútil el hospital, que casi no existe entre nosotros.

Finalmente, la mujer venezolana reclama un puesto muy distinguido en el rango de la belleza latina. Más perfección en las líneas podían tener otros tipos: pero ninguno más gracia y elegancia. Posee toda la originalidad de nuestra naturaleza, todo el esplendor de nuestro suelo, con la especialidad de que no hay jerarquía para la belleza en nuestra raza, porque está distribuida en todo el sexo con verdadera prodigalidad.

Esa es, en breves trozos, la mujer venezolana. Su vida está entre el amor y el sacrificio y con uno y otro sentimiento labra su felicidad y la de los suyos. Apasionada en extremo, abnegada y heroica para defender la dicha que con tan sublime consagración se ha labrado, en su hogar es un sér admirable.

Busquen otros para la mujer de sus respectivas naciones, derechos y progresos; nosotros no pediremos para la nuestra, sino altares como para una divinidad. Otros quieren *la mujer del siglo*; nosotros nos conformamos con *la mujer cristiana*.

NICANOR BOLET PERAZA.

Mi arroyuelo

(POR ALPHONSE KARR)

DE las laderas de una colina cubierta de aulagas brotaba el feliz arroyuelo que baña mi jardín; después de atravesar la pradera reflejando en sus agnas las más bellas flores del campo, llegaba á mi posesión. Allí lo esperaba yo; le había preparado sus verdes orillas, plantando cerca de la corriente de aquellas agnas puras todo lo que florece en el mundo; con su melancólico murmurio atravesaba mi jardín; perfumado con mis flores salía de él y corría por nuevas praderas hasta precipitarse en el mar por entre las rocas escarpadas que iba cubriendo de espuma.

Feliz arroyuelo! no tenía nada que hacer fuera de lo que ya os he contado. Deslizarse manso y límpido, murmurando entre flores y perfumes.

Es la misma vida que para mí he escogido, la vida que tengo aquí, cuando me dejan tranquilo, cuando los malvados, los intrigantes, los bribones y los necios no me obligan á volver al combate, á mí, el hombre más pacífico del mundo y el más enemigo de la lucha.

Mas cielo y tierra envidian la felicidad y la descansada vida.

Conversaban un día á orillas del pobre arroyuelo mi querido hermano Eugenio y el ingeniero Sauvage, y bastante mal lo trataban.—¿No te parece, decía mi hermano, que es un holgazán este arroyuelo, que se pasea tranquilamente, que no se avergüenza de estar inactivo, que corre reflejando la luz del sol ó se esconde entre la hierba, en vez de trabajar y de pagar el terreno que ocupa, como debe hacerlo todo arroyuelo honrado.

¿No podría moler el café y la pimienta?

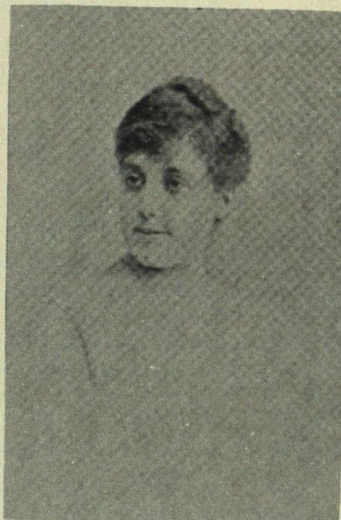
—¿Y amolar los instrumentos? añadió Sauvage.

—¿Y serruchar madera? dijo mi hermano.

Temblé por mi arroyuelo, é interrumpí inmediatamente aquella entrevista, lanzando exclamaciones violentas y ensañándose con los envidiosos y los tiranos que querían arrebatarme todos mis recuerdos en aquel lugar de delicias. Ay! pude protegerlo entonces; mas luego había de llegar al país un hombre, á quien vi varias veces rondando por las verdes orillas, cerca del punto en que se arroja al mar el arroyo. No buscaba aquel hombre rimas ni recuerdos, ni llevaba ensueños, ni iba tampoco á dormecer sus pensamientos con el dulce murmurio. Amiguito, le decía sin duda al arroyuelo, estás paseando y pavoneándote y crees que la vida es cantar, mientras yo trabajo hasta deslomarme. Ya podías ayudarme un poco; no conoces el trabajo, pero yo te enseñaré y pronto estarás al corriente de todo; te fastidiarás sin hacer nada; mejor es que te distraigas limando y amolando cuchillos.

Al poco tiempo trajeron una rueda, engranajes y piedra de amolar á orillas del arroyo. Y desde entonces trabaja; hace dar vueltas á una gran rueda que á su vez hace girar una más pequeña y ésta á la piedra de amolar; todavía canta, pero no ya la canción dulce y monótona, feliz y melancólica. Tiene gritos de cólera la canción de hoy. Salta, hace espuma, trabaja,—amuela y cuchillos. Siempre atraviesa la pradera y mi jardín para seguir á la otra pradera; pero allí abajo está el hombre esperándolo para que trabaje. Sólo he podido hacer una cosa en su favor: le he preparado otro lecho en mi jardín para que tenga más espacio donde serpentear y salga más tarde; pero no por eso deja de salir, y siempre acaba por amolar cuchillos.

¡Pobre arroyuelo! no supiste ocultar bien tu felicidad bajo la hierba; se oía mucho tu dulce canción.



"Flores Venezolanas"

(CARACAS)

LAS FLORES

¿Hay algo en esta vida
 Todo dolores,
 Más tierno que los niños
 Y que las flores?
 ¿Hay símbolo más dulce,
 Más elocuente,
 Que diga lo que el alma
 Callando siente?
 Mirad.....cierran el campo
 Los horizontes,
 Son murallas azules
 Los altos montes;
 En sus cimas se posa
 La blanca nube
 Que del tranquilo lago
 Ligera sube.
 El sol quiebra sus rayos
 En la cascada,
 Y los vientos suspiran
 En la enamada;
 Sobre el enhiesto roble
 Tosco y severo,
 Entre las verdes hojas
 Canta el jilguero;
 La parvada de tordos
 Rauda se aleja,
 Y en los lirios azules
 Zumba la abeja;
 Luce el granado flores
 Como escarlata,
 Las azucenas fluyen
 Copas de plata
 Y en naranjos que mecen
 Doradas pomas,
 Cantoras de la tarde
 Son las palomas.
 Al són de los arroyos
 Murmuradores
 Se duelen y se plañen

Los ruiseñores,
 Y en los alegres prados
 Y en las colinas,
 ¡Qué alegres van y vuelven
 Las golondrinas!
 ¡Cómo brillan los rayos
 Del sol fecundo!
 ¡Qué jardín tan risueño
 Parece el mundo!
 Es porque está de gala
 Natura entera;
 Es porque está reinando
 La Primavera,
 Y no hay en esta vida,
 Toda dolores,
 Nada tan expresivo
 Como las flores.
 Una flor en el pecho
 Del sér amado,
 Es la llave de un cielo
 Siempre anhelado.
 Allí encuentra la vida
 Que el alma quiere,
 Y al fuego de esa vida
 Marchita muere.
 Que así en amores miran
 Los corazones,
 Morir como las rosas
 Las ilusiones;
 En la iglesia más pobre,
 Más solitaria,
 Es un ramo de flores
 Una plegaria:
 Que sus hojas que adornan
 El templo santo
 La fe las humedece
 Con tierno llanto,
 Y la fe con sus alas
 De rauda vuelo,
 Oración y perfume
 Remonta al cielo.
 Cual corona de estrellas,

Los azahares
 Brillan en blancas frentes
 En los altares;
 ¡Qué diadema más digna
 De la belleza?
 ¡Qué símbolo más tierno
 De la pureza?.....
 ¡Ay! también en las tumbas
 Las flores crecen;
 Ni se cansan, ni olvidan,
 Ni desfallecen.
 Allí, lejos del brillo
 Del mundo vano,
 Crecen sobre a madre,
 Sobre el hermano.
 Que el manto del olvido
 La tumba envuelva,
 Sobre él tiende sus flores
 La madre selva.
 La memoria de un muerto
 Queda perdida,
 La flor es una hermana
 Que nunca olvida,
 Y de la helada tumba
 Bajo el abrigo
 Dice al que duerme solo:
 "Yo estoy contigo."
 ¡Ay! son flores hermanas
 Las ilusiones
 Que embriagan y adormecen
 Los corazones.
 Allí en la Primavera,
 Cuantas nacieron,
 Unas se marchitaron,
 Otras se fueron,
 Y sobre el campo estéril
 De los dolores,
 Son cardos los recuerdos:
 ¡Qué tristes flores!
 El campo que hoy alegra
 La luz del día,
 Lo secará diciembre

Con mano fría;
 Pero pronto á los besos
 Del sol ardiente
 Tornará su belleza
 Más esplendente.
 Y abrirán sus nectarios
 En las corolas,
 Los lirios, las violetas,
 Las amapolas.
 Tendrá rumor la fuente,
 Aroma el prado,
 El jardín mariposas,
 Fruto el granado,
 Y sonarán los cantos
 Dulces, sentidos,
 De avejillas que pueblan
 Los nuevos nidos.
 Así también el alma
 Que sufre y llora,
 Tras de la negra noche
 Tiene su aurora.
 A cuantos bellos nombres
 Su luz alcanza;
 Se llama fe, ventura,
 Gloria, esperanza,
 Que si son cual invierno
 Las decepciones,
 Tienen su primavera
 Las ilusiones!
 Se llora una esperanza
 Que se derrumba
 Y luego crecen flores
 Sobre su tumba;
 Fecunda el alma humana
 Como la tierra,
 Gérmenes de ventura
 Constante encierra,
 Y halla para consuelo
 Sus propios dolores:
 ¡La mujer! ¡La más bella
 Flor de las flores!

JUAN DE DIOS PEZA.

LA MAS BONITA DE LAS TRES

A los sesenta años de edad murió en la alta Hungría un juez, ya viejo, que dio bastante que hablar durante muchos años después de su muerte.

Tenía tres sobrinas: Herminia, Josefina é Inés, que eran famosas en el país por su espléndida belleza. Todas ellas venían muchas veces á visitarle, y cada una terminaba invariablemente en visita con esta pregunta.

—¿No es verdad que lo tío, que cuando os muráis me dejaréis esta casa que tiene tantos pisos?

—Sí, hija mía, puedes contar con ella—respondía no menos invariablemente el juez siempre que hablaba con cada una de sus sobrinas, riéndose por dentro de las preguntas repetidas, que no conseguían incomodarle á pesar de su carácter egoísta.

En su interior la idea de la muerte le sonreía, pensando en el solemne chasco que preparaba, y que había de regocijarle hasta después de su muerte.

Cuando ésta hubo ocurrido, abrióse el testamento y se encontró la siguiente disposición: «Dejo mi casa de cinco pisos á la más bonita de mis sobrinas.»

¡Vaya usted á ser testamentario con una cláusula semejante!

—¿Cuál era la más bonita de las tres jovencitas?
 No había que pensar en testigos; cada una de las tres pretendientes podía presentar centenares de adoradores, de trovadores, de poetas y de militares apasionados.

Todo el mundo conocía el talle esbelto de Herminia, sus magníficas trenzas, negras como las alas del cuervo, y sus ojos hermosos. Todo el mundo co-

nocía también el rostro fresco de Josefina, los caracillos dorados de sus negros cabellos, sus manos blancas y de escultórica belleza. Todo el mundo conocía, finalmente, la opulenta floresta de cabellos castaños de Inés, los graciosos hoyuelos de su cara, las perlas de sus dientes, el encanto de su sonrisa de hada.

Pero, de ahí á dar la palma á una de ellas, había un abismo; todas tres eran tan bonitas, que no había remedio sino confiar á los abogados el cuidado de batallar para demostrar cual de las litigantes era la más hermosa.

* *

Comenzó, por tanto, una lucha de papel sellado, cual nueva guerra de Troya. ¿Qué pruebas debían aportar las concurrentes? En la imposibilidad de encontrar la prueba directa, no había otro remedio que el de dar un rodeo á las dificultades; y, en vez de probar cual era la más bonita, probar cuáles eran las dos más feas.

El abogado de Herminia comenzó por decir que Josefina se daba colorete en la cara: el acusador fue confundido, porque del examen de los peritos, ordenado por el juez, se demostró que Josefina tenía el rostro naturalmente rosado y que su color no le debía nada á las pinturas.

Herminia fue acusada de tener la cintura mal hecha y de usar un corsé especial, y el corsé fue reconocido como superfluo.

Después llegó la vez á Inés, sospechosa de cojear de un pié y de usar cabellos postizos.

Después de los ataques físicos vinieron los ataques morales. Una acusaba á la otra de ser sarcástica; la

otra acusábala de ser ingrata; á la tercera de estar mal educada.

Empezó luego la procesión de testigos domésticos, las criadas, las costureras, vinieron los secretos íntimos, los misterios de alcoba, procurando con sus declaraciones hacer triunfar á aquella que defendían y anodador á las otras.

El proceso continuó así durante seis años sin adelantar un paso, y por último, el juez, no viendo medio de llegar á una solución, aconsejó á las tres hermanas que viviesen de allí en adelante en paz y concluyesen amigablemente la demanda.

Mas, vaya usted á aconsejar á tres mujeres que decidían amigablemente cual de ellas es la más bonita. La guerra continuó, y el proceso duró veintiocho años, haciéndose cada día más difícil probar cual de ellas era la más hermosa.

Durante ese tiempo ninguna se cuidó de la casa objeto del litigio, y un día la casa se arruinó, quedando sólo en pie el famoso pleito, la eterna cuestión de cual de las tres era la más bonita.

Entretanto, las tres *jovencitas* llegaban á los cincuenta años, pero sin desistir de la cuestión.

Todas tres se presentaron al juez, y le pidieron comenzar la demanda, no ya por la casa desaparecida, sino por su reputación de belleza.

—En efecto—respondió el juez,—entiendo que el proceso debe comenzar; pero con la diferencia de que la cuestión fundamental debe modificarse, y, en vez de tratar de saber cual de las tres es la más bonita, debe tratarse de una cuestión no menos difícil de decidir: ¿cual de las tres es la más fea!

El proceso no continuó.

FORDETA ISMERETLEN.

A ELLA

Ya llegó la primavera
 Con sus efluvios de amores,
 Tendiendo mantos de flores
 Sobre la verde pradera.
 De venturas mensajera
 Bate sus alas de oro
 Y vierte el rico tesoro
 De dulces inspiraciones,
 Despertando corazones
 Con su cántico sonoro.
 Canta el ave en la vecina
 Y solitaria arboleda;
 El viento el eco remeda
 De su estrofa peregrina.
 Más verde está la colina,
 El mar se mira distante
 Revolviéndose gigante
 Bajo su espumoso velo,
 Y está más azul el cielo,
 Y el sol está más brillante.
 El corazón al latir
 En la cárcel de mi pecho,
 Halla su recinto estrecho,
 Nuevas ansias al sentir.
 En nuevo espacio vivir
 Pretende en su despertar,
 Que en trinidad singular

Y en conjunto seductor
 Le brindan besos de amor
 La tierra, el cielo y el mar.

Llega, mi prenda adorada
 De mi dicha á ser testigo,
 Y recorrerás conmigo
 La campiña perfumada.
 Nueva aurora afortunada
 Veré trascurrir sereno,
 Y á todo cuidado ajeno,
 Te dará mi amor ardiente
 Guirrualdas para tu frente
 Y rosas para tu seno.

Al disfrutar tu mirada
 Llena de anhelo profundo,
 Soñaré que surge un mundo
 De las sombras de la nada.
 Contemplaré disipada
 La triste duda que escondo,
 Y del pecho en lo más hondo
 Copiará raro espejismo
 Las negruras de un abismo
 Que oculta el cielo en su fondo.

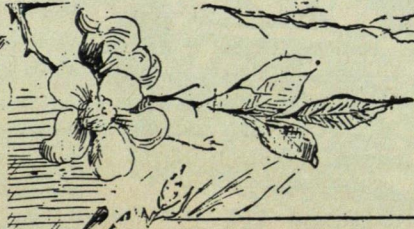
Mi corazón oprimido
 Sienta el rose de tu mano,
 Surja el amor soberano
 A su potente latido.
 Ven, formaremos el nido

De nuestros castos amores;
 Entre campestres olores
 Viviremos orgullosos
 Y nos verán envidiosos
 Auras, pájaros y flores.
 Rosa y señora serás
 De las rosas de mi huerto;
 Cual palmera, en mi desierto
 Fresca sombra me darás.
 Amante realizarás
 Mis ilusiones más bellas,
 Y nuestras dulces querellas
 Probarán, mujer querida.
 Que sin amor es la vida
 Como un cielo sin estrellas.

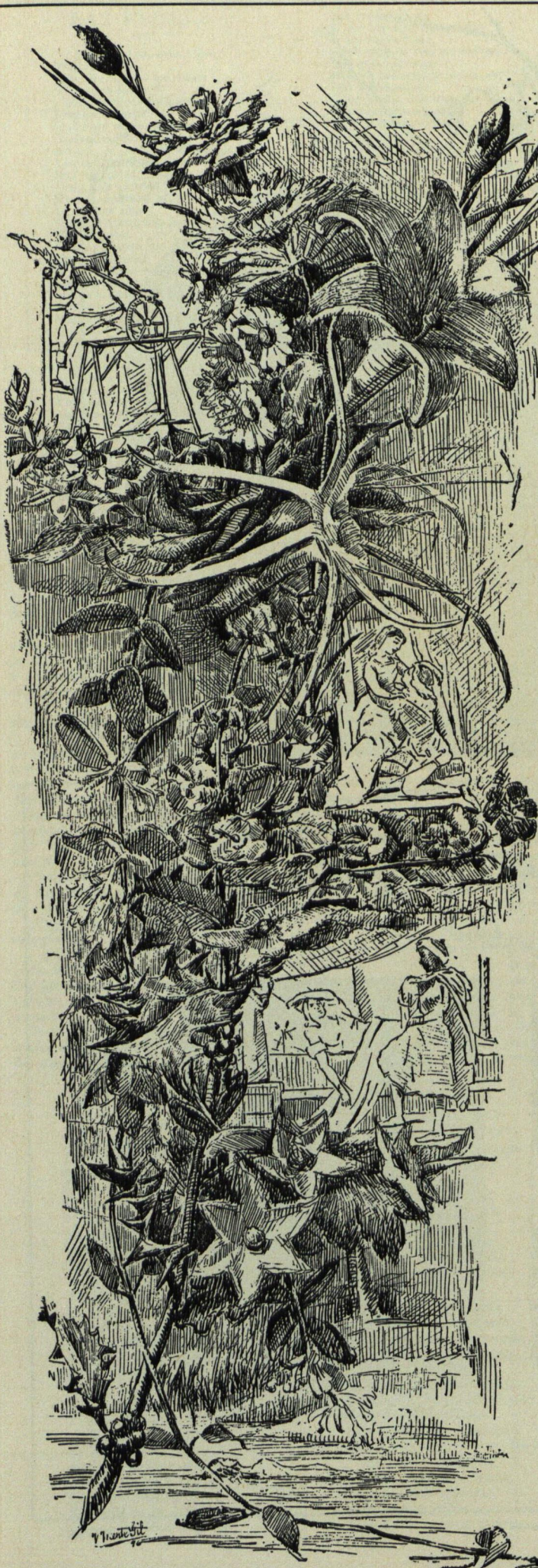
El arullido de los mares
 Y del viento los gemidos
 Escucharé confundidos
 Con tus lánguidos cantares.
 Del amor en los altares
 Nuestros cantos elevados
 Se perderán arrullados
 Por otras dulces canciones
 Con ritmos de corazones
 Que laten enamorados.
 Nubes de melancolía
 No eclipsarán tus auroras,
 Serán minutos las horas

Y muy breve será el día.
 Mas cuando noche sombría,
 Envuelta en su denso velo,
 Cubra de nieblas el suelo
 Y en el alma siembre enojos,
 Con los rayos de tus ojos
 Alumbrarás tierra y cielo.
 Pues no hay noche junto á tí,
 Ni tristezas á tu lado,
 Es amarte y ser amado
 Todo un mundo para mí
 Ni más dicha pretendí,
 Ni más gloria imaginé;
 Que tanto y tanto soñé
 En tu divina hermosura,
 Que fué parte en mi ventura
 Lo mucho que te adoré.
 No habrá duda ni temores
 Que mitiguen las delicias
 De tus amantes caricias
 Y de tus sueños de amores.
 Mas si en hora de dolores
 La muerte con sus abrazos
 Rompe los benditos lazos
 De amor tan inmenso y fuerte
 ¡Hallaré dulce la muerte
 Por recibir la en tus brazos!

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.



Flores * Ideales *



Un ave hermosa que un tiempo tuve
Me hablaba siempre de sus praderas.
¡ Oh, cuántas rimas, cuantos perfumes,
Cuantos idilios y cuantas quejas !

En una tarde del mes de enero
Yo la escuchaba junto á su reja,
Y supe entonces cuantos misterios
Tienen las flores de Venezuela.

—Un valle existe, díjome el ave
Que del Anauco las linfas riegan;
En él, las flores tienen amantes,
Genios y bardos que las cortejan.

Un Silfo, genio que fue mi amigo,
De ellas, contóme muchas anécdotas;
Y voy algunas á referiros,
Aunque otros genios también las cuentan,

Abril, aromas brindaba pródigo
En una fiesta de primavera,
Y en melodiosos, lánguidos tonos
Se oían los ecos de la pradera.

—Una flor blanca, flor de alabastro,
Dijo, con ritmo que era una queja,
Yo de los tristes recojo el llanto,
Amo á las vírgenes, soy la azucena.

—Yo soy la rubia de crenchas de oro,
Dijo sonriendo la crisantema,
Y amo á los bellos príncipes blondos
Que del Rihn viven entre las nieblas.

—Yo soy morena, dijo la rosa,
Y amo al gallardo febril poeta
Que al són del arpa su verso entona
Rojo y ardiente como una hoguera.

Abril entonces reparte mieles;
Y de brillantes, rica diadema
Cifre á la rosa sobre sus sienes
Al proclamarla del prado reina.

Se inflama el cáliz del clavel rojo
Por Margarita que hilando reza ;
Joyas y perlas la ofrece un gnomo
Mientras un nardo le da su esencia.

Göethe los mira desde la cumbre
Que habita el ave de las quimeras
de pico de oro y alas azules,
Y allí concibe su gran poema.

De una violeta tímida y casta
Que un lirio adora, se oyen las quejas
Entre suspiros, besos y lágrimas
Que recogía la brisa leda.....

—Adiós !!.....
—No partas, aun no es la hora.
—Ya viene el alba.

—Detente, espera !

—Oye, en el bosque canta la alondra.

—Un beso.....

—El último.....

—Oh, mi Julieta !.....

De allí no lejos, entre las gramas
Se alza la anémoma como una estrella;
Y el cardo ostenta sus formas trágicas
Como el dios Siva de la Leyenda.

Le dio él sus glorias y ella sus gracias...
¡ Oh, nunca fuera pobre Desdémoma,
Que de sus celos entre las garras
Dejaste el alma sin una queja.

Mudo un instante quedóse el Silfo;
Entristecido lanzó una queja,
Y ¡ay! escuchadme, doliente dijo,
Dejad que os cuente mis hondas penas :

Sobre un arroyo temblando inclina
Su faz angelica, la madre selva,
Y cae al fondo desvanecida
Como la triste, divina Ofelia.....

¡Ay! clamé entonces, junto á las palmas,
Nunca te fiaras del onda pérfida.....
¡Oh tú la virgen risueña y blanca,
¡Adiós! tu aroma sólo me dejas!.....

Si ya no existes por qué te adoro?.....
¿ Es la injusticia ley de la tierra,
O es cierto el eco que generoso
Dice al espíritu: "Ama y espera" ?.....

¡Oh, la esperanza desvanecida
En los mirajes de otra existencia!
¡Cuán desgraciados los que no olvidan
Y cuán felices los que nos dejan!"

—

Y así contóme muchas historias
Cantando el ave junto á su reja.
Por eso, dijo: la ardiente rosa
Es la querida de los poetas:

La crisantema sueña sus bodas
Con los que viven entre las nieblas;
Y las Vestales guardan sus joyas
Dentro del cáliz de la azucena.

Por eso cifre la margarita
Su primoroso collar de perlas;
El blanco lirio sus besos rima,
Y el cardo ahoga la triste anémoma.

Por eso el Silfo sin rumbo vaga
Entre las flores de la pradera,
Llora en la fuente, gime en las palmas
Por la infelice divina Ofelia.

J. A. PEREZ CALVO.



"Flores Venezolanas"

(CARACAS)

LA MUJER

I

H tú! la primera desposada en el altar de la naturaleza..... ni los blancos lirios que cifieron tu cuna nacieron como tú en el regazo blando de un sueño de felicidad.....

El primer beso de la luz en la pupila cándida del niño; el primer brote de la henchida yema en el lozano tallo del rosal, y el llanto del rocío sobre el pétalo cár-

deno de la violeta azul; el lampo rojo de la naciente aurora, y el crepón funeral de la estrellada noche; los diamantes fúlgidos que el arroyo avienta en la quiebra de las peñas, y el remanso tranquilo, ceñido de flores, al pie de la montaña; el lago azul como un zafiro engarzado en festón de esmeraldas, y el mar bullente, que dice á las playas el secreto de sus iras y la poesía de sus espumas, todo lo que alienta en la inmensa gestación de la múltiple vida, desde la perla en la nacarada concha de su cuna sobre lecho de argentinas arenas, hasta la plateada luna, perla también en el piélago azul del éter infinito; desde el insecto alado que robó á las flores el matiz de sus alas, y las salpicó con menudo polvo de esmeralda y oro, hasta el reptil multicolor en el verde césped de la pradera inculca, todo cuanto existe ha sufrido, primero, penosa gestación y luego, quebrantos, dolores..... sólo tú ¡oh mujer! rayo de sol, primerizo botón de rosa blanca, lampo de aurora, girón de azul, copo de espuma, perla escondida, mariposa del fris, sólo tú, la primera, naciste sonriente del sueño primero de Adán, bajo el verde dombo

de tupidas frondas del árbol secular, en el grandioso templo de la naturaleza férvida.

¡Qué ha sido de tí en el rodar de los siglos; á qué cumbres y á qué abismos la evolución humana te ha llevado ¡oh numen?

La historia de la humanidad es el poema de tu vida.

Si á las veces has aparecido como reina destronada á través de la historia, serás siempre, en el alcázar del mundo, la más sublime deidad.

¡Qué importa que el Patriarca, en sus sueños de nómada, te vislumbrará, tan sólo, acaso, como madre fecunda de innúmeros hijos y que empañando fúlgidos diamantes en tu corona de reina, quemase tus delicadas plantas en las candentes arenas del Egipto, é injuriase tu estirpe y mancillara tu honor bajo los dorados artesones del palacio de Ramsés?

Ese mismo cielo, siempre azul, que copia el Nilo, verá surcar en galera empavesada, dada al viento la sedosa vela, la sublime cautiva de Antonio, dejando en el azul Mediterráneo, en el ambiente y en las auras estelas de nevada espuma, de orientales perfumes y de seductora música, para traer, ella la cautiva, preso en las redes de sus hechizos al soberbio emperador, y con él á la soberbia Roma.

"Et sur elle courbé, l'ardent Imperator
Vit dans ses larges yeux étoilés de points d'or
Tout une mer immense ou fuyaient des galères." [1]

Qué importa! si el astro de Israel reivindicará tu nombre, y arrancando de tus sienas excelsas el clavo infamante de la servidumbre oriental, te colocará sobre un dosel muy alto, fuera del alcance de bárbaros dominadores, sobre un trono, doce estrellas por corona y la cabeza del hombre por pedestal;

trono donde todo sonido es un cántico y una realidad toda esperanza; trono de donde presidirás, serena, la tumultuosa ruta de la humanidad, con manto de perdón para todas las caídas y consuelo para todos los dolores, *Maris stella*.

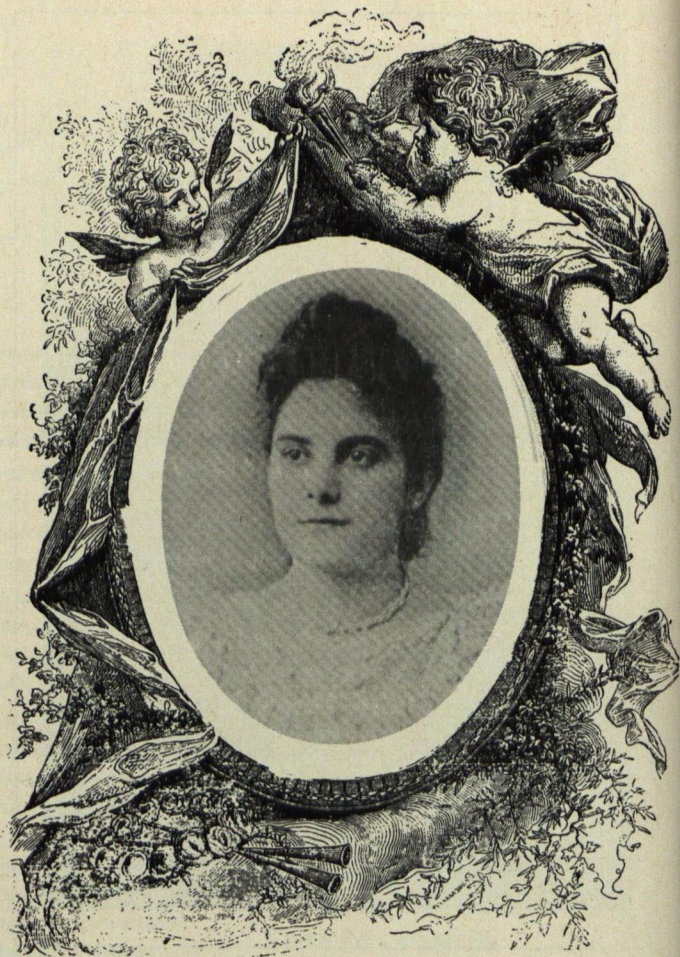
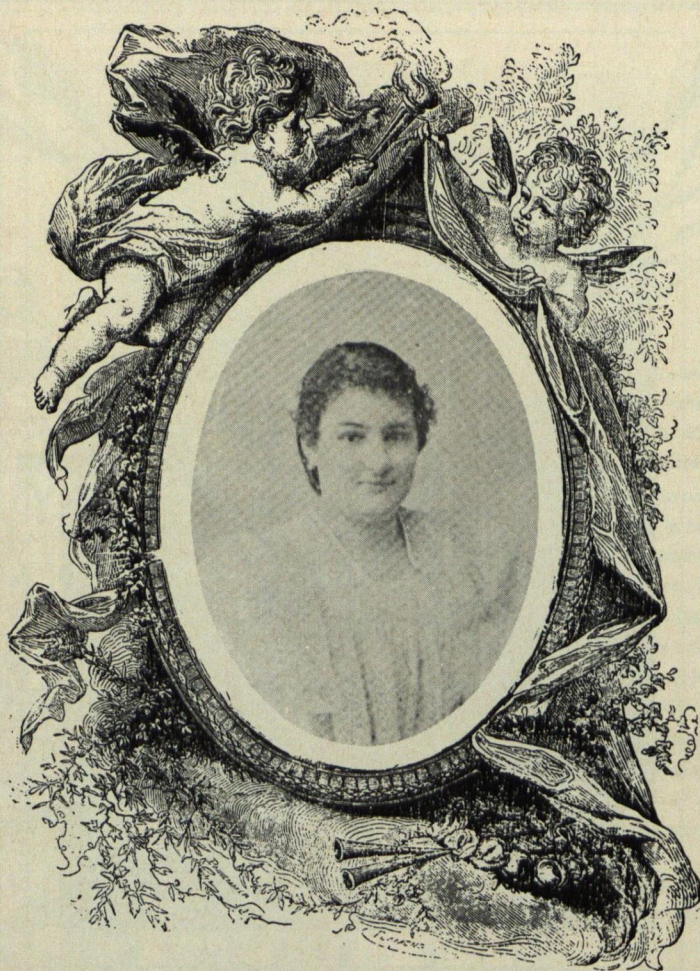
¡Las hijas de Sión entonarán sus himnos, con las arpas de Judá, en los muros de Jerusalen, sobre la estirpe de David!.....

II

Si Grecia, Grecia inmortal, te encerró en el Gineceo, su religión, el paganismo, necesitó poblar su radiante Olimpo con las deidades que eran encarnaciones de tu divina esencia: Venus surge triunfante de las amargas ondas, rodeada de espumas y nereidas, sobre nacarada concha, para sentarse á la diestra de Júpiter, herir con la acerada flecha de su hijo el pecho de los humanos y avivar la llama inextinguible del amor y de la vida en el corazón de los helenos; Ceres, que personifica la tierra, y cuyo llanto por Proserpina es rocío que la fecunda; Diana casta, reinando en el misterioso silencio de la soledad de los bosques; Minerva inflamando en el corazón de Ulises el patrio ardor, estimulándole al combate con su egida y ceñido á sus sienas las palmas del heroísmo y los laureles de la gloria.

Y no satisfecha con encarnarte en las abstracciones de su brillante teogonía, cifte tus sienas con los blancos azahares de las vírgenes, cubre tus formas, ya humanas, con la túnica talar de blanco lino y son las Vestales, encargadas de conservar siempre vivo el fuego sagrado en el fondo de sus templos, bajo la egida de la castidad y del pudor, ese otro fuego sagrado que es la más brillante joya de tu refulgente diadema.

[1] J. M. Heredia.—Les Trophées.—Paris.



"Flores Venezolanas"

(CARACAS)

III

Más tarde, la Ciudad Eterna, te verá respetada matrona, con la majestad de la República, teniendo por templo el hogar, avivando también, como en Grecia, el sacro fuego de los dioses patrios; sembrando en el corazón de sus hijas la semilla ciudadana de los Gracos, y venerada por la perfección de tu castidad, virtud en la que vinculaba la República la pureza del ciudadano romano.

No importa que en la decadencia, bajo el Imperio, manilles tus ejecutorias; abandones el tupido velo que recataba tus formas, por la púrpura de Tiro; escancies vino de Falerno en la copa de todas las orgías; entones verso impúdico en los orgiásticos festines del César, y manches el tálamo con todo género de concupiscencias; porque cada una de tus caídas ha sido motivo para más brillantes y levantadas restauraciones, pues que del seno mismo de ese imperio decadente, que en su ruina te arrastraba, había de surgir, inmaculada y pura, una tímida joven, vástago tierno de olvidada estirpe, que conservaba en el seno de su espíritu, en medio á tantas prevaricaciones, pura la llama de las más puras virtudes é incólume la tradición del cautivo pueblo, esclavizado, escarnecido por el látigo infamante de los Césares.

El Oriente, cuna del Sol, habrá de ser también oriente y cuna de la más trascendental revolución que han visto los siglos. Aquella tímida joven, que había orado sobre las montañas de Sión; virgen pura, paloma blanca, cuyas alas inmaculadas tendían y se agitaban hacia el cielo, fue la madre, la progenitora de aquel nuevo reino que venía á volcar tronos, á derribar imperios, á fundar sobre ruinas un trono más excelso y á infundir en el espíritu decadente del mundo antiguo el soplo vivificador de

aquella nueva teogonía, que á través de los tiempos habría de ver tan vulnerados sus orígenes y tan bastardeada la sublime sencillez de su expresión primitiva.

IV

Y si en las religiones ocupaste siempre el rango de las vírgenes, vestales inmaculadas en Grecia y Roma, en las artes, en la poesía, en la ciencia, en todas las fauces del desenvolvimiento humano, has ejercido tu influencia benéfica.

"La caída del hombre fue la grandeza de la mujer."

En esa noche de diez siglos, en la que pareció perderse hasta el eco de las anteriores generaciones, la mujer, abrió con el Paracleto, donde enseñaba teología, griego y hebreo, la etapa de su definitiva restauración; y si Clemente VII, temiendo las seducciones de esa peligrosa Eva, desencadenase sobre ella nuevas tempestades y quisiera forjarle nuevos hierros, ellos se estrellaron en los muros de Fontevault, á orillas del Loire, donde la piedad de Abrissel cobijó con sus alas la debilidad femenina.

De allí surgirá en los siglos X y XI á presidir como reina los torneos caballerescos, donde la sonrisa de la dama era el más poderoso acicate de la justa y el más preciado galardón del vencedor.

De entonces reinarás en los castillos y en las cortes de amor, donde tu blanda queja bastará á desarmar el esforzado brazo del ya cansado campeón del siglo XII; y adquiriendo ya más altas prerrogativas en la política, en los gobiernos, en las cortes, con Bertrada de Montfort gobernarás á un tiempo á Foulques d'Angou y á Felipe I, y con Alix Montmorency compartirás con tu esposo los laureles de Marte en los campos de batalla á la cabeza de un ejército.

Por último la poesía de la Edad Media su-

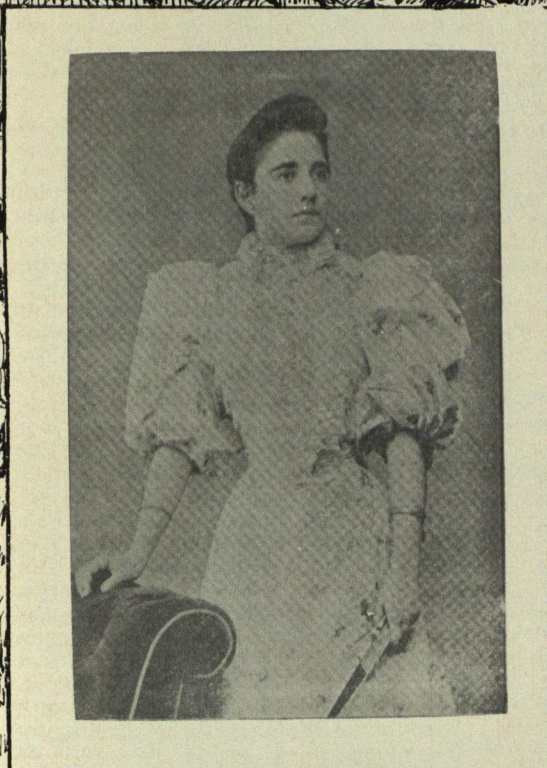
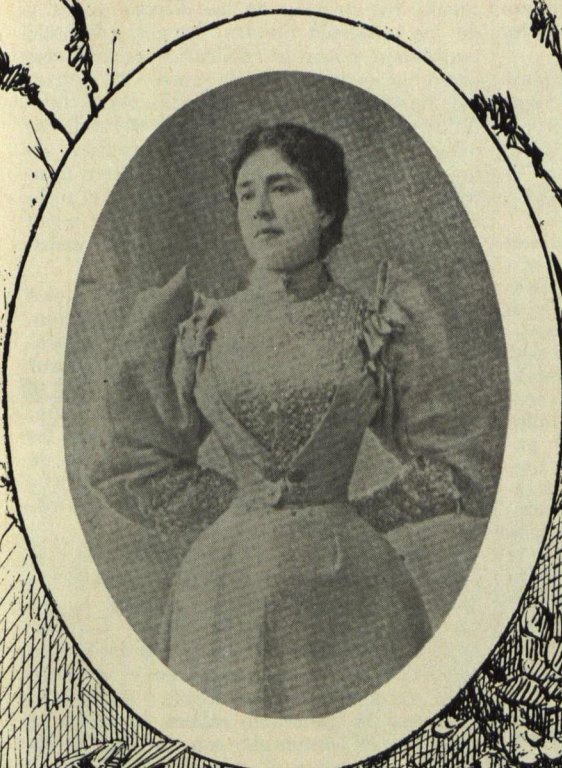
blima tu esencia con los prestigios del arte; y Dante, el Homero medio-eval, te personifica con Beatriz, en su amarga Comedia.

Ella le conduce de la mano en los círculos celestes, "alumbrándome con una dulce sonrisa;" "mi hermosura, le dice, resplandece á medida que subimos las gradas del palacio eterno; yo la contemplo para tí." Y al desaparecer transfigurada, tal es el dolor del poeta que "apenas el paraíso alcanza á consolarle."

Altura excelsa á que el romance caballeresco y la poesía de la Edad Media te colocaron, ¡oh mujer!

Buscando la santidad, cuando el dominio del mal se disputaba el mundo, te encerraste en la fría soledad de los claustros y salvaste la ciencia y las letras de aquel naufragio de la humanidad.

En el fondo del convento de Nivelles fuiste con Santa Gertrudis el oráculo de las tradiciones bíblicas, en cuyos ojos iluminados con la suave luz del misticismo buscaban los doctores verdades y secretos. Sentaste cátedra de sabiduría con Santa Bertilla, en el monasterio de Chelles, á cuyas puertas acudían peregrinos de todos los sitios á escuchar ávidos de luz tus doctas lecciones; y cuando tendiste las alas á las cimas de la poesía, fuiste la Blanca Rosa de Sajonia, que inspirada en los dolores de la humanidad, bebiste en las fuentes de Castalia, y oficiaste en el templo de Talía, á los pies de Melpómene, el destello radiante de tu espíritu, anegado en las fuentes de la más pura castidad. Y cuando el brazo de la guerra, causado ya de segar cabezas de hombre, dulcificó su índole guerrera, y á la pesada armadura del caballero se substituyó el traje romántico del trovador errante; y la equidad fue penetrando, como semilla de bienes, en el duro pecho del señor feudal, enton-



ces, aceptada en la sucesión paterna, de que la barbarie feudal te despojara, y en la sucesión monárquica, por Aragón, Vermandois, Aquitania, Inglaterra, Provenza, infiltraste tu noble sangre en las venas de pueblos diferentes, uniendo con lazos de amor razas á razas, pueblos á pueblos, y confundiendo en un mismo inmenso abrazo las distintas nacionalidades, preparando así el advenimiento de futuras monarquías.

Ceñiste en las sienes de Isabel la corona de Castilla y fuiste en su brazo la energía varonil con que los muros de Granada te vieron combatir contra el morisco, empujando el fulgor legendario de la torva media-luna, bajo la suave luz de los arabesces de la Alhambra, donde el califa indolente y sibarítico, aspirando el perfume de orientales esencias en dorados pebeteros, reclinado en cojines de damasco, te arrojaba con manecilla sobre los infamantes azulejos del serrallo, donde soñabas, entre las embriagueces del haschis, con lontananzas de oasis y palmeras en un desierto silencioso y libre.

Declinaba el sol del siglo XV entre crepúsculos de sangre, y surgía una nueva aurora.

El mundo antiguo parecía haber fatigado su suelo con todo género de dolores y trabajos, y la humanidad lastimada buscaba un refugio solitario donde restañar sus heridas, en el seno amante de la naturaleza, bajo la apacible sombra de gigantescos árboles desconocidos, á la orilla de auríferos arroyos, circundado por nuevas flores que embalsamaran su ambiente con perfumes ignorados.

Y tú, ¡oh mujer! cuando el radiante peregrino de Italia llamaba en vano á las puertas de Albión y Lusitania, pusiste ojos propicios en la pupila vidente de aquel hombre y desprendiendo de tu corona real las más preciadas joyas, henchiste con soplos de indecible alegría el alma de ese peregrino y las blancas lonas de sus audaces carabelas, que empujadas por propicias auras sobre el ondulado dorso del Atlántico,

“Su esfuerzo sobrehumano
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios.”

V

Así como formas la mitad más bella de la serie humana, así, bajo tu influjo protector, surgió de las ondas la mitad de un mundo, que como inmenso legado del Océano engarzaste á tu corona.

En el seno de la tierra americana habrán de encontrarte también los ojos ávidos..... Mas ¡ay! que el prestigio de tus encantos no ablandará los duros pechos de tus crueles dominadores, y tu noble sangre vertida en las soledades de la intrincada selva americana, correrá sin cesar durante siglos, enrojecerá las aguas de tus cristalinas fuentes, marchitará la flor de tu campiña, mas no alcanzará á fecundar un palmo solo de tu virgen suelo.

¡Oh tú, Anacaona! ¡la reina de Jaragua! ¿por qué es más triste el melancólico canto del tierno *yaraví*, que entonan tus esclavas cuando abre sus flores el cactus gigantesco?..... ¿por qué es más dulce la nota de los barrancolés, en la suave ladera de las quebradas, y el carpintero sube más alto en el enhiesto tronco de las palmas reales para fabricar su nido?; ¿por qué no ciffen tu noble frente las pintadas plumas de tus guacamayas, y el bravo Caonabó, al bajar de la montaña, al último sonido del caracol, te encuentra pensativa junto á las ramas del bambú gigante?

¡Oh presagios! ¡oh Caonabó! el fiero español que teme tu flecha y el alcance de tu arco, en las redes de alevé engaño, aprisionará tus vigorosos miembros con férreas

argollas, y arrebatado á los floridos campos de tu amada Quisqueya, te verá la luz de aciago día flotando yerto en las azules ondas del Caribe.

Y tú ¡Anacaona! verás aislada las campiñas de tu feliz Jaragua; abrasadas en fuego tus chozas y, cautiva tu regia majestad, pendiente de la horca infamante. Las brisas del Ozama, al besar por la postrera vez tu noble frente, mecerán al impulso de sus soplos tu cadáver frío!.....

Mas, dad treguas al quebranto, ¡oh manes de Anacaona! que tu sangre perdida en vapores en la tibia tarde de los trópicos, reencarnará su esencia en las vírgenes americanas de nuestra ardiente zona, que á la sombra amiga de los altos bucares, bajo las perfumadas nieves del florido cafetal, aspirando el perfume de los blancos azahares, invocarán los manes de tu destruida raza; é inflamando sus pechos en el sacro fuego del patrio ardor, vengarán con Policarpa tu inocente sangre injustamente derramada; y recabando la lanza legendaria del fiero Guai-caipuro sembrarán la semilla de la augusta libertad desde la Española, ceñida por la espuma del Caribe hasta la remota Talca besada en los confines de Chile por las ondas del Pacífico.

Y tú, ¡perla de mi patria! ¡mujer venezolana! ¡madre fecunda de heroicos varones! ¿cuándo fuiste insensible á la extraña queja? ¿en qué momento no latió, á los impulsos de las más nobles virtudes, tu tierno corazón?..... ¿qué diamantes faltan á tu imperial diadema?

Eres en Noemi la semilla de Ruth; en Sara la hermosura y el ojo glauco de la sacra estirpe; en Ceres la pródiga fecundidad; en las radiantes encarnaciones del Olimpo la serena majestad de la diosa; tienes de las matronas romanas la veneranda gravedad de la augusta República; sabes esgrimir con donaire y recato las temidas armas de tus múltiples encantos, como las hechiceras damas de los torneos medioevales; de la hermosura castellana vagas reminiscencias del país de las Hespérides en el luminoso fondo de tus brillantes ojos, y el tallo gentil y cimbrador de las palmeras americanas; y tienes de María la casta frente, donde los sueños de la inocencia apenas si dejan vaporosa huella, la juventud eterna de todas las virtudes y la más acendrada abnegación en aras de todos los nobles afectos que hagan vibrar el arpa sonora de tu corazón de virgen. Eres hija y en los altares del amor filial ofrendas el más puro destello de la llama de tu afecto y los rizos de tu undosa cabellera se mezclan en un ósculo sin fin á las plateadas hebras del pelo encanecido en las mustias cabezas de tus padres amantes; eres esposa y de ese ser en quien has vinculado tu felicidad, eres escudo para todas sus batallas, consuelo para todos sus dolores y manto cariñoso para enjugar sus lágrimas; eres madre y apenas si el cuidado del hijo pequeñuelo da treguas á tu vivir; y en los infantiles pechos de esos pedazos de tu vida sabes sembrar la simiente del honor, de la virtud y del heroísmo; semilla fecunda de Bolívars y Sucre.

ELÍAS TORO.

Caracas: diciembre de 1896.

LA MUJER

El Eterno había derramado en el paraíso todos los dones, todas las gracias, todas las magnificencias de la virgen naturaleza: los pájaros cantores saludaban con alegres trinos la venida de la aurora; dejaban oír las fuentes sus dulces murmurios; lánguido el viento gemía entre las altas palmas; las aves de vistoso plumaje lucían al sol sus

ricas vestimentas; embalsamaban el ambiente los aromas de las altivas rosas y de las modestas violetas; las gotas de rocío temblaban entre los delicados crisantemos como la joven doncella entre los brazos del esposo, brillaban las aguas como bruñidos cristales, bajo los rayos del sol, tapizaban el suelo los tiernos arbustos de hoja esmeraldina; y la creación entera mostraba la dulce é inocente sonrisa del niño recién despierto que ve asomar por entre las cortinas de la cuna el plácido rostro de la madre.

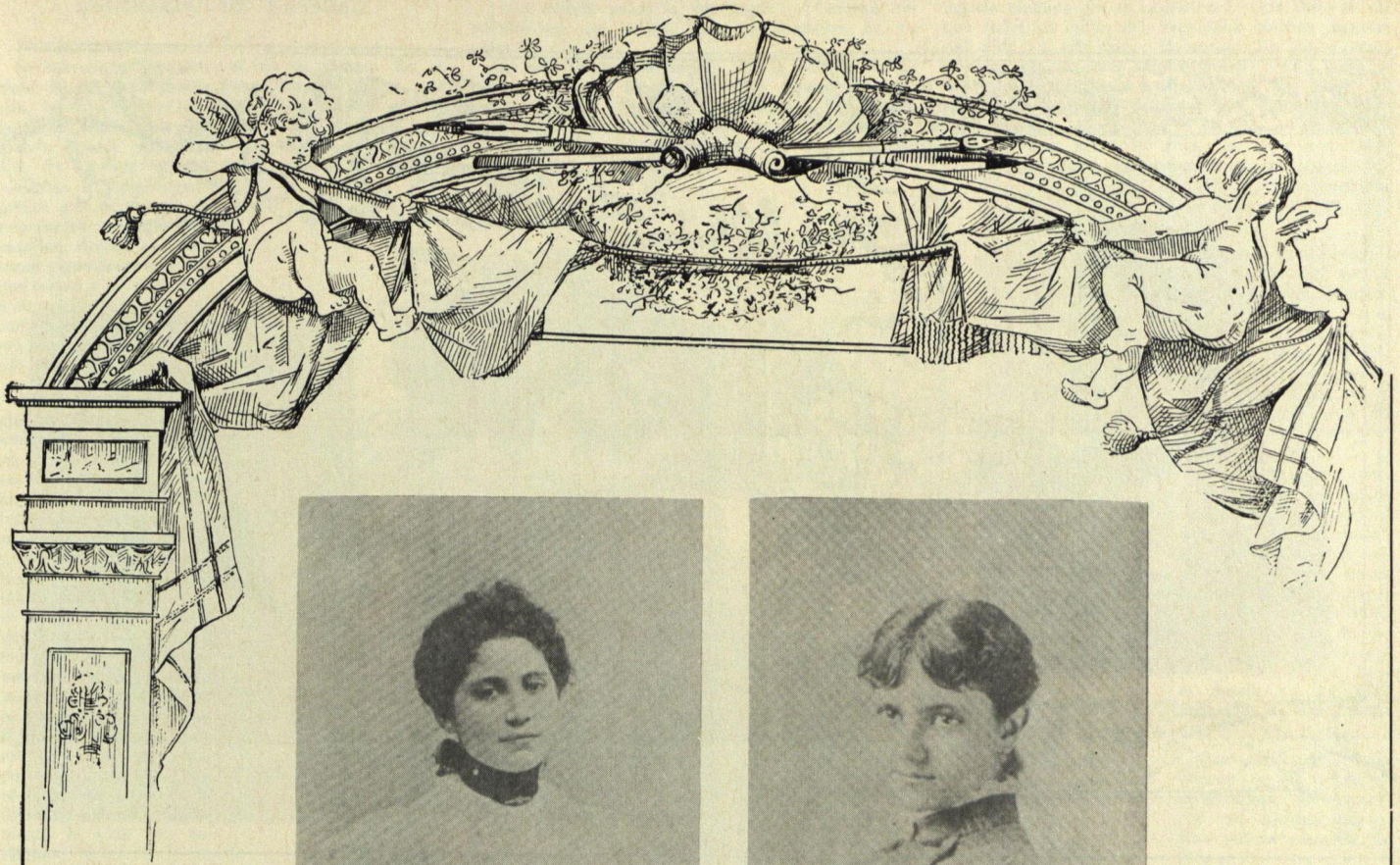
Por la ribera de uno de los riachuelos que riegan y fecundan la tierra del Edén, el primer hombre se paseaba triste y pensativo. ¿Por qué se nubla la frente de Adán? ¿qué oculto pesar le aqueja? ¿por qué se enarcan sus cejas y se oprime su corazón. Ah! es que se encuentra solo; y entre las maravillas que le rodean nota la falta de algo sin lo cual la creación es como el orbe sin luz, el pensamiento sin palabra, la palabra sin sentido.

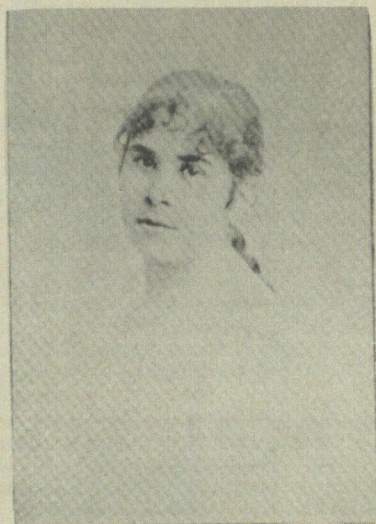
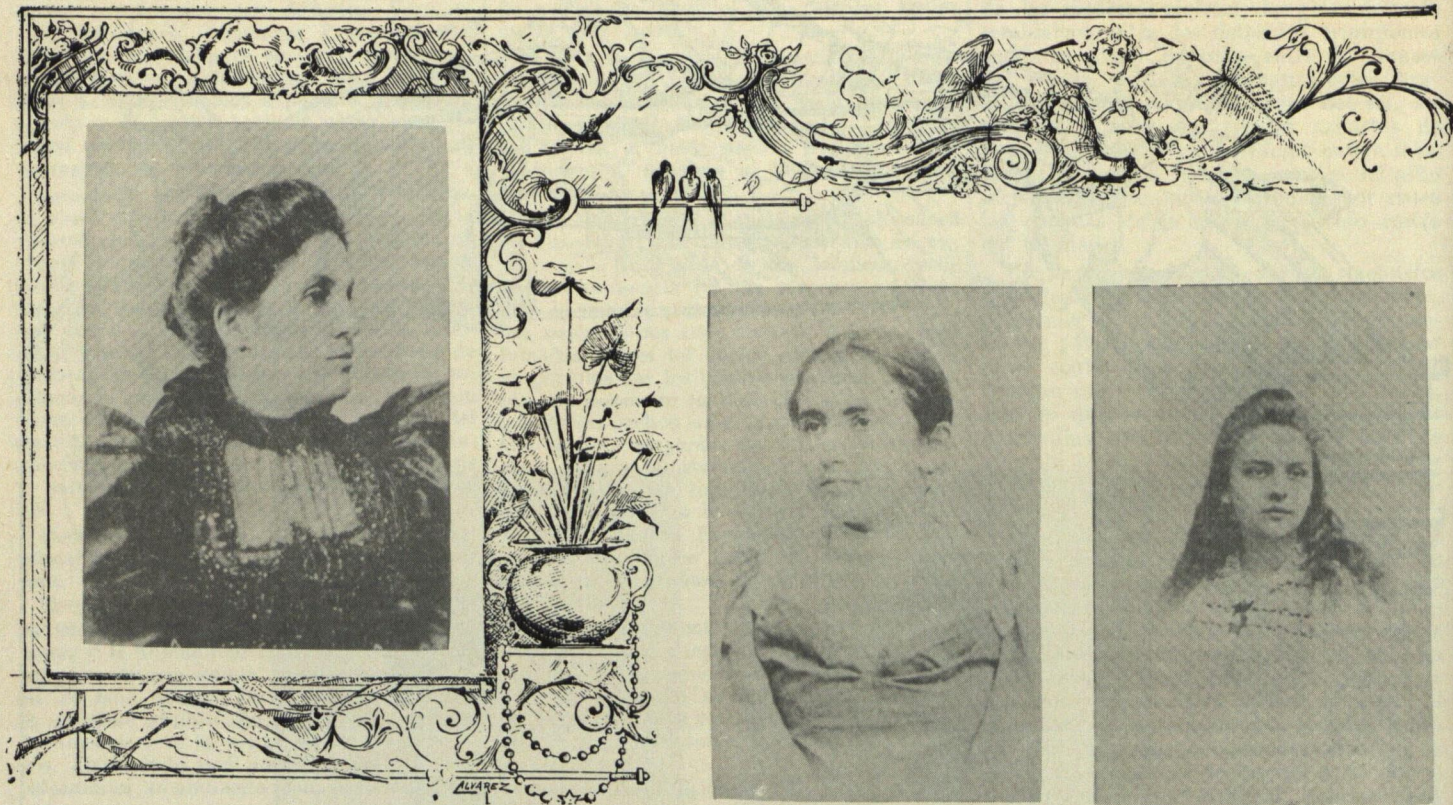
Agobiado por el bochorno del día, el primer hombre se durmió á la sombra de una higuera: Dios estaba cerca y le oyó murmurar extraños monosílabos. Un pensamiento de bondad brilló en la mente del Eterno, había sorprendido el amargo pesar de su creatura predilecta; inclinó un momento la venerable cabeza, se acercó al dormido, lo contempló con ternura y dijo:—sin el amor el mundo volvería á la nada: de carne de tu carne y de hueso de tus huesos fabricaré ¡oh hombre! á tu compañera: ella será para tí la luz y la sombra, el placer y el dolor, el infierno y la gloria.

Al despertar Adán, vio á su lado á Eva, hermosa como una mañana de mayo. Las flores le habían dado perfumes y colores, las aves sus cantos, la aurora su sonrisa, la tarde su melancolía, el mar la movilidad de sus ondas, la tierra su exuberancia y el firmamento su grandeza: hablando era música; caminando, palmera; mirando, diosa. El viento de la tarde sopló no sé qué ardientes palabras al oído del hombre. Un himno inmenso se levantó de la tierra..... luégo los ángeles asomaron sus rubias cabezas á las ventanas del cielo y mirando hacia el paraíso sintieron algo desconocido en el corazón.

Un día el espíritu del mal despertó el orgullo en el corazón de la mujer:—desobedeced al Eterno y seréis como dioses. El mandato divino fue despreciado y Dios castigó á los prevaricadores con la pérdida del paraíso. Terrible imprecación asomó á los labios del primer hombre al abandonar la deliciosa morada. Una palabra, una sola palabra, bastó para desarmar su cólera:—soy madre, dijo Eva. Desde aquella época hasta nuestros días, la mujer ha ejercido sobre el hombre poderosa influencia: niña, nos atrae; joven, nos seduce; esposa, nos subyuga; madre, nos admira. La salvación y la ruina de los Imperios ha dependido muchas veces de la mujer, ejemplos: Helena y Efigenia, Débora y Judit, Veturia y Cornelia. Bajo su inspiración el sabio y el artista han llenado el mundo de portentosas obras. En la Divina Comedia se encuentra á Beatriz, tiembla el espíritu de Laura en los cantos del Petrarca, y bajo la soberbia cúpula de San Pedro y en los admirables frescos de la capilla sexta palpatan las adorables musas de Rafael y de Miguel Angel. ¡Bendita sea la mujer, fuente de inspiración, numen de patriotismo y sagrario de virtudes!

JOSÉ E. MACHADO.





AGUINALDO DE NAVIDAD

Se aproxima la noche; el frío es intenso. En el cielo de un azul pálido flotan blancas nubes que allá, hacia el ocaso, los últimos resplandores del sol poniente tñen con sus magíficos arbores, formando figuras caprichosas que fingen palacios de oro, de los que se ven salir extrañas formas, semejantes á seres impalpables que, al surgir, se desvanecen: sangrientas batallas donde se destacan gigantescas sombras que corren y se estrechan y se confunden y que, al caer, se despeñan por riscos de nieve, de ópalo y de grana.

Es noche buena, noche de alegría. Reina animación por doquiera. En todos los semblantes se advierte la dicha: en éstos, es esa emoción tranquila y profunda causada por las dulces alegrías que provienen del hogar; en aquéllos, el júbilo bullicioso, pero casi siempre ficticio, con que brindan los placeres del mundo, y en los otros, tal vez los menos, pero también los más felices, es algo así como un reflejo de la fe que los anima, de esa fe que aleja de las vanidades y de los efímeros goces de la tierra y hace vivir únicamente la vida del espíritu.

En humilde habitación, situada en uno de los barrios más tristes de la ciudad, una mujer joven y bella, en cuyas facciones se pinta el sufrimiento, afánase con ahínco en concluir una obra de mano. A su lado, sentada en tosco taburetico de madera, está una hermosa niña. Su precioso rostro que adornan blondos rizos, luce animado por radiantes ojos negros donde brilla la inteligencia. Parece, al contemplarlas, tierno capullo que por un mismo tallo unido á fresca y brillante rosa, recibe sus perfumes y copia sus matices.

Dime, mamánta, preguntó la niña con dulce acento ¿á qué hora baja el niño Jesús con los regalos para los niñitos buenos?

A la media noche, cuando todos están dormidos y nadie lo ve.

¿Pero cómo puede él solo con tantos aguinaldos, pues tú me has dicho que hay más niñitos buenos que malos?

Es porque el niño Jesús viene siempre acompañado de ángeles que traen lindas cesticas cargadas de juguetes.

Ay! mamá, yo quisiera saber lo que me va á dar el niño, pues yo me he portado muy bien y te he hecho mucho caso, ¿no es verdad? dijo la niña reclinando la rubia cabeza en el regazo de su madre.

Sí, vida mía, exclamó ésta ahogando un profundo suspiro y, tomándola en sus brazos, la estrechó con ternura.

Duérmete, mi amor, le dijo, que ya es, tarde y después el niño no viene.

¿Qué de besos, qué de caricias le prodiga hasta que logra dormirla!

¿Con cuánto amor la contempla! ¿Cuántos recuerdos en su mente, cuántas angustias en su alma!

Un año apenas ha pasado de la muerte de su esposo, de aquel sér que tanto la amara y ya todo ha cambiado. ¿Qué noche buena tan distinta de la última! ¿Con qué alborozo corrió al encuentro de su amado compañero, cuando cargado de juguetes obtenidos con sus escasas economías, se presentó

dejarla mañana sin su aguinaldo? Qué diría al ver que todos los niños del vecindario reciben juguetes del niño, y ella no! ¿Pobrecita, sin poder comprender que los otros tienen padre! Ah! no, todavía tienes tu madre; un sacrificio más para proporcionarte acaso el último placer que podré ofrecerte.

Se inclina sobre su hija, la besa con transporte como para darle fuerzas á su abatido espíritu y, con precipitado paso, se dirige á la calle.

Después de caminar algún tiempo sin ver á nadie, sin fijar su atención en nada de lo que la rodea, se detiene delante de una joyería. ¿Cuántas piedras preciosas fulguraban al través de los cristales; qué de joyas de oro y de plata!

Ay! dice ella, oprimiendo con sus labios el anillo y humedeciéndolo con sus lágrimas: eres más caro á mi corazón que todas esas resplandecientes joyas! Perdóname, esposo mío, si me desprendo de este lazo de tu amor, pero tú comprendes hasta donde va la abnegación de una madre.

Con vacilante paso penetra en la tienda y dirigiéndose al joyero, con voz apenas perceptible por la emoción, le dice:

—Deseo vender este anillo ¿cuánto me dáis por él?

Levanta el joyero la vista y al contemplar á aquella mujer encantadora tan pobremente vestida y en cuyo rostro se ve impreso un pesar profundo, se siente lleno de emoción y adivinando una historia triste, muy triste, al dar á la joven el doble de lo que vale el humilde aro, se inclina con respeto y como indeciso en tocar con sus manos aquella prenda que le parece profanar. Le da la joven las gracias, sin que sus ojos nublados por el llanto le permitan ver la noble acción de aquella alma generosa.

Encamínase á una tienda de juguetes y gasta todo lo que le habían dado por su anillo. Pero ¿cómo no? si encuentra una hermosa muñeca rubia y de ojos azules, idéntica en todo á la que su esposo compró el año último para la pequeña.

Con ligero paso se encamina á su hogar y dirigiéndose á la cuna de su hija, aparta los blancos encajes que la cubren, postrer resto de su pasada felicidad. Con gran cuidado para que no despierte, coloca la preciosa muñeca sobre el zapatito de la niña.....Después, la contempla con amor, con amor inmenso! Hay en aquella mirada gozo y dolor á un tiempo mismo; la expresión de un cariño profundo, de ese cariño que sólo las madres saben sentir, unido á un sufrimiento también profundo, de esos que no pasan y que no se acaban sino con la vida!

Caracas.

MARGARITA DE PIMENTEL.



“Flores Venezolanas”

(CARACAS)

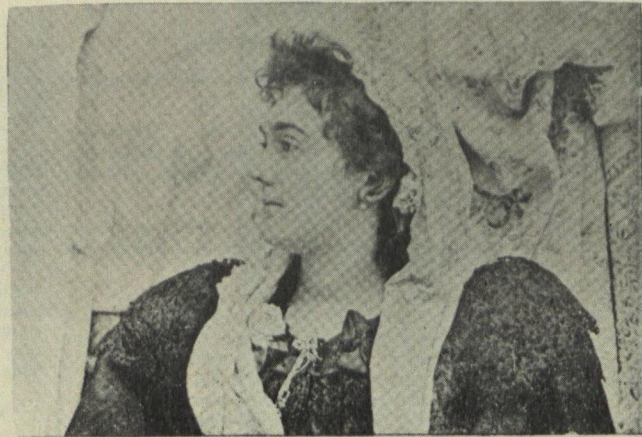
tan contento, tan satisfecho de la felicidad que le iba á proporcionar!

Toma, le dijo, es para la pequeña. Todo lo que tengo lo he gastado, pero tú sabes que ella quería que el niño le trajese una muñeca grande, así como ésta, y una camita para acostarla.

¿Pobre amigo! quién le hubiera dicho que pronto, muy pronto desaparecería, dejando abandonada para siempre su pequeña!

¿Desgraciada hija mía! quién sabe lo que te reserva lo por venir. Cuántas luchas tendrás que sostener, cuántos dolores que soportar! ¡Infeliz, sin más apoyo que tu desgraciada madre! qué puede brindarte el mundo sino desengaños y amarguras! ¡Siquiera mientras duran los fugaces días de tu infancia, deseo conservar tus inocentes ilusiones!.... Ah! me decido.....Pero es un sacrificio tan grande! Dios mío!.....Y no tener nada, nada más que este anillo, símbolo de nuestro amor, único recuerdo que me queda de mi adorado esposo. Pero ¿cómo







Vicente Salas
24

LAS ROSAS

POR CAMILO LEMONNIER



ALGUNO ha traído esta mañana un ramillete de rosas y de grandes margaritas. Perfumaba mi gabinete cuando entré. Tenía la frescura de las horas vírgenes de la vida. Y en la casa nadie sabía quien lo había colocado sobre el banco, á la entrada del jardín.

No escribiré hoy. El olor de las rosas esparciéndose en la habitación me desvanece y llena mi corazón de lejanos recuerdos. Pondré el ramillete sobre una silla á la luz de la ventana; tomaré mis lápices de color; y todo se arreglará como quiero.

Hé aquí el ramillete sobre la silla. Hay cierto desmayo en el sol y una onditá bermeja pasa á través de la ligera cortina tendida al exterior como pasa el agua por entre los agujeritos de la regadera. Reina gran silencio en la casa. Las niñas están en el río; mi perra duerme al sol, las patas estiradas y el vientre agitado por ligeras palpitaciones. No se oye abajo otro ruido que el rechinar de las hoces sobre la yerba seca de los prados; vida tranquila y profunda.

Mi mano se muestra torpe. Las margaritas tiemblan al dulce soplo que produce la cortina; las rosas palpitan como corazones y el mío late apresuradamente.

Cuando de las aguas del río que corre detras de los castaños sube una racha un poco más fuerte, las espigas ondulan todas á la vez como si la gran vida sagrada de la tierra las animase todavía..... Los delicados creyones se desmigajan entre mis dedos. Prefiero escribir. Tomo una hoja de papel, y contemplo largo rato el balanceo de las rosas.

Atraviesa el patio un carro procedente de los prados y cargado de yerba; reluce una hoz en las manos del hombre que guía el tiro. Las flores se estremecen otra vez, tiemblan, como colegialas á quienes hubiese sorprendido en el bosque la torva mirada de un mendigo; parece que reconocieran el duro relámpago del acero. Sangra en ellas una herida: la de su perdida libertad, arrancada una mañana á la vida de los jardines.

¡Oh margaritas, estrellitas blancas de corazón de oro, almas divinamente bellas, ingenuas y curiosas, que cualquiera diría asomán á la ventana los claros ojos! Con un movimiento insensible se vuelven hacia el sol y como que miran á través de los bordados de la cortina las altas yerbas luminosas, el gozo inmenso de los árboles en el horizonte: al verlas me parece percibir en ellas rostros de otros días. También había ojos claros á las ventanas, cuando yo pasaba ¿Dónde están? ¿qué mirarán ahora bajo la tierra?.....

La primavera llenaba los campos de bellos matices: íbamos al prado cogidos de la mano; algunas veces ella arrancaba una margarita y destrozaba sus pétalos. Luego llegó el estío: entré en un jardín y allí cogí rosas vivaces con sangre de púrpura.

Respiro mi propia vida, respiro la vida universal á través del hermoso ramillete. Soy un hombre del principio del mundo. Una virgen eternidad me embriaga al borde de las fuentes del Edén. Siento en mí la continuidad de la celulilla en que se transmite la vida de todas las épocas. Hace mil años tenía á mi lado una carne amorosa. Juntos mirábamos formarse de un corazón una rosa que tenía la forma de nuestro amor. Y tenía también el dibujo de una boca de niño. Todos los niños que formé, todos los que de mí salieron á través de la duración de mi sustancia, divina, despiertan y se estremecen en el fondo de mi sér. E infinitamente después de mí otros irán con mirada ingenua á ver abrirse las rosas.

Ahora siento apenas el olor picante de las margaritas, tímida exhalación de espíritu en el vapor glorioso de las rosas. Estas aspiran poderosamente la vida, hinchadas de amor y de sol, ebrias del sacrificio de su sangre, más bellas con ser ya en la muerte una palpitación suprema de deseo y de agonía.

Una muy grande y pesada tiene, bajo su púrpura de llaga viva, la suntuosidad herida, el orgullo real y trágico de una amazona. El perfume del mosto, el aroma de las maduras vendimias se volatiliza en su sombría belleza como el olor de las inmoluciones tras los pasos de una reina bárbara. Y vive y se adelanta bajo los inmundos turbantes, por sobre los mosaicos sangrientos, con un corazón rojo en la mano, que sangró mutilado bajo la podadera del hermoso y vencedor jardinero.

Anda! desaparece! no es á tí á quien yo hubiera amado, ídolo cruel, símbolo funesto de los besos que matan. Mi alma pastoril tiene sed de un amor más tierno. Te contemplo, te toco con mis dedos trémulos, amable nube pálida, alba rosada de una mañana fresca, corazón divino de rosa de espuma, bella como virgen no destinada á la vida. Aun no eras el amor sino el deseo cuando fuiste cortada en el hermoso jardín de la vida. Al tacto de mi mano tu corazón se abrió y tu pequeño y fresco seno latió apresurado bajo la delicada muselina..... Y cae un pétalo. ¿Es acaso una sonrisa? ¿por ventura es ya tu vida?

Mis rosas son un harem. Todo el goce, toda la belleza del mundo residen en sus pliegues; ellas se conforman al designio de no ser sino la imagen y el reflejo de la mujer. Sus tejidos son suaves como la piel de una doncella. Parecen dispuestas á no abrir sus túnicas purpúrnas ó blancas sino lentamente, conquistadas al fin por un amante que viniera calladamente en el silencio de la noche. Son ardientes como la fiebre y la voluptuosidad; habitan palacios llenos de misterio. Las amo. Un vértigo me incita á respirar el perfume de su vida, los penetrantes ramilletes con que se adorna el Elu.

También me recuerda ahora cada una de ellas una joven victoria, una delicia del tiempo en que penetraba en el hermoso cuadro de las rosas. Todas permanecen entre mis manos, desmayadas con languideces diferentes..... Es el loto de la vida, es el cáliz de amor, la pequeña Eda, rosita salvaje del rosal silvestre de mis veinte años.

Deshojaba yo un día una margarita, no dejándole sino un pétalo, nada más que uno, que no sé como se las compuso para que no lo deshojara también, cuando apareció cerca del pabellón, al extremo del jardín de mi padre, la hermosa Eda, la de los ojillos de abeja. Era entonces, como hoy, el estío; y llevaba á las espaldas un haz de leña que iba á extender en la pradera, acompañada de otras campesinitas.

Toma esta rosa, Eda—le dije—acabo de cogerla á la orilla del camino, en el jardín de mi padre—Ella sonrió—Oh! las conozco más bellas, allá abajo, cerca del bosque.

No sabía si se burlaba: la seguí y me llevó fuera del jardín hacia una zarza rosa.

—Mira—me dijo—Estas nadie las coge: han conservado el perfume de la mañana.

—Me sentí celoso. Eda, le pregunté ¿por ventura has traído antes que á mí otros jóvenes á este rosal? Y me respondió lealmente.—Sí, una vez traje aquí á un joven que jamás ha vuelto.

No estaba triste, sonreía, y una flor brillante lucía en su boca. Entramos en el bosque. Por primera vez sentí palpar la flor divina entre mis dedos. Y cuando Eda salió con su haz de leña todo el prado estaba ya seco.

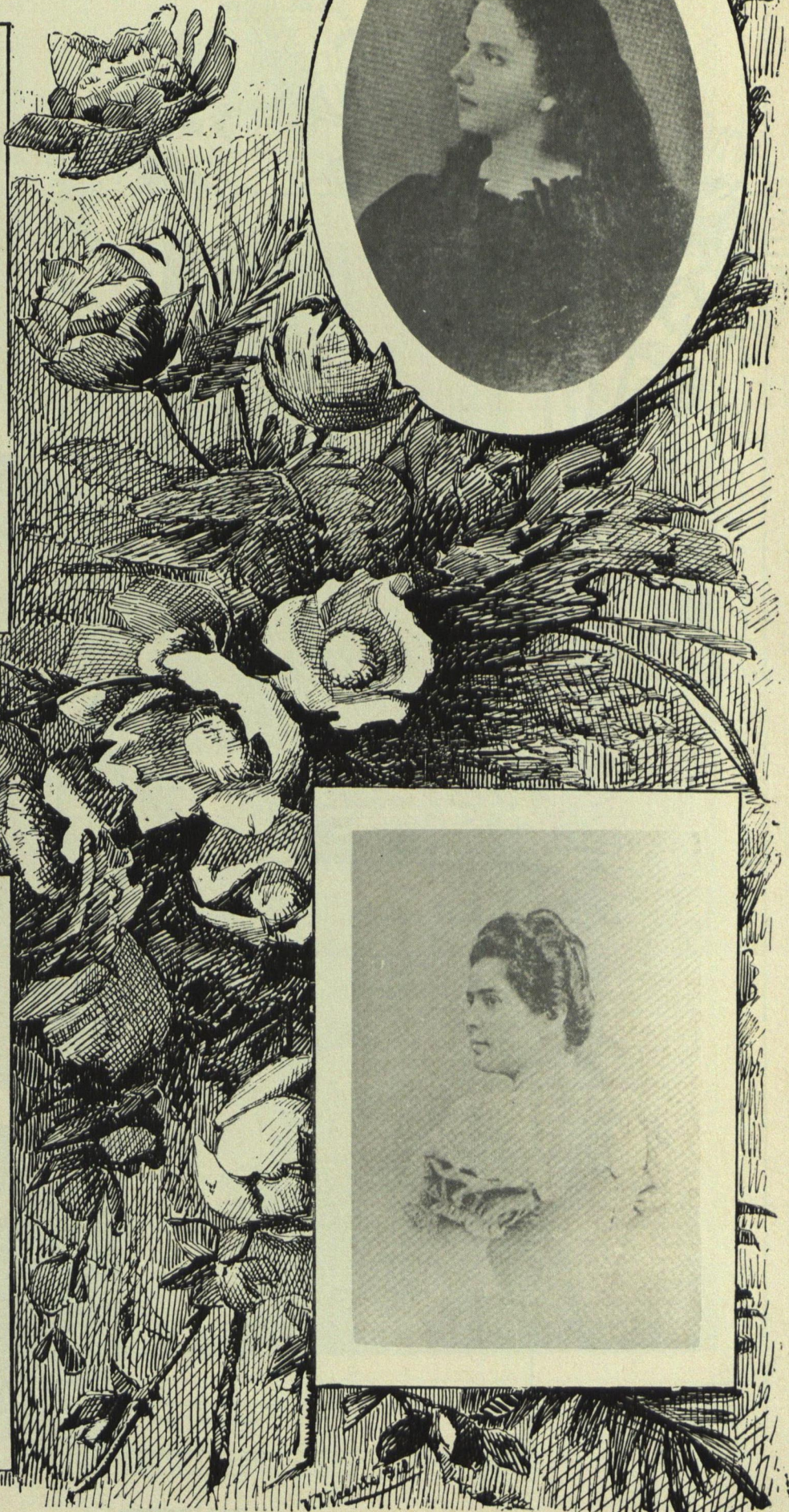
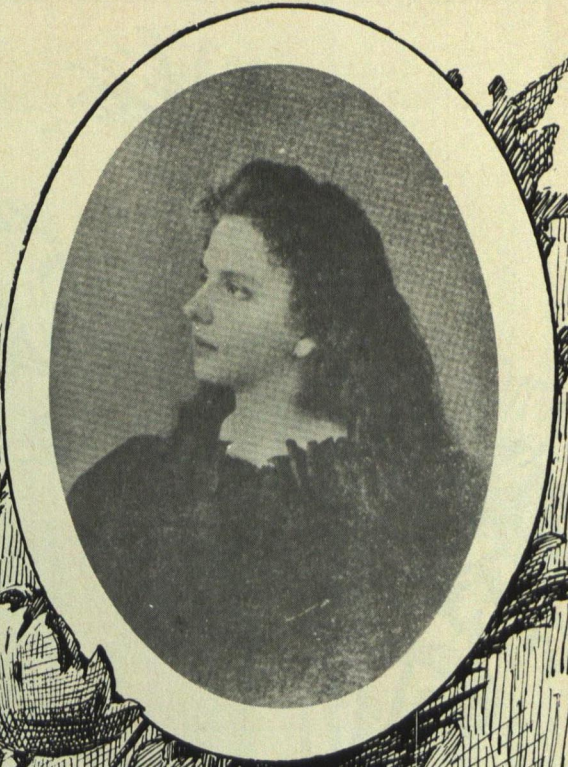
Las altivas y bellas rosas me hacen pensar en la flor primera de mis años juveniles. Aquello fue como una verdadera mañana del mundo; el despertar de la naturaleza; el estremecimiento del corazón en presencia de la primera mujer del Edén, á la vista de la virgen rosa aparecida ante mi deseo. Entonces fue cuando sentí pasar por sobre mí la eternidad, como una ola de amor.

Una nube ha velado el sol; es ya la tarde y yo mismo toco ya en el ocaso de la vida. Un hábito frío sopla de afuera; corazones de rosas marchitas tapizan la alfombra.

Y he dejado de pensar en tí y en las otras, oh Eda!











"Flor Venezolana"

(CARACAS)



"Flor Venezolana"

(CARACAS)

FLOR DE NIEVE

De nardos y lirios te hicieron las Hadas;
De suaves fulgores y copos de espuma;
Y blanca, más blanca que un alba del polo
Nacida pareces en noche de luna.

Tu alma es sagrario de castos anhelos;
La Vida te canta, la Dicha te arrulla;
Y al verte me finjo las blancas visiones
Que sueñan los bardos del Rhin en las brumas.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

FLOR MUERTA

Batió el cierzo sus gélidas alas;
besó el cáliz del trébol en flor,
y dejando las hojas marchitas
al cielo en sus alas la esencia llevó.

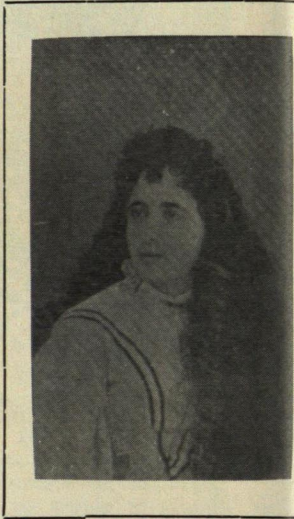
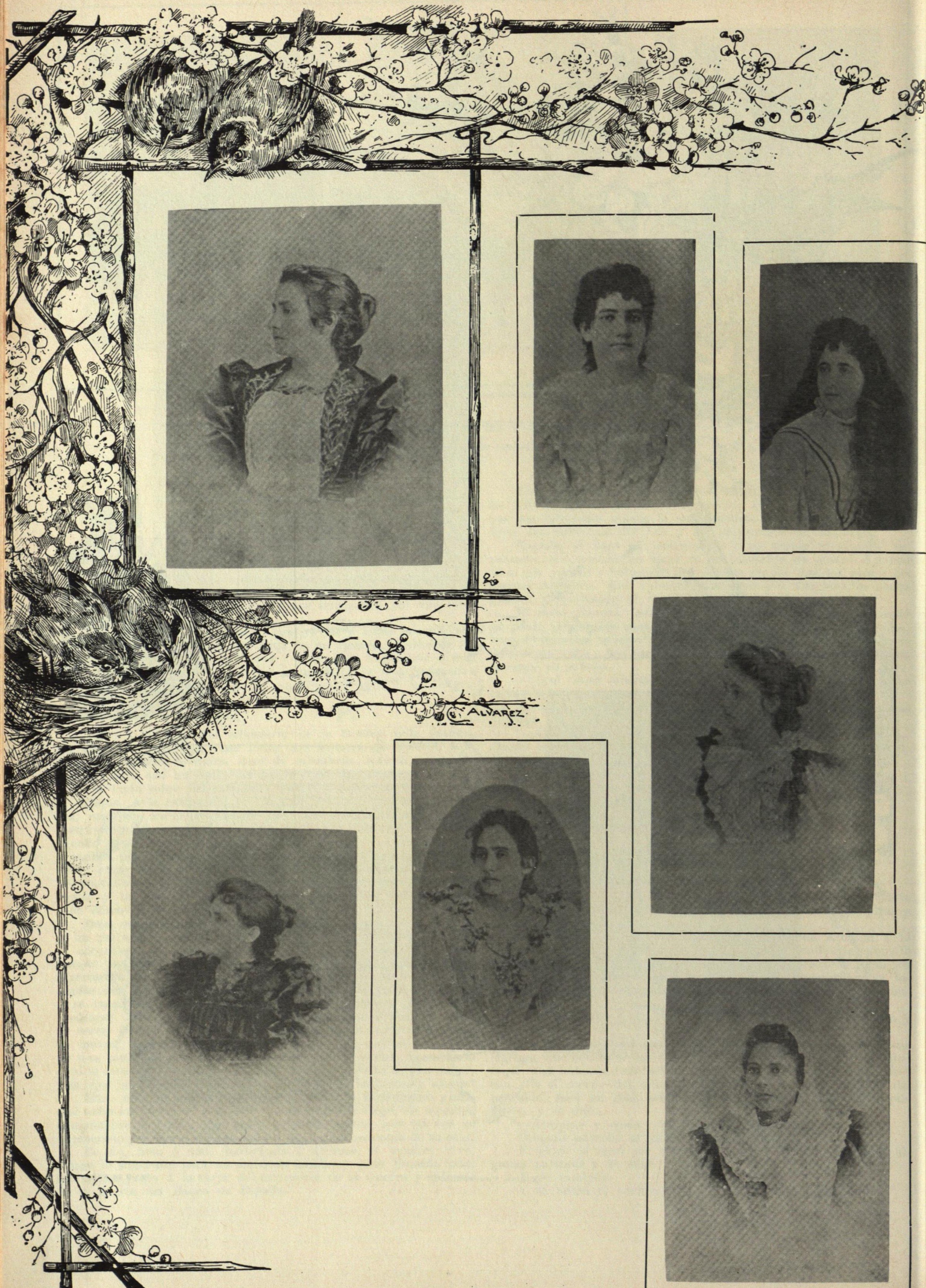
De la virgen la frente purísima,
implacable la Parca besó;
mas se eleva su espíritu al cielo,
que es alma de virgen, perfume de flor.

J. A. PEREZ CALVO.



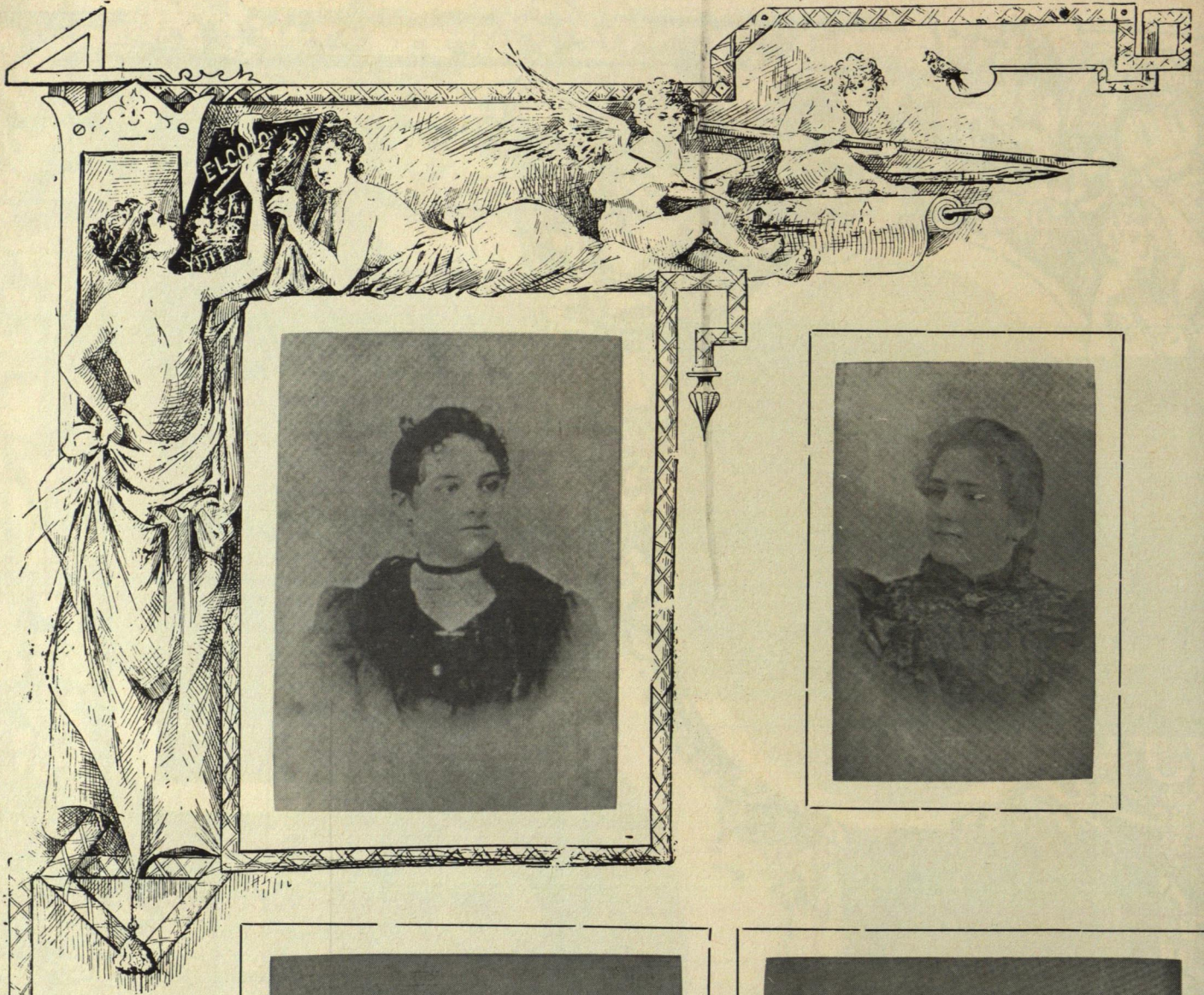
Vicente Sol

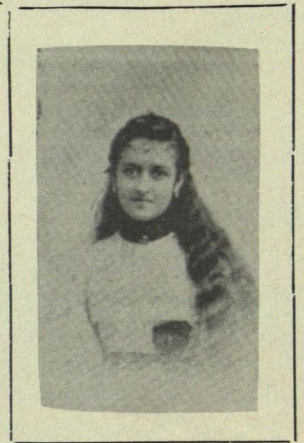
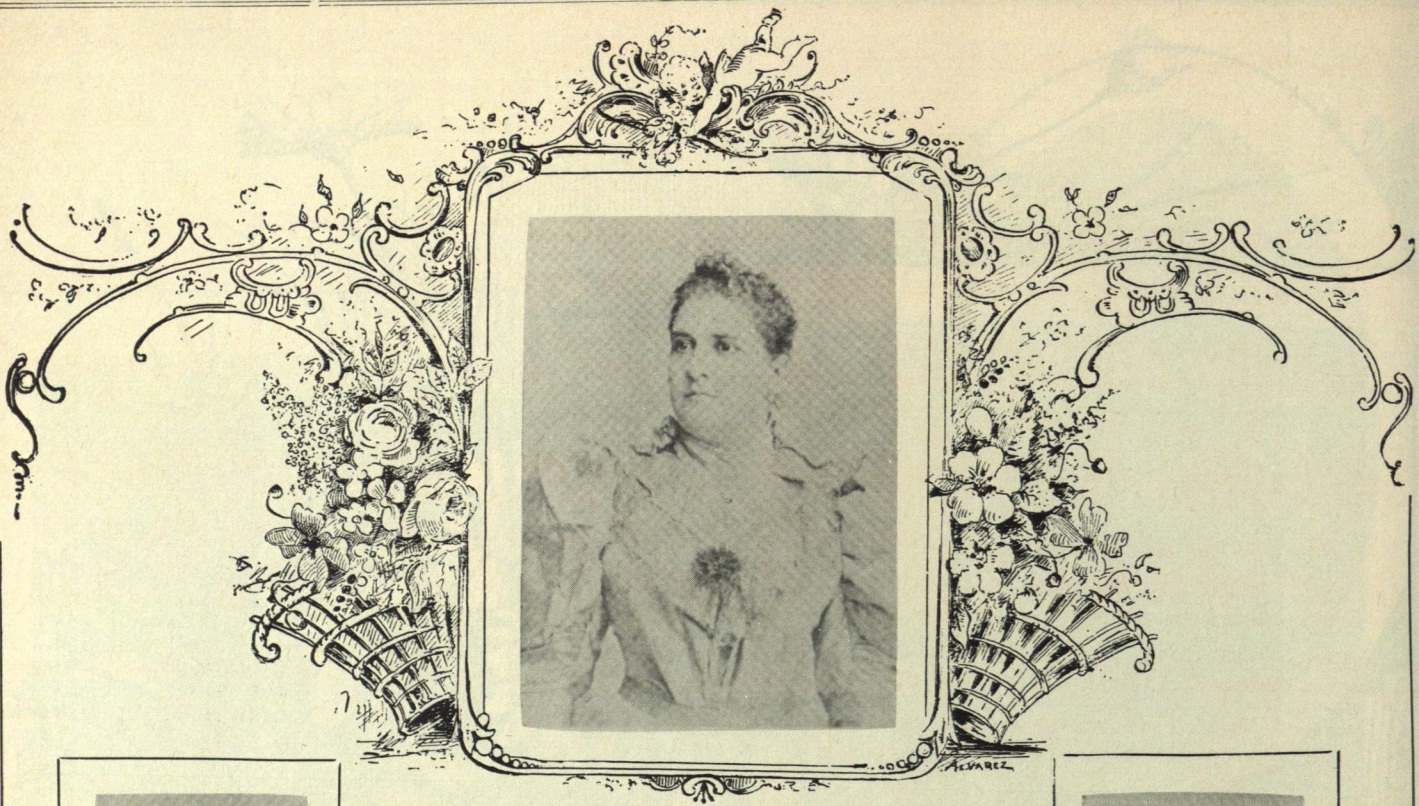




ALVAREZ









SINTESIS

Amor, que en el instante que lo aviva
 á domeñar intrépido su pena,
 vacila y tiembla y el combate esquiva,
 solloza como tórtola cautiva
 y muere como pálida azucena :
 que cuando cerca del momento aciago
 en que debe enfrentarse al hado adverso,
 desaparece cual perfume vago,
 como la niebla diáfana de un lago
 ó la cadencia rítmica de un verso ;
 ese no fue el amor que en su delirio
 ambicionó mi alma de poeta !
 ; El cardo esplende cuando punza al lirio !
 Yo soñaba la dicha en el martirio,
 buscaba el circo para ser atleta !
 Tu ambición era igual ; y prepotente
 contra todas las fuerzas fue el rechazo.
 Cobró impetuosidades el torrente,
 despedazó los diques la corriente
 y unió las ondas en eterno abrazo !

ANDRÉS A. MATA.



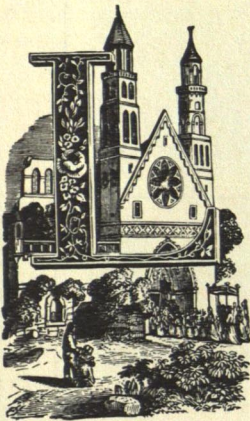


"Flores Venezolanas"

(CARACAS)

SINITE PARVULOS.....

(POR JOAQUÍN DICENTA)



o que voy á referir no es un cuento, es un suceso acaecido delante de mis ojos en las primeras horas de una noche de invierno, bajo un cielo obscuro, sobre un suelo encharcado y á la luz blanca de una lámpara eléctrica.

Oídlo; merece la pena de escucharse; á mí me ha hecho el favor de reconciliarme con mis semejantes por una temporada.

Os lo contaré tal y como ocurrió, sin poner nada de mi cosecha. Exhornar de metáforas y dítirambos lo sublime es una estupidez y una falta de respeto grande: algo así como poner letra á la *Puttica* de Beethoven.

Junto á la verja del ministerio de la Guerra pide limosna un ciego, á quien han visto todos mis lectores de Madrid, sentado en una silla de tijera, flaco de miembros, roto de traje, enjuto de cara, con un violín desafinado entre los brazos y una bandeja de latón sobre las rodillas. Que llueva ó hiele, que el calor le sofoque, ó le entumezca el frío, allí está ese proscrito de la luz, rascando antiartísticamente las cuerdas desfilachadas de su instrumento, desbaratando melodías, poniendo música á su miseria, oyendo sonar las horas en el reloj del Banco y circular personas y coches por la anchurosa vía, esperando que una moneda de cobre caiga en la bandeja, para meterse la moneda en el bolsillo del pantalón, y retirándose á la madrugada con el violín debajo del brazo, y la silla de tijera en la mano para irse á dormir Dios sabe dónde y no importa cómo.

Debe ser muy triste la existencia del pobre ciego: la fortuna le ha privado de cuantas comodidades hacen soportable la vida; la naturaleza de aquellos placeres que no se pagan con dinero, porque no habría dinero con qué pagarlos. ¡Con qué pagar el espectáculo de un cielo azul, de una agrupación de nubes coloradas por el sol, de un horizonte negro, que á veces se ilumina y se rasga para dibujar en su fondo ángulos rojizos y zig-zags cárdenos? ¡Con qué pagar el espectáculo de una primavera llena de flores, de un otoño salpicado de frutos, de un invierno cubierto de nieves, de un estío plétórico de luz? ¡Con qué el ir y venir de una multitud que por nuestro lado pasa y ondula destacando aquí la cabeza rubia de un niño, allá el cuerpo esbelto de una mujer, más lejos las calientes tonalidades de un grupo bullicioso y alegre?

Esto, que no podría pagarse con nada, lo disfrutamos gratis casi todos los hombres, y de ello carece el infeliz ciego, ese mendigo que siempre está solo, que acaso no tiene familia, que tal vez no es esperado por nadie cuando sube á tientas los escalones de su casa.

En fin, bien ó mal, desdichado ó dichoso, el hombre vive, recoge lo suficiente para no morir de hambre y pide limosna todas las noches junto á la verja del ministerio de la Guerra y enfrente de la puerta del Banco de España.

Una noche del último invierno estaba yo parado en la calle de Alcalá, delante del ciego del violín. Debía ser algo ó alguien que me interesase mucho lo que esperaba cuando resistía á pie firme los alfilerazos del frío y los papirotazos de la lluvia.

Rascaba el ciego su instrumento y yo seguía esperando, esperando, sin reparar en él ni en un chiquillo de cuatro ó cinco años que pasaba y repasaba por delante de mí con los pies y las piernas descalzos, mal cubierto el cuerpo con una blusilla hecha girones y amoratado el rostro por el frío.

El chico lloraba, metiéndose los puños en los ojos, hipando su pena, procurando contener los sollozos que subían á su garganta. Uno de aquellos sollozos tuvo más fuerza que su voluntad; convirtiéndose en grito; me sacó de mi distracción é hizo interrumpir al ciego su música.

—¿Qué tienes muchacho?—preguntó el ciego al niño, que se encontraba á dos pasos de él.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío!.....—sollozó el niño acercándose al ciego.

—¿Qué te pasa?—dijo éste.—¿Por qué lloras así? añadió cogiendo al muchacho de la blusa y volviéndole de cara hacia él, ni más ni menos que si pudiera verle.

—Lloro—exclamó el muchacho,—porque tengo hambre, frío y miedo.

—¿No has recogido nada?

—No.

—¿No tienes padres?

—No.

—¿No has comido?

—No.

—¿Con quién vives?

—Con nadie.....la vieja con quien vivía y con quien pedía limosna, se ha puesto mala esta mañana, se ha ido al hospital y me ha dejado solo.

—¡Pobre chico!—murmuró el ciego atrayendo hacia sí á la desdichada criatura y palpando con sus manos temblorosas aquella cabezita desnuda, sobre la que se pegaban chorreando agua los cabellos rubios; aquel cuerpo anguloso que se descubría entre los girones del traje; aquellas piernas flacas y aquellos pies descalzos.

—¡Pobre chico!.....; Tan pequeño, y con hambre, con frío y sin casa!.....

Los ojos del ciego parpadearon como si quisieran recoger una lágrima que bordeaba las cuencas vacías; dejó el violín á un lado; cogió una bufanda deshilachada que tenía sobre las piernas, rodeó con ella el cuerpo del niño, metiéndose las manos en el bolsillo del pantalón, sacó un real, acaso toda su fortuna, se lo dio al pequeño, y le dijo:

—Abriégate y come. Yo no puedo hacer más por tí.

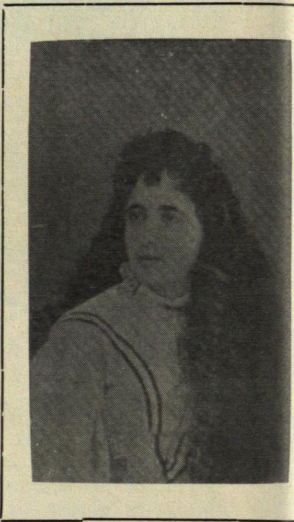
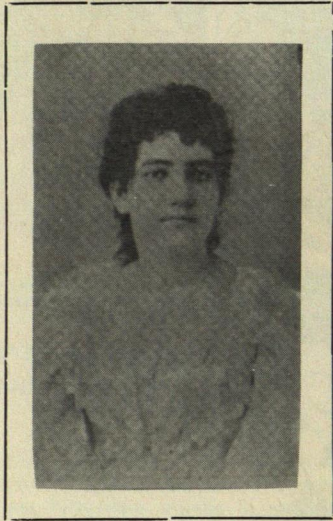
Después estrechó al chico entre sus brazos.

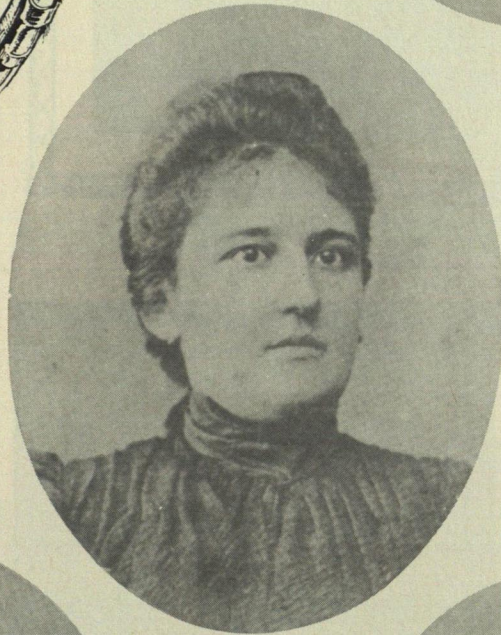
El chico le miró con ojos azules llenos de luz, balbuceó algunas palabras y se echó á llorar.

Y yo también.

Y se acabó el cuento.

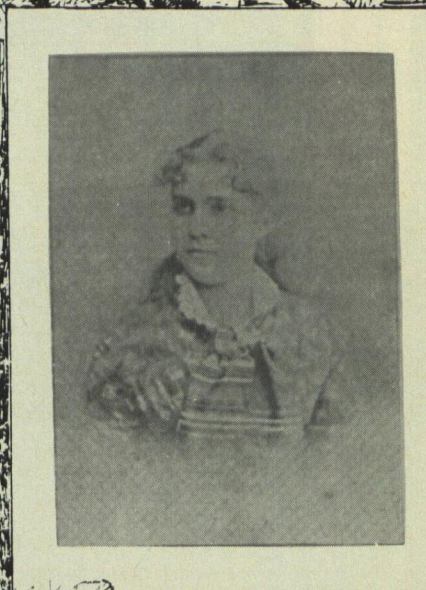




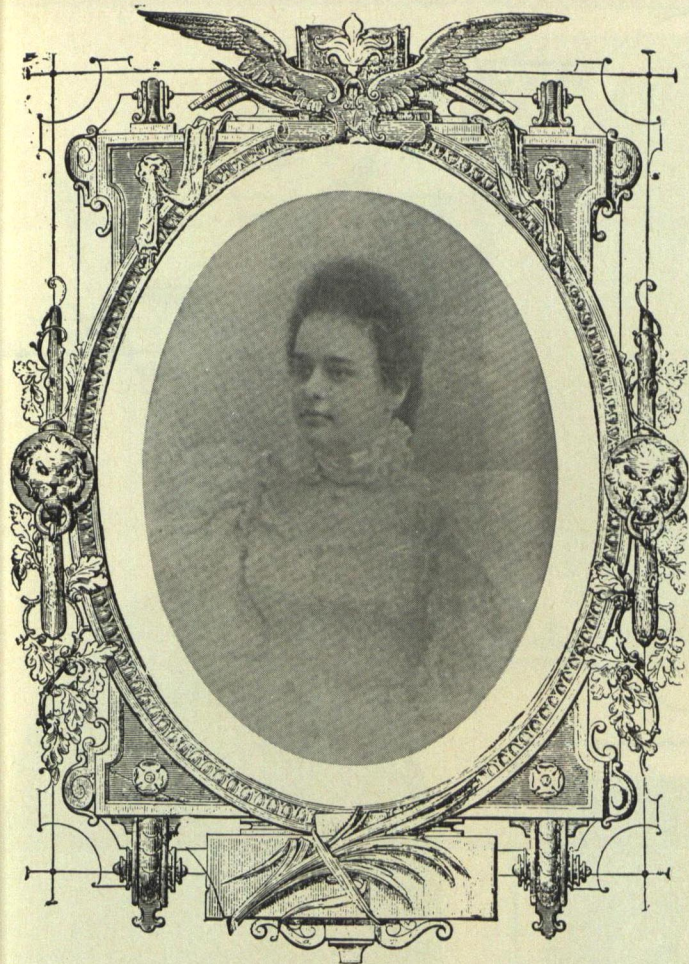


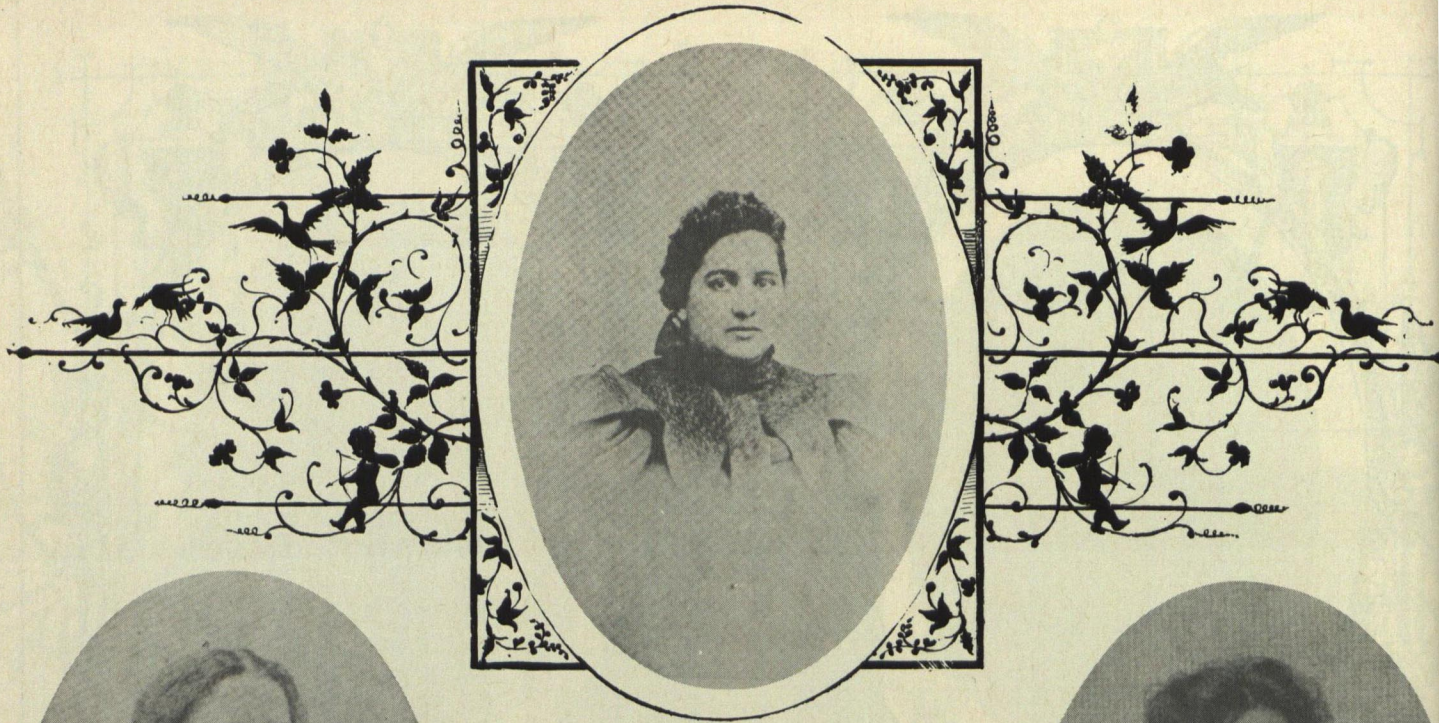


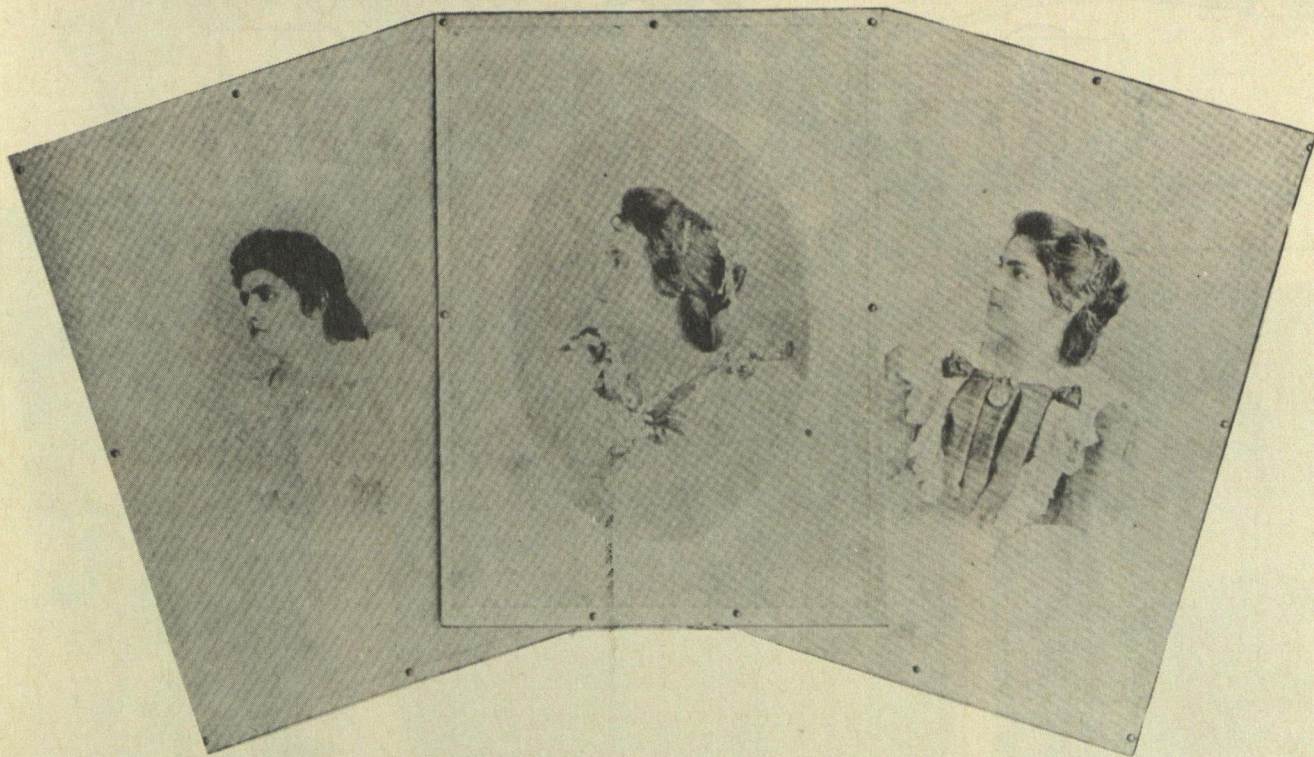




V. Vicente del







"Flores Venezolanas"

(CORO)

CONTRASTES

La pr6vida simiente del bi6n est6 sembrada:
La tierra est6 abonada
Por diligentes manos de inextinguible amor:
Cual lluvia bienhechora la caridad desciende,
Y el astro fulgurante de la raz6n se enciende,
Con vivo resplandor.

La Libertad despliega sus resonantes alas,
Y, 6 sus vistosas galas,
Ag6biase el esfuerzo de la ambici6n senil;
Domando el fiero impulso del hurac6n deshecho
De inicuas altiveces, enc6mbrase el derrocho,
Magn6nimo y viril.

Se yergue el paria, libre de b6rbara cadena;
Rod6 sobre la arena,
Lanzando aullidos r6ncos, el despotismo audaz:
Ya cesan los disparos de la tremenda lucha;
El mal est6 vencido; y en torno el bi6n escucha
Los himnos de la paz !

Doquier se esparce y vibra la redentora idea;
Cual 6ureo sol pasea
Su ins6lito prestigio la ol6mpica virtud:
Los sabios paladines, los bravos lidiadores,
Lanzaron 6 una sima profunda los horrores
De torpe esclavitud !

El hombre al fin es due6o de su inmortal destino:
La luz se abre camino,
Rasgando, como rayo, las brumas del error.
El orbe entero al hombre le rinde vasallaje;
No existe ya la sombra, de la raz6n ultraje;
Vencido est6 el dolor !

Es cierto. Al noble impulso de su excelencia cede
El alma, y ya no puede
Aliarse 6 la impureza, sin desmentir su af6n.
Su af6n es lo grandioso, que exalta y que redime;
Su objeto, la conquista del ideal sublime,
Y la virtud, su pan.

El bi6n est6 en el mundo. ; Y el mal se cierne airado,
Y ruge arrebatado,
Soplando, horrible fuele, con fuerza de cicl6n !
; Y el hombre no se eleva, cual 6guila triunfante !
O cae aniquilado; 6 apenas, vergonzante,
Murmura su oraci6n !

El bi6n est6 en el mundo. ; Y 6 nuestros pies el vicio
Va abriendo el precipicio
Adonde nos arrastra fat6dica Deidad !
Envuelven nuestra vida las 6lgidas pasiones,
Y ocultan, con sus velos de opacos nubarrones,
El sol de la verdad !

El bi6n con amplio manto de vida nos arropa.
; Y en la candente Europa
El anarquismo vibra su rayo vengador !
Naciones 6 naciones, se atisban y recelan;
Quijotes relajados, sin fe sus armas velan,
Henchidas de temor !

La insigne en cien victorias, la no vencida Espa6a,
Con impetuosa sa6a
Ahoga en sangre 6 Cuba, que lima un hierro vil !
Y Am6rica la 6nelita, la audaz libertadora,
Contempla, como imp6vida, la lucha asoladora
De un pueblo varonil !

En vano lidia Creta por su ardua autonomi6:
Sobre ella est6 Turqu6a
De inicuas vejaciones haciendo ostentaci6n:
La Gran Bretafi6a, grande tambi6n en su egoismo,
Penetra en nuestros lares; y es reto al patriotismo
Su p6rvida invasi6n !

Y as6 se exhiben pueblos de hist6rica bravura;
Que, en su triunfal cultura,
Parecen destinados la luz 6 difundir !
As6 se exhiben pueblos que ignoran su excelencia:
Ni saben sublimarse con actos de clemencia,
Ni saben redimir !

Y el bi6n est6 en el mundo ! Est6. Mas en la vida
La guerra fratricida
Levanta polvaredas que son como hurac6n:
Turbiones que arrebatan raudales de impostura,
Espasmos de flaqueza, furores de locura,
Y alientos de Sat6n !

Si el bi6n est6 en el mundo, y al pecho no le abate
Lo fiero del combate,
Formemos en la santa milicia del deber !.....
Si el bi6n est6 en el mundo, luchemos contra el vicio;
y, con sus altos dones, amor y sacrificio
Depuren nuestro s6r !

ENRIQUE PEREZ VALENCIA.

M6xico—1896.





Impulsiva

(POR ADOLFO GARCÍA)

Siempre he pensado en una barca ligera como un junco, con sus velas blanquísimas, sus marineros y remos ya listos para el viaje. Me gustaría ir sentado en la popa, á la puesta del sol, gozando las delicias de un viento favorable.

Formaría mi equipo de viaje recogiendo en un haz cuanto hay de magnífico y extraño entre el infinito del cielo y las soledades salvajes del océano. Me entretendría viendo dibujarse á ras de los oscuros límites del agua el brumoso perfil de una montaña, la aguja inflexible del erecto campanario, el blanquisaje dudoso de casitas lejanas y que parecen asomadas á la rada. Luégo me echaría á andar, á andar, á andar . . . Oiría el canto de la corvina; respiraría á pulmón lleno el yodo y el salitre; bandadas de pájaros marinos vendrían á posarse sobre los mástiles y jarcias; y mi espíritu, como un órgano de cristal, sensible á cualquier roce, derramaría sus tropeles de notas sobre mi corazón y la cabeza produciendo una música sublime.

Mis marineros y yo entonaríamos la *canción de los desamparados* y seguiríamos remando, remando y riendo sobre la mar sonora, sobre la mar brumosa, solitaria, extensa y melancólica . . . Para agitar pesares y sacudir recuerdos en el aire mojaría mi blanco pañuelo en esta onda que pasa, en esa que llega, en aquella que se acerca . . . Y así, empapado en las amargas salobres de las ondas, lo tendería cuidadosamente sobre un cable; el viento se encargaría de arrearlo, lo haría flamear alegremente y seguiría, ¡ seguiría llevándose prendidos de sus alas mis últimos perfumes de la tierra ! . . .

Al ruido de mi barca sobre la bruñida lámina temblante, como en un estremecimiento de amor, de entre las breves y juguetonas espumas de la estela surgiría una mujer joven, sensible á mis ideas, propicia á la fascinación de mis sentidos. Sus ojos serían verdes, blancas las tibias sedosidades de sus carnes, impecables sus líneas y contornos; tendría voluptuosidades intensas, espasmos y nerviosidades de histérica. En sus labios resplandecería el rojo viviente de los corales ignorados y su voz, acariciante y medio enronquecida, sería tierna como el rumor de lirás del apacible viento de la tarde. Los perfu-

mes de su boca entremezclados al rubio friolento de sus cabellos me recordarían los aromas silvestres y esas puestas de luna tan comunes y extrañas en los montes lejanos de la Patria ! . . . Sentándose junto á mí, comenzaríamos á hablarnos, beberíamos en la misma copa, nos emborracharíamos con el mismo vino; juntos doblaríamos la frente y juntos asistiríamos á la dulce comunidad de nuestras almas !

Oh ! lejos de ese hormiguero de hombres donde todo aparece y desaparece como en una vorágine sangrienta; lejos de la ciudad fantasma, errante, sólo con mis pesares y mis dudas, como las suaves ondulaciones de la luz mi espíritu se dilataría por las esferas, sería luz también, y entonces mi razón, libre ya de las mordeduras del ciervo y las asperezas de los cardos, bajo el eterno cielo atravesaría sin miedo las áridas y solitarias estepas, pobladas á largos trechos de musgo, cambroneras y oxiacantos ! . . .

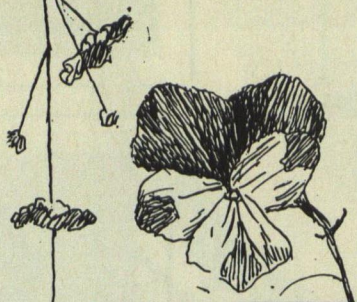
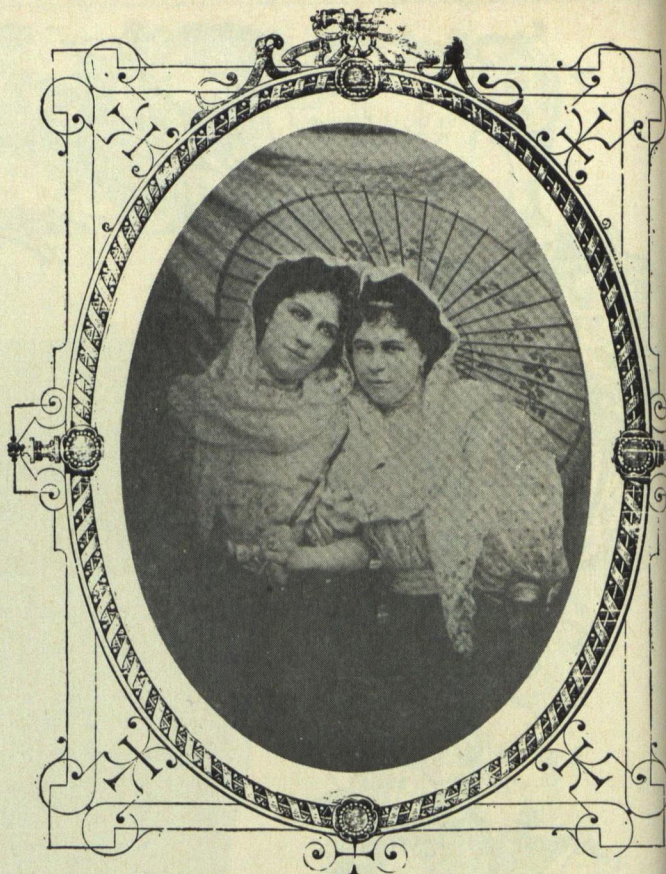
Panamá—Colombia.





"Flores Venezolanas"

(CARACAS)



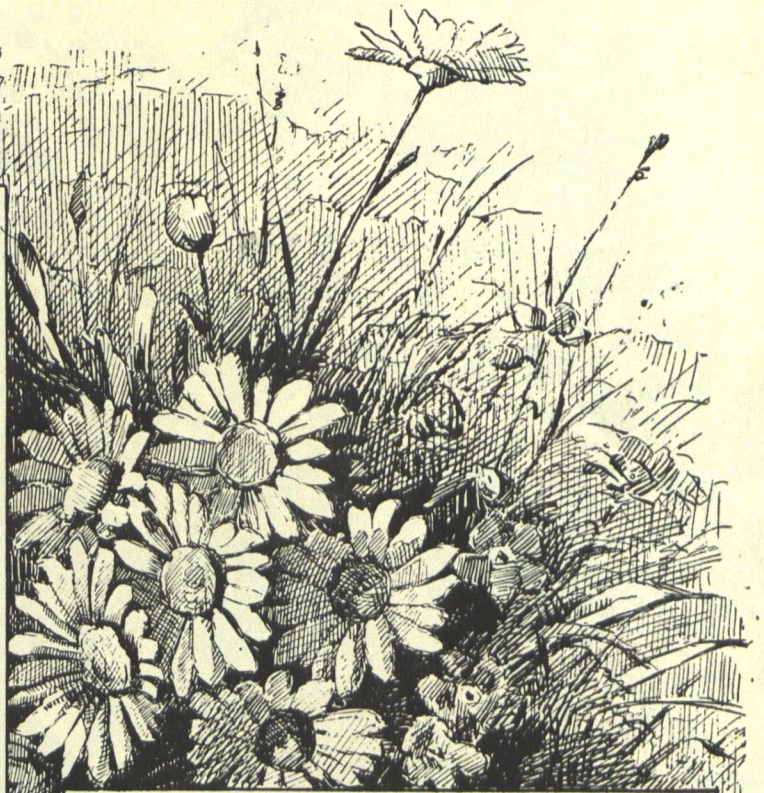
RIMAS

Hojas de madreselvas y geranios
que el sol primaveral miró crecer,
antes que os hiera el aquilón sañudo,
caed, caed !

Golondrinas viajeras que en mi alero
vinisteis amorosas á cantar,
no esperéis que el invierno se presente,
volad, volad !

Y vosotras, queridas ilusiones
que hacéis mi pecho con amor latir,
si os hubéis de trocar en desengaños,
huid, huid !

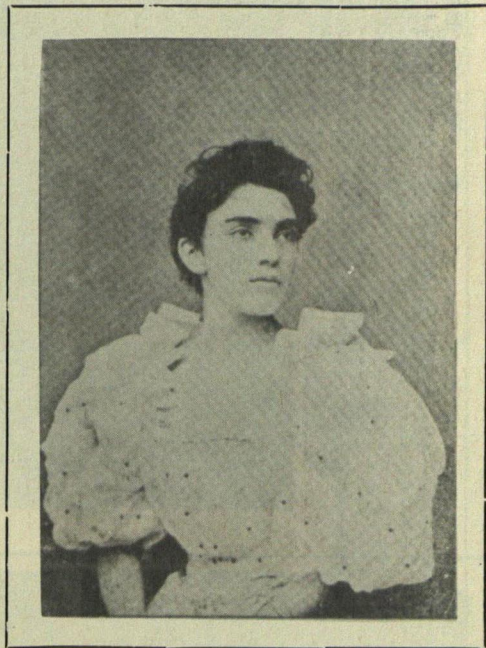
ANDRÉS A. MATA.



V. Vicente Sola
91



J.M.H.Y.







SANTA CREENCIA

Tras profundo silencio, Ella, indecisa,
A Fausto preguntó con voz canora:
¿ Por qué tú, como yo, no vas á misa ?
Díme, ¿ en qué altar tu corazón adora ?

Contemplóla el doctor perplejamente,
A la par que sufriendo, sonreído ;
Y amoroso besándola en la frente,
Cual si cantase, díjole al oído:

“ ¡ Oh virgen, realidad de mi deseo !
“ Quién al pensar en Dios, quién osaría
“ Con fe decir, incontrastable:—creo ?
“ Ni ¿ quién su Providencia negaría ?”

“ El que todo lo niega es un blasfemo ;
“ El que todo lo cree, todo lo ignora :
“ Tú á Dios invocas como á Bien Supremo ;
“ Tú eres lo Bello que á lo Santo adora.”

En torno ve la virgen con anhelo ;
Absorto Fausto en su saber, medita :.....
El busca á Dios en la extensión del cielo,
Ella lo adora en la cercana ermita.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

LA YUNTA NEGRA

Del verde callejón por la ancha vía
Tirando el carromato, uncida al yugo,
La negra yunta hacia el ingenio guía
Donde la dulce caña ofrenda el jugo.

Robustos, graves, impasibles, lentos,
Indolente desdén su marcha indica,
Y son poco á avivar sus movimientos
Las voces del gañán, la hiriente pica.

Perezoso el mirar, el ceño austero,
Bajan y alzan el cuello, acompasados,
Como si los llevase en su sendero
Meditación profunda enajenados.

Hay en la negra magistral pareja
Apariencias de seres pensadores,
Y su solemne gravedad semeja
La majestad de dos emperadores.

Llevaba yo el mirar en ellos fijo:
No sé qué sugestión me fascinaba;
Así, cuando llegaron al cortijo,
Acerqueme al gañán que los guiaba;

Y aunque vi en el semblante de aquel hombre
Ese rígido ceño que repele
Siempre en el opresor, cuál era el nombre
Que sus bueyes llevaban, preguntéle.

Tendiendo el brazo y con acento agreste,
“ *Heliogábalo* (díjome el labriego)
Ese que está rumiando, y *Nerón* éste
Que tiene ese mechón color de fuego.”

Siguió el uno rumiando indiferente;
Pero aquel del mechón hirsuto y rojo,
A la voz del gañán, muy lentamente
Volvióse á él y vióle de reojo;

En su tardo mirar adormecido
Brilló un rayo de cólera suprema,
Y alzando la cerviz, lanzó un mugido
Como clamor de imprecación blasfema.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

Diciembre de 1896.

EROS

A ANDRÉS A. MATA

Amor! En tu seno
rebose la vida:
tu labio es promesa
que á ensueños convida,
tu beso es más dulce
que sícula miel!
Mas, ¡ ay del que anhela
vencer tus rigores!
Aleve te ocultas
cual sierpe entre flores.....
¡ Más hieren tus ojos
que el dardo crúel!

¡ Oh virgen que ofrendas
palomas á Diana,
y en llamas la antorcha
te acercas ufana
al tálamo que Eros
trocara en altar;
si es níveo tu peplo
y exorna tu frente
la mística, blanca
guirnalda luciente
que ostenta en capullo
fragante azahar!

¡ Oh efebo que yaces
de Amor en la pira
y extático evocas
la bella mentira
que fingen los sueños
de ardor juvenil;
si huyeron veloces
tus horas de calma
y hoy llevas, riente,
la aurora en el alma
y lucen tus sienes
las flores de abril

Llegad..... Y ante el ara
de Venus Ciprina,
pedid que os otorgue
cual gracia divina
beber en la fuente
del almo ideal!
Rogad no os asechen
los negros dolores,
y os brinde propicia
sus dulces favores
más gratos que el néctar
de gloria inmortal!

Después..... De la alcoba
salvad los umbrales,
y en tanto que vibran
los coros nupciales
y ya en la lucerna
se extingue el fulgor.....
¡ Ceded al reclamo
de ardiente embeleso,
y haced que la dicha
consagrè en un beso
el himno de Cipris
que alzáis en loor!

GABRIEL E. MUÑOZ.

La mujer

Si queréis escribir á la mujer pedid cam-
biantes á la luz, susurros á las ondas, perfu-
mes á las flores, arpegios á las aves y
suspiros á las auras.

Y si auras, aves, flores, ondas, y luz, no
bastaren, pedid á la mar sus tumbos, al
cielo sus misterios y á la noche sus estre-
llas.

Y si todos esos encantos y secretos no sa-
tisficieren vuestros deseos, solicitud entonces
de los auxiliares é imitadores de la Natura-
leza sus atributos; es decir, arrebatada la

lira al Poeta, la inspiración á los maestros de
la armonía y la paleta al Pintor: es poca cosa
el hombre para explicar lo inexplicable, para
hablar de lo desconocido.

Y la mujer es lo desconocido.

Abismo, os atrae; cima, os deslumbra; sol,
os ciega; aurora, os encanta; y noche, os
aterra.

Mirad el cielo: sus azules palacios os ma-
ravillan, sus hermosas mañanas vigorizan
vuestro sér y acarician vuestras ideas; sus
tardes apacibles devuelven la paz á vues-
tras almas, y sus noches estrelladas alivian
vuestros dolores.

Y así como tiene el océano iras y rugidos,
así tiene también el cielo rayos y nublados.
Pues bien: la mujer es como el cielo y como
el mar: dulce, apacible, profunda, impene-
trable. Y lo impenetrable se admira, mas. no
se ahonda.

Es un problema que encuentra el hombre
en los bordes de la cuna, y que apenas llega
á plantear, cuando lo sorprende la realidad
del sepulcro.

Dios la ha colocado al lado del hombre
para establecer el equilibrio: la fuerza y la
debilidad se dan la mano. Si tratáis de sepa-
rarlas, destruí la obra de la Creación.

Dios es Amor; y la mujer es la obra por
excelencia del amor: de caridad fue formada:
De ahí lo delicado y excelso de su misión
sobre la tierra.

Cuando niña, sus gracias hechizan; cuando
joven, sus encantos aprisionan, y cuando
madre, sus sacrificios conmueven.

Saca fuerzas de su debilidad para con-
solar al triste, vestir al desnudo, levantar
al caído y mitigar los dolores del cuerpo
y del alma. Y nunca más hermosa, más
sublime que cuando se inclina ante el lecho
del moribundo, y le prepara y señala el ca-
mino que á la eternidad conduce.

Los ojos de la santa mujer á quien da-
mos el dulce nombre de madre, nos saludan
en la cuna, y otros ojos de mujer á quien
llamamos, ora esposa, ora hija, ya amiga,
ya hermana, nos despiden de este destierro,
anticipándonos las excelencias del cielo.

El sentimiento y la ternura formaron su co-
razón para amar y compadecer.

Parece que de hecho le pertenecen las
lágrimas, como que son sus mejor arma de
combate.

Con ellas ablandan rocas, humillan ven-
cedores y sellan las batallas más hermosas
de la vida.

¿ Qué frente no se doblegó alguna vez ante
la actitud de una mujer que ruega, gime y
llora ?

Díjalo, si no, la Historia que vio á
un Coriolano ceder ante las súplicas y
lágrimas de su madre y de su esposa, cuando
sordo enantes á los ruegos del pueblo romano,
avivaba la tea con que había jurado su
exterminio.

Y pasando de la historia profana á la sa-
grada, vemos á Magdalena á los pies del
Salvador, rescatándose con el solo precio de
sus lágrimas.

Las lágrimas del arrepentimiento pesan
mucho en la balanza de la Justicia divina.

Mujeres: espaciad vuestras inteligencias por
el dilatado campo de los humanos conoci-
mientos, y atesorad además muchas virtudes
en vuestros generosos pechos, á fin de que,
bien escudadas, os apercebáis para lidiar en
la jornada de la vida y labréis la ventura
de los pueblos.

GABRIEL L. HERMOSO.

Caracas: 1896.



FLORES VENEZOLANAS

Como yo no escribo renglones cortos para salir diciendo que son versos, ni gasto prosa poética, sino una prosita apenas soportable en familia, me abstengo por ahora de cantar á la mujer venezolana, á la cual EL COJO ILUSTRADO rinde pleito homenaje en esta preciosa edición.

Pero la oportunidad me viene de perlas para exponer el resultado de algunas observaciones mías respecto al presente y al porvenir de mis bellas compatriotas, cosas ambas que me preocupan y desvelan.

Lo mismo compadezco yo á la graciosa muchacha que se marchita en el desierto del celibato, que á la que va al pie del altar, coronada de flor de naranjo y limonero, ruborizada, trémula, medrosa, como tierna palomita.

¡Hay tanto pillo!

¿Quién se escapa de un extranjero bigamo y trapalón, que lleva *bien llevado* el flux, pulcro y estirado el cuello, las botas relumbronas, y falsa la pedrería?

El trae siempre entre manos grandes empresas, se introduce en Ministerios y salones, deslumbra á una mamá hueca, rinde á una chica ligera, y se casa.....

Luégo viene el calograma de la otra esposa que reclama sus derechos de primera poseedora.

Y nos dejan aquí á la niña con su vergüenza, y á nosotros con la misma cara

que ponen los espectadores del teatro cuando un comparsa sale al proscenio para decir:—"Señores: por enfermedad de una de las partes se suspende la función."

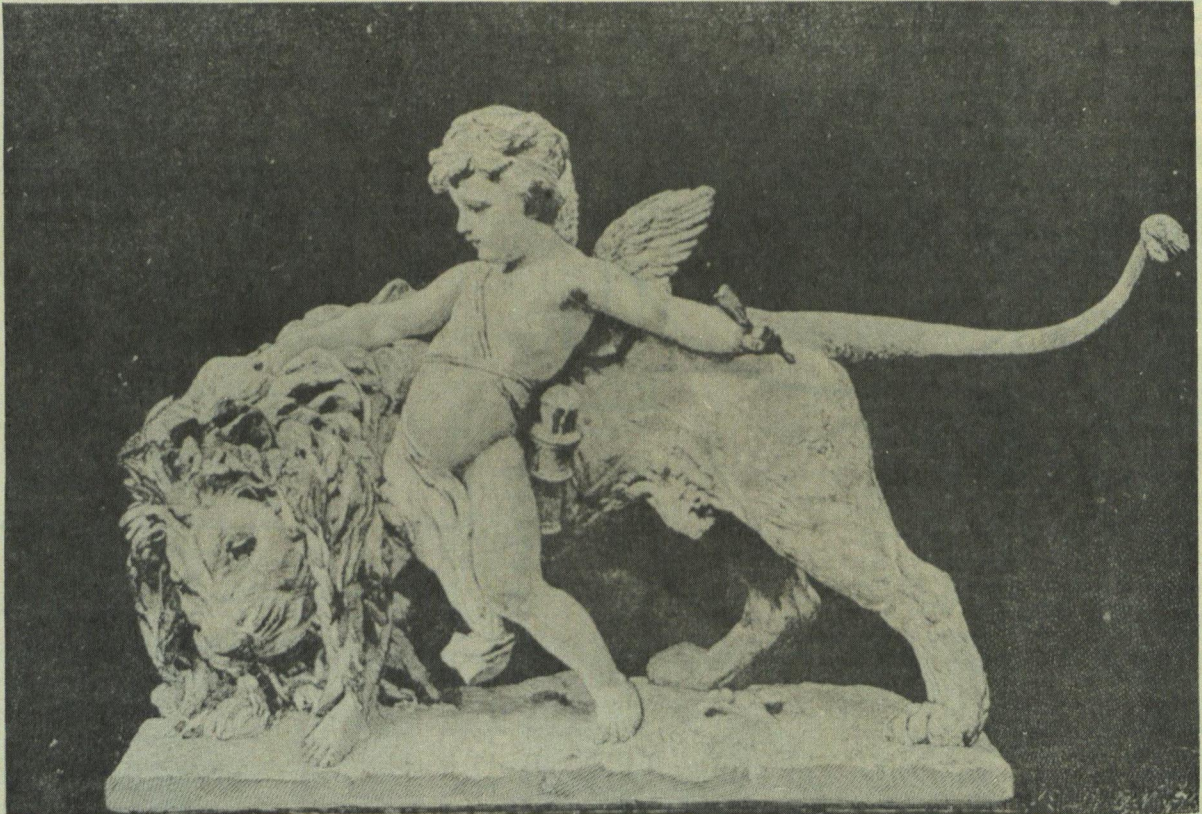
¡Los pícaros hombres!

Recorran ustedes las calles de la capital para que vean á las más preciadas flores del pensil caraqueño puestas al sereno, desde las siete hasta las nueve p. m.; cada una en su ventana, como en su búcaro, solitarias, calladas, tristes, y aburridísimas; en tanto que los jóvenes del otro sexo matan las primeras horas de la noche, y las últimas, en las cantinas y las mesas de *bacarat*.

Con todo, más vale así.

Porque el espíritu pastoril de esta joven sociedad da al amor el papel principal siempre que se trata de tentativas matrimoniales.

"Contigo pan y cebolla" es el lema de



EL LEON VENCIDO POR EL AMOR

los predispuestos al santo yugo. Y por ahí hemos llegado á ciertos extremos que arrancan lágrimas á cualquiera.

No es que yo me oponga á que los novios pobres se amen. Eso es muy moral, muy edificante, y muy bello.

Pero que no pasen á mayores hasta que mejoren de fortuna.

Aquello de "creced y multiplicáos," es más comprometedor de lo que parece, si se toma al pie de la letra, con prescindencia de los recursos pecuniarios. Créanme ustedes á mí, hermosas lectoras.

Por eso no me parecen tan malos, como son en realidad, los "pretendientes" que proceden con actividad asombrosa hasta el momento feliz de darse *los aros*; pero que, cumplido este requisito oficial, dejan trascurrir ocho, diez, doce, catorce años, sin que se les pueda acusar siquiera de conatos de boda.

Entre tanto la interesada, la flor del pensil caraqueño, pierde su gayo color, se vuelve mustia, y se doblega al soplo del vendaval. (El mismo vendaval pecuniario que azota á su *prometido*.)

No la acarician las auras, ni juegan con ellas las mariposas, porque él no le consiente juegos con nadie, y caricias menos.

—¿Cuándo se arregla esto? pregunta la mamá, que maldice á su yerno probable todas las noches.

—El está esperando que le aumenten el sueldo, contesta la joven que va á desposarse.

¿Es esto triste?

¡Ay! Madres de familia conozco yo, llenas de juventud y gracia, que se pasan el día pedaleando; pero no en rauda y amena bicicleta, sino en máquinas de Singer; en tanto que el marido, echado en el mísero lecho nupcial

lee á Paul de Kock. Y á la hora del almuerzo lo pide con imperio, lo engulle como quien hace un servicio, y enrostra agramente á su esposa las deficiencias culinarias.

Hay otros maridos gandules que no leen; pero pasan las horas de labor en una alegre partida de dominó, para regresar en la noche á sus hogares, con semblante adusto y palabras torpes, emanadas del Hennessi.

No quiero decir una palabra de los que disipan el patrimonio de la esposa, y, después de saldar cuentas con una paliza conyugal, ponen la mar salada de por medio.

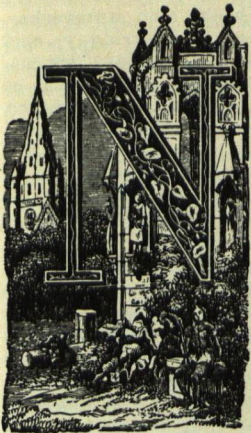
¡Pobres flores del pensil caraqueño!

¿Cómo descubrir bajo el frac primoroso al holgazán, al *dominosista* ó al saltador?

Se sabe de positivo que hay hombres buenos. Lo de atraparlos es cosa de ustedes, hermosas lectoras.

LOS VIGILANTES

PARA "EL COJO ILUSTRADO"



o voy á hablar de las dignidades masónicas que llevan este nombre y que muy gravemente, mallete en mano, acompañan al Venerable Maestro á abrir y cerrar los trabajos de rúbrica en las logias adscritas al antiguo rito escocés; ni de esos empleados de las vías

férreas, que recorren la línea constantemente y anuncian, valiéndose de una banderola, las novedades en ella ocurridas; ni hablaré, en fin, de los vigilantes creados ó que se crearen en todos y cada uno de los ramos en que puedan desarrollarse y dividirse las actividades humanas, no: mis vigilantes, aunque de muy antigua data y aunque representan un papel importantísimo en la vida social, son tipos de otro corte y factura que ejercen su cargo de espías en nombre de la moral doméstica y la honra de la familia.

El lector, como yo, habrá hecho esta observación, y es: que donde quiera que hay una muchacha en estado de merecer, se encuentra un novio, y donde existen estos dos tipos, hállanse también dos ojos de Argos, que siguen con mirada inquisidora y acuciosa los menores movimientos de aquéllos.

El empleo de vigilante en el seno del hogar es como los gobiernos democráticos, á saber, alternativo, representativo y responsable.

Es alternativo, porque lo desempeñan, por tandas, desde el dueño de la casa hasta la *serviente de adentro*, cuando es de confianza.

Es representativo, porque siempre se le halla, á cierta distancia de los novios, encarnado en alguna persona.

Es responsable, porque suele pagar los vidrios rotos, cuando, por un descuido suyo, ó la inocente complicidad de un sueño, hay que ocurrir á los tribunales de justicia clamando venganza, en nombre de la moral ultrajada.

Cuando el novio es tonto—y en este caso la tontería debe de tomarse como síntoma de buena intención—el vigilante entra y sale, juega al tute, habla poco, fuma y hasta se duerme como un canónigo.

Cuando la tonta es la novia—y en este caso la tontería es síntoma indiscutible de una demanda por esponsales—entonces el vigilante no se permite ninguna libertad, se clava en la silla ó en la mecedora como un remache, y aun á la media noche, cuando el gallo rompe en can-

to sonoro la dulce monotonía del espacio, como dicen los oradores de Navidad, se le ven los ojos más abiertos que los de un vendedor de prendas rodeado de limpiabotas.

Una abuela cuidando ó vigilando dos novios, me hace el efecto de un crepúsculo de octubre enfrente de dos alboradas de mayo. ¡Qué ideas cruzarán por aquel cerebro ya gastado por los años en vista de aquel acto, de las reminiscencias que él evoca y del recuerdo, en fin, de días mejores!

Me chocan por modo igual el padre ó la madre de espías ó vigilantes de sus hijas. La defensa, el escudo de la moral tienen otros resortes: son esos, una educación bien dirigida, tanto al corazón como al cerebro, pero fundamentalmente sana y religiosa y una noción clara y precisa del honor y del deber, robustecida por la práctica y el ejemplo asiduos.

Me son igualmente oiosas la hermana mayor que vigila ó espía á la menor, y ésta, cuando le toca desempeñar esta función. ¡Qué aprenden estas niñas en semejante gimnasia! Picardihuelas, chicoleos, cursis y quién sabe si hasta adivinan sensaciones de que no tenían una idea ni siquiera mediana y á cuyo descubrimiento les condujo una frase de doble sentido, una mirada insistente, el rozamiento de dos choquezuelas, ó de dos puntas de pies.

Hay veces que el papel de vigilante lo desempeña un niño; pero desde que se inventaron los caramelos, las galletas y los confites, este chico ha resultado perfectamente inútil para el empleo. Me atrevo á asegurar que no hay una sola demanda por esponsales en cuyo origen y fundamento no haya entrado un *medio de dulces* como factor muy importante.

Todo esto es odioso é inútil. A la mujer no la pueden salvar de los peligros que la rodean sino una educación sana, religiosa y moral; y es muy triste y doloroso que la honra de la familia descansa toda sobre la fuerza que tengan para ver dos ojos!

El tiempo que perdemos vigilando, destínemolos á educar. Este trabajo será más laborioso, pero es más honorable que el otro.

Yo soy padre de familia: tengo dos muchachas casaderas, y otras dos que lo serán dentro de algunos años; he educado á las primeras de acuerdo con las ideas que aquí consigno y me prometo hacer otro tanto con las segundas. En casa no hay espías ni vigilantes: estos tipos los llevan mis hijas en su cerebro y en su corazón.....

Hoy, que EL COJO ILUSTRADO en su misión civilizadora y útil, dedica esta edición de lujo á la mujer venezolana, háganme las familias de mi Patria el honor de leerme y acojan estas líneas con indulgencia.

RAFAEL BOLIVAR.

Caracas—1897.

CARAQUEÑISMOS Y CARAQUEÑADAS

CAPÍTULO SUELTO DE UNA NOVELA QUE TAL VEZ SE ESCRIBA

ESPECIAL PARA "EL COJO ILUSTRADO"



ERO, qué diablos tienen hoy estas botas del demonche?—decía el pobre Luis, sentado sobre el larguero de la cama, teniendo muy estirada la pierna derecha y tirando desafortunadamente de las orejuelas de una de sus botas de montar.

Allí cerca, y dándole una concienzuda acepillada al sombrero con el extremo de su delantal, estaba la vieja mulata Engracia, quien al oír á Luis apostrofar de aquella manera, no pudo menos que interrumpir su faena y decirle, en tono medio, entre cariñoso y regañón:

—Ave María purísima, niño Luis, en lugar de ponerse á echar esas palabrotas tan feas, tenga la paciencia de Nuestro Señor Jesucristo, y mire que si la bota no le dentro será porque el niño tiene el talón sudado.

Y diciendo así, puso Engracia sobre la almohada el sombrero, y arrancando el cabo de vela de la palmatoria que en una silla cercana se ostentaba, dio con él unos cuantos pases por todo el carcajal del joven, en cuyo importante sitio anatómico se encontraba realmente húmedo el fino calcetín. Terminada que fue la frotación lubricadora, probó Luis una vez más sus fuerzas en un tirón decisivo, el cual tuvo el éxito más completo. Acto continuo la emprendió con la otra bota, que resultó más resistida que su compañera, pues correspondía al pie izquierdo, de ordinario más carnudo que el derecho; y en tira que tirarás le hubieran dado las ochenta, si nuevamente no ocurriera la buena mujer con su unción, tras la cual, y un pujante esfuerzo de parte del caballero, pasó el talón, que era, como ya se ha visto, el punto de la dificultad.

Lo que sucedía no era que las botas tuvieran ningunos diablos ese día, como á Luis se le antojaba decir al encontrarlas tan recalcitrantes, sino que la noche anterior había habido jaranita con piano en casa de las Gonzalitos, y allí había Luis bailado todo lo que tocaron las niñas, inclusive el *Dámele betún*, que lo sabía zapatear y escobillar de lo lindo, y un prolongado ensayo de *lanceros* en que hizo *vis á vis* con la simpática Calixta Sambrano, y por más señas que ni el uno ni la otra sabían por donde les iban tablas en la tal cuadrilla, y á todas manos querían con las suyas hacer cadena sin venir ello á cuento. Naturalmente, con el mucho ejercicio, la trasnochada, que fue larga y algunas gargaritas de ponche bien romeado con genuino de la Ceiba, se le cargaron las pies al mozo, y héte aquí la causa y concausas de aquel apretativo lance de las botas.

Calzadas ya éstas, se puso Luis su chaquetín hípico, que Engracia le arregló por detrás tirándole de la falda y aplanándole el cuello; luégo se pasó el peine de abajo para arriba, pues llevaba el pelo cortado á la *broche*; atusóse el bigotillo y por último calóse el sombrero, tumbándolo un poquitín sobre la oreja izquierda para darle el punto y golpe que le dicen "á la pedrada."

Consumada así su *toilette*, se calzó las lindas espuelas de plata, un primor de Camilo Marrero; pasó en seguida á la sala para contemplarse en el espejo de cuerpo entero, y satisfecho de sí mismo y del Creador, comenzó á pasearse á todo lo largo de sala, paraqué, galería, aposento y otro cuarto, aguardando á que le llevaran ya aperado

el caballo. Serían cosa así como las cinco de la tarde.

Un repiqueteo de herraduras sobre el pavimento romano del corredor, y la voz atiplada y melindrosa del paje, que más como si fuera ella que como si fuera él, gritaba: ¡animal! ¡animal! ¡asociégate, animal! dieron á conocer que allí estaba ya el travieso potro mariareño, asustando, como lo tenía á gracia, al timorato mozo, con sus cabriolas y escarceos.

Antes de que Luis eche la pierna á su alazán, y se nos vaya por esas calles á malferir doncellas ventaneras con sus ojazos renegridos, conviene que el lector se entere de lo que este joven pensó mientras se paseaba por las habitaciones.

Era Luis, á pesar de sus diez y ocho años, persona formal y de conciencia. Practicaba el principio filosófico del *nosce te ipsum*, y como creía conocerse á sí mismo pensó lo que va á decirse en forma de cómico soliloquio:

Luis (paseándose)—Soy un solemne tonto, un cobardón ridículo. No merezco otros calificativos, no los merezco. Y si no, vamos á ver:—Estoy enamorado, perdidamente enamorado de Calixta; sospecho, ¡qué digo sospechar! tengo la certidumbre, la evidencia de que yo á esa joven no le parezco costal de paja; casi me atrevería á jurar que está esperando como el santo advenimiento á que yo me le declare. (*Parándose de repente*) ¿Es ó no esto verdad, Luis? La pura verdad. ¿Y entonces por qué usted no va y la dice: Calixta; yo la amo á usted, ó de una vez le espeta el *tú* diciéndole:—te amo, Calixta?

(Volviendo á sus paseos.) Si esta pregunta me la hiciese un jurado de hombres de honor, yo les respondería sin titubear:—¡porque soy un cobarde! Lo que es en teoría, y lejos del conflicto, me siento valeroso y audaz. Pero en llegando el momento de aplicar la teoría á la práctica, adiós valentías y atrevimientos; el corazón me quiere ahogar, las piernas se me vuelven de otro, las ideas se me traspapelan y lo que me sale por la boca no son más que majaderías. Lo dicho; que soy un cobarde; indigno hijo de mi padre y de mi madre.

Para que se comprendan bien estas últimas palabras del desconsolado mancebo, bueno es que se sepa que él tuvo siempre el orgullo del coraje de sus progenitores. Todo un General fue su padre; no de los llamados "de Semana Santa," sino de los probados y aguerridos; y por lo que á su madre respecta, era la tal señora mansa y bonísima, pero no se le subiera al moño el vizcaíno de abolengo, pues entonces poco le llevaban en punto á varonía las mismas espartanas. Díganlo si no, bravos comisarios de barrio y hasta oficiales con sable, que bajo diferentes gobiernos trataron de prender, por meras opiniones políticas á su espeso, violando para ello el sagrado de su hogar, y á los cuales rechazó ella con heroísmo marcándolos *per secula* en sus marciales rostros, sin disponer ella de más armas que los diez limpios marfiles de sus dos bellas manos, que los llevaba siempre largos y en punta, como quiera que pulsaba con raro primor el arpa y con no menos prestante arte rasgueaba la guitarra.

Mas ¡ay! que todo ese valor heredado y todo el que de sí propio le nacía como natural de una tierra que no produce jamás follones, se le empobrecía y engallinaba á Luisito en tratándose de espontanearse con la dama de sus pensamientos y desvelos.

Empero, semejantes subversiones de la ley atávica no eran radicales. Momento debía de llegar en que la fuerza de la índole efectuara una reacción sobre los nervios, pues no eran otros sino ellos los agentes de aquella pusilanimitad inexplicable; y ese momento crítico llegó al fin por el efecto revol-

sivo que la dignidad provocara en el joven, después de sus propias acusaciones de cobardía.

—Lo que es esta tarde, se dijo al cabo, parándose y dando una brava patada en el suelo; lo que es esta tarde, ¡caracoles! me le declaro, ó no me llamo Luis Galindo y Montero.

Hecho este supremo esfuerzo de voluntad, que realmente era un propósito firme, viril, indeclinable, se sintió Luisito hecho un gran Luis; dióse un recio foetazo en la bota, tumbóse un poco más el sombrero sobre la oreja, y de un salto montó en el cosquilloso potro, cuyos hijares picó con la espuela, saliendo á la calle apuesto, alzado el pecho, bien aplomado en la silla, gallardo y marcial como un húsar de centenario.

Al llegar al promedio occidental de la plaza Bolívar, dio en sus oídos el retintín de copas que salía de *La Mejor*, y pensó:—¿Qué tal si me alentara un poco más con un trago?

Tiró de la brida, y el inteligente potro, como adivinando el pensamiento de su amo ó porque estuviese habituado á aquella misma posa, se detuvo y engrilló. Indeciso aún sobre si entraría ó no entraría á la cantina, se puso Luis á contemplar el espléndido y animado espectáculo que presentaba la plaza en aquella hora crepuscular. Erguábase con mayor majestad que nunca, sobre su fondo de montaña la estatua del Padre de la Patria en su caballo casi olímpico, y parecía un sol que saludaba á otro sol, ó más bien era como la imagen del heroísmo en apoteosis descubriéndose ante el fris de gualda, azul y grana que el crepúsculo extiende diariamente en el ocaso, á modo de inmensa bandera que enarbolada en el Avila va arrojando llanuras y cumbres americanas hasta posar sus flucos de oro en las colinas de Ayacucho. En derredor del Héroe veía Luis el bosqueje y las macetas simbólicas: la palma de San Félix, el cactus del Juncal, el samán de San Mateo, la ceiba de Carabobo, la flora de cien victorias.

Despedada iba quedando en aquella hora, de los obligados grupos de postulantes, la acera que mira hacia la Casa Amarilla, una vez que se había retirado ya de dicha mansión el Presidente y su Gabinete, terminadas las labores gubernativas del día. La chistosamente llamada "Guardia del Libertador," compuesta de solicitantes á pie firme, se clareaba y disolvía, para volver al día siguiente á su inestable vela de empleos, raciones, buenas cuentas y otros desperdicios de Tesorería. En el recinto de la plaza correteaban los niños, guardados por nodrizas francesas; uno que otro extranjero, dispéptico por mor de nuestras criollas coehuras, mensuraba á paso gimnástico y digestivo el mosaico de las avenidas; algún aleve profesor de sable cruzaba en curso deteniendo á sus víctimas para pedirle el ya proverbial completo del peso diario, al cual siempre faltan de seis á siete reales; oáse en los bancos comentarios acalorados sobre política, disertaciones sobre historia patria, disputas sobre la moralidad ó inmoralidad del uso de la bicicleta como ejercicio femenino; y en el estrado de sillas de los académicos se ilustraba con doctrina varia el importantísimo punto filológico del momento, que no era otro que el de la regularidad ó irregularidad del verbo *cloear* ó *cloquear*.

Si el lector no es de esos que en lo que leen no van buscando sino saber en qué pára el cuento, sino fijarse si el autor falsea ó nó las situaciones ó si estudia bien ó mal el estado psicológico de sus personajes, habrá debido extrañar que nuestro Luisito, preocupado cómo anda con los pensamientos y urgencias de su crítica posición, tenga pachorra bastante para detenerse á contemplar colorines de cielo, efectos de follaje y mucho menos para ponerse á escuchar aque-

nas conversaciones, por muy instructivas y edificantes que pudieran ser las que mantienen en ese momento los grupos que se solazan en la plaza Bolívar. Pero en esto, que confesamos ser una tacha de nuestra historia, no hemos hecho sino aprovecharnos de un recurso muy socorrido y muy usado entre novelistas de toda laya, los cuales cuando uno más interesado se encuentra en las acciones del protagonista, del romance, nos le plantan, mientras ellos, los autores, echan un párrafo con pretensiones poéticas ó unos cuantos renglones descriptivos de escenas ó de costumbres, salpimentados de chiste ó de costarrona malignidad, como en el caso presente.

Hecha esta honrada confesión, vamos á proseguir, no sin rectificar diciendo que Luis no contemplaba nada ni escuchaba maldita la cosa. Su idea fija ya la conocemos, y si por un momento parecía como contemplativo, no era sino que discutió consigo mismo el punto incidental de si entraría ó no á la cantina á tomarse aquel trago alentador que se le ocurriera en un instante de inspiración sugerido por el sonido de las copas, y puede que también por algún vaho excitante exhalado de *La Mejor*.

—Sí, se dijo al fin; el licor es la osadía destilada; el fuego de los dioses que enciende la valentía y.....

No pudo continuar en su báquica apología porque en el instante en que meditaba una magnífica figura de amplificación, sintió que alguien le tomaba la brida del caballo. Este alguien le decía:

—¿Se va á bajar? Yo le tendré la bestia.

Luis se desmontó entregando las riendas al oficioso escudero. Era el tal un conocido patrono del sitio aquel para servicio de los caballeros en ese y otros menesteres. Su jurisdicción comprendía desde el frondoso caobó que mira á la entrada de *La Mejor* hasta la esquina inmediata ocupada por *La Francia*, centros ambos de la alegría espiritosa y otros regalos. Tenía unos cuarenta años de edad, la color morena, la fisonomía plácida, los ojos pícaros, y vestía eclécticamente, con prendas de diferentes perchas, que les decimos de *rebote*. Faltábale en claro una mano, cuyo muñón llevaba siempre descubierto, á guisa de reclamo objetivo para la caridad pública ó cédula de vagancia.

—Vamos á ver, niño, dijo el adelesio aquel cuadrándose militarmente y tocándose con el muñón el sitio en que debió estar alguna vez la visera de una como gorra de cuartel que gastaba. Vamos á ver si me arrima la canoa.

Luis sacó un medio bolívar y se lo puso en la mano útil que al efecto extendía.

—Dios se lo pague, mi jefe; y ahora váyase á la cantina y en cuanto nomás haya espantao al diablo, venga para que echemos una conviersa. Ya yo me figuro pa donde va el niño esta tarde.

—Para donde me dé mi real gana; esas no son cuentas tuyas; contestó Luis algo molesto por el entremetimiento del majadero.

—No se almizcle, hombre, no se almizcle. Mire que yo conocí á su padre, y no atestiguo con muerto, sino con esta tocona, que fue lo que saqué de la pelea de Tinaquillo, cargando bajo las órdenes de su viejo de usted el cual, mejorando lo presente, era todo un soco de hombre y en diciéndolo ahí están los indios, ya le tenía usted que ni el palo en que se rasó el berraco. Allí me llevaron de un macacoso los cinco mandamientos que me faltan.

—Pero te quedaron los otros cinco para tirar sablazo á todo el mundo. En qué gatas tu pensión de inválido? En traguitos, ¿es verdad?

—Pensión? Dónde va á podé con tanto mosquito! Eso está bueno pa los grandes cacaos y pa los que saben jalá el mecate

Yo prefiero buscarme la vida así, á tiro de cachito, contando con mi güena puntería y la voluntad de las personas. Del gobierno ni un cipo. Estos son tiempos, niño, en que mono no carga á su hijo. Desengáñese: el probe se fue en esta tierra y es á toas manos el que paga el pato. ¿Y qué tal? Comiendo muy mal pero siempre liberal. Que vaya uno á pedíle más que sea un bocao á los que tienen la cazuela en las topias, pa que lo vean á uno como gallina que mira sal, ó cuando á mucho le tiren un triste caldo y le digan: regüelba que abajo hay yuca. Luégo vaya usted y déjese pegar un chaleco de majagua y espóngase á que le estaquen el cuero en una de esas chufulinas que se arman para hacer patria..... Lo que soy yo, estoy decidido á cuidarme el número uno, porque pescuezo no refoña. Y no más le canto. Ahora oígame el niño este trobita.

Y acompañándose con la manca, á la cual improvisó á modo de *cuatro*, cantó á media voz y en tono agalernado los siguientes versos:

“Mas como la sogá al fin
Quiebra por lo más delgao
Según lo dice el refrán,
Me cogieron ¡ah caramba!
No me quisiera acordar,
Para servir á una Patria
Que yo no sé dónde está.
Ah campana, compañero,
Ah campana, campaná
Quién quitara á la paloma
Sus alas para volar!”

—Esos son versos de Elías Calixto Pompa. Quién te los ha enseñado?

—Guá, niño, yo no sé leer, pero á mí me escriben. Y mire, que cuando usted mentó al niño Calixto, (que Dios tenga) me he acordado de cierta persona que tiene el mesmo apelativo. Andese con cuidado, en los pasos que anda, y avísese, porque camarón que se duerme se lo lleva la corriente.

—¿Sabes, dijo Luis con aspereza, sabes que ya me estás cargando con tu jojanita y tus entremetimientos?

—Ya se me güelba á montá en la bicicleta el catire. No me tire con cuchillo, mire que yo soy cambao. Está gueno; si no quiere que lo intruya, me llamaré canasto. Ya me lo dijo, que estas no son cuentas de mi rosario; pero tenga bien entendido que si no se anda ojo de garsa, va á dá más bote que un cacho en un empedrao. Yo también sé despegame á tiempo.

Volvió á rasguear contra la manca el truhán y se acompañó así esta copla:

“Yo me llamo Juan de Oroscó,
Cuando cómo no conozco;
Cuando acabo de comer
Comienzo á reconocer.

De toda esta retahíla de dicharachos, refranes y cantares, iba Luis sacando en limpio que algo traía el manco en el agaje, como solemos decir, por lo que, dándose á partido, le propinó otro medio bolívar, contando con que le haría desembuchar con la dádiva.

—Sálgale á otro, dijo el bribonazo rechazando el regalo. Sepa, niño, que yo no soy un méndigo; y aunque me mire vestió de lana no se piense que soy carnero.

Luis sacó entonces un doble bolívar y se lo puso en la mano al manco, quien metiéndolo en el trampolín del pantalón, se rascó la cabeza como para llamar las ideas, y dijo en tono confidencial:

—La niña Calixta tiene un enamorado, que llegó de París de Francia ampena unos días, y lo debe de conocer usted porque es uno de esos que llaman *inconformes*, porque y que se han desacostumbrado de las cosas de su tierra y no quieren comer sancocho, ni hablar más que francés, y les güele el pañuelo. Dicen que el taita tiene el rifión muy requete cu-

bierto y que cuando el viejote ese entierre el cacho le va á dejá toa la guanota.

—¿Qué me importa á mí ese fantoche? Calixta no le hace caso; dijo Luis con firmeza.

—Hum! Mire, niño, que seguro mató á confianza. Yo no diré que he visto nada; pero nadie sabe cuando el peje bebe agua. Lo que sí puedo asegurá es que el fulano ese se la pasa ensabanando ajondando la calle, y como usted está más limpio que el ojo de un mono y él está fondeado, deduzca la consecuencia:

“Cuando un pobre se enamora
Y un rico se le atraviesa,
Sale el pobre por la puerta
Rascándose la cabeza.”

—Pobre? Eso no; que yo sigo una carrera.

—Ah caramba! Si ahora hay más dotoles que cachapa en Cagua. Si me dijera usted que va á criá ganao..... Desengáñese, el que tiene vacas carga siempre el jocico lúcio. Pero no se desatíja, niño; eche el pecho al agua, pero eso sí, en caliente y bien palabreado. Mire que con jumo no se asa jojoto, y la mujé casuera es como la guayaba madura, que es pa los muchachos ó pa los pericos, asígún.

Ni una sola palabra replicó Luis á esta última granizada de dislates. Pensativo y grave atravesó la calle y entró en la cantina. ¿No le acaba de decir aquel vagabundo lo mismo que él venía pensando?

—Mozo! llamó Luis al sentarse á una de las mesitas del establecimiento.—Un Martel con *bitter!*

Acedió el criado trayéndole una botella de brandy llena hasta los hombros, una de amargo de Angostura y copa.

Hervía *La Mejor* en gente alegre y gárrula. Se hablaba en alta voz, como habla siempre nuestra raza; se discutía sobre política, se referían lances de toros y lances de amoríos; se comentaban escenas de bicicleta, y mucho se disputaba, y con gran calor, sobre las últimas carreras del hipódromo. Los taponos sonaban como pistoletazos, los vasos repicaban en el ir y venir de los mozos con las bandejas; por allá abortaba un discurso patriotero entre risas y corneitos; por acá se *maguaba* una copla de “El Rey que rabió,” y todo eso en medio del humo de los cigarros y de los efluvios del mosto, del anís, del lúpulo y de la caña.

Abstraído Luis y ajeno á aquel aquelarre, se bebió sus copillas de bravura líquida, y ya se preparaba á pagar por lo bebido y largarse, cuando llegaron á sus oídos ciertas palabras que salían de la boca de uno que brindaba en la mesa cercana.

—Acompáñenme señores, decía el sujeto, de pie y agitando un vaso rebosante; acompáñenme á tomar esta copa por la gran Calixta. (Rumores en el auditorio. Sí, sí; no, no.)

—Silencio, señores, continuó el orador; silencio que habla un hombre favorecido por el hermoso objeto de este brindis. Sí, señores, lo digo á boca llena.....

—Pues que se saque la cascada! gritó uno desde un extremo del salón.

—Venga á sacármela, para que se encuentre con tantas muelas! Digo, señores, que Calixta es mi predilecta, y reasumiendo diré que Calixta es una.....

—Cállate, miserable! gritó una voz, mejor dicho, un rugido casi feroz. Era Luis, que fuera de sí se había abalanzado hacia el grupo y con los puños cerrados amenazaba al orador.—Cállate, canalla, no manches ese nombre con tus alabanzas soeces.

Pasmo en unos, rabia en otros, silencio en todos fue lo que produjo por el momento esta descarga inopinada, incomprensible del desatentado joven. El del discurso, todavía más airado, y con razón, puso el vaso

sobre la mesa, se llevó la mano al bolsillo del cuadril, en además de acariciar un Smith & Wesson que por allí se anidaba, y dijo al intruso:

—Mocosito, no se le ha dado á usted vela en este entierro.

—Me la tomo yo, porque está usted ofendiendo á una dama honesta.

—¿Quién ha mentado aquí á ninguna dama, so mentecato? Vaya el sietemesino á dormir su mona; y si es que siempre las coge peleonas, beba más bien guarapo y no lo que beben los hombres.

—El chispo será usted, gritó Luis ciego de furor. Ahora mismo se retracta usted de lo que acaba de decir de la señorita Calixta Sambrano.....

El resto de lo que dijo Luis no se pudo oír. Una carejada general en que tomaron parte hasta los criados, acompañada de palmoteos, garrotazos sobre las mesas, campaneos de copas y trompetazos salvosos, ensordeció el recinto.

Por fortuna para Luis, un amigo le agarró por el brazo y le arrastró hasta la calle atropellando la compacta muchedumbre que le cerraba el paso.

—Suéltame, hombre; suéltame! le decía debatiéndose el pobre muchacho; déjame y verás como le bebo la sangre á ese sin vergüenza!

—¿Qué sangre ni qué demonches! No ves que acabas de hacer una plancha estupenda?

—¿Cómo plancha? Es decir que tú también te pones de parte de ese atrevido y de los que se rien de Calixta?

—Eres un necio, Luis. El brindis de Diego Moncada era por Calixta, la yegua que ha ganado la carrera en el Hipódromo. Te digo que te has lucido, que te has quedado abombao. Vámonos antes que te tiren papas.

Así lo hizo el pobre mozo. Corriendo y corrido atravesó la calle con dirección al caobo en donde le aguardaba el manco teniendo el caballo.

Subió á la silla casi sin tocar el estribo, y mientras le daba las riendas, el manquito se despedía de él diciéndole:

Ande, pues, niño; que le vaya útil; boca callá y tranco largo, y ojo de garsa, que nadie sabe cuando el peje bebe agua.

¿A dónde se dirigió Luis desempedrando las calles en atropellado pasitrote?

Demos tiempo al lector para imaginarlo. El caso es para pensarlo un poco.

N. BOLET PERAZA.

Nueva York: noviembre de 1896.

DON RAFAEL HERNANDEZ

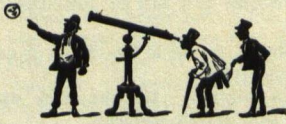
De París ha venido por el cable la sensible noticia del fallecimiento del señor RAFAEL HERNÁNDEZ.

Por sus cultas maneras y sus virtudes privadas, alcanzó el señor HERNÁNDEZ numerosas amistades, que le rendían aprecio y estimación. Como comerciante logró crédito y renombre hasta más allá de los límites de la patria.

Fue uno de los fundadores de la conocida y rica casa *Compagnie Française*, á cuyos propietarios, y en especial á su hijo, envía EL COJO la expresión de su condolencia.

Ha muerto el señor NICANOR ARTURO DIAZ, conocido cronista caraqueño, cuyo nombre figura en todo periódico noticioso que haya visto la luz pública en Caracas de cierto tiempo á la fecha. Últimamente era el cronista de *El Derecho*. Descanse en paz el laborioso joven é incansable periodista.

HOJAS DEL CALENDARIO



Sábado

12

DICIEMBRE

Creo que los mismos interesados lo ignoran; pero yo, obligado á andar á mano con el Almanaque, sé que hoy es *San Autberto, Patron de los panaderos*. Y confieso que, de haberlo averiguado antes, lo habría hecho público hace días,

para ver cómo lo celebraban los amigos Rame-lla y Montauban, que son los patrones, á su vez, del oficio en Caracas. Pero quede la noticia para el próximo año, y preparados á festejar el santo aquellos amigos.

La Iglesia celebra hoy también al Príncipe Judoco, quien, como en su tiempo no había compañías de Aseguros contra incendio, se hizo abogado contra tal calamidad. Como es este un abogado que sólo se contenta con ruegos y oraciones, me imagino que en toda compañía de Seguros de la clase que él patrocina debe tener su efigie en lugar preferente.

Y se me ocurre que ningún devoto del Príncipe Judoco va al infierno. ¿No es el abogado *contra incendios*?

*

Las bases preliminares del arreglo anglo-venezolano ocupan hoy la atención del público, quien en todas formas las comenta y estudia, como que en ellas van envueltas la soberanía y la dignidad de la Patria.

Los hombres más notables de Caracas no excusan entrar en discusiones y dar su opinión franca y sincera en el asunto; y muchos ven en las bases aludidas un peligro contra la integridad y el decoro nacional.

Hoy es día de carreras de caballos. Estas se han verificado en medio de lucida y numerosa concurrencia de damas. El héroe del día ha sido el caballo *D' Artagnan*. Su triunfo fue inesperado; de ahí que el dividendo fuese muy subido. El General ganó los premios *El Callao, El Recreo* y el del Handicap Nacional, con sus caballos *Sangría, Gonzalito y Sultán*. El otro premio lo ganó fácilmente contra *Monroe* el caballo *Finis* del Sindicato Unión.

*

La sociedad de Caracas ha recibido hoy rudo golpe con la noticia del fallecimiento de la respetable señora JOSEFA M. LANDÁEZ DE RIERA AGUINALDE, una de las joyas más preciadas de esta capital, que veía en la estimable finada, una dama culta y amabilísima, á quien adornaban las mejores prendas morales y las más excelsas virtudes.

EL COJO ILUSTRADO se inclina ante la tumba de la respetable matrona, y acompaña en su duelo á las familias Landáez, Amitezarove y Riera Aguinalde, y á los demás deudos de la en vida fue tesoro del hogar y orgullo de la sociedad.

Hoy me ha enviado Díaz Rodríguez su libro *Confidencias de Psiquis*, un lindo tomo que se encargará él sólo,—mejor que todo artículo ó discurso,—de probar que el premio concedido por la Academia al autor de *Sensaciones de Viaje*, es tan justo como merecido, y que redonda en honor de la docta corporación de la esquina de la Bolsa.

Díaz Rodríguez viene en esta vez del brazo con Pedro Emilio Coll, autor del *Prólogo* que

ya conocen los lectores de EL COJO, y tan generalmente celebrado como digna portada de estas *confidencias* deliciosas.

Para que nada falte á la obra, ésta ha sido editada en los talleres de EL COJO ILUSTRADO; es decir, con el lujo y nitidez que aquí *estimamos*.

Lo escribo en plural, á ver si Herrera Irigoyen, por respeto á mí, deja pasar esta justicia.

Y no termino este párrafo sin preguntarme á mí mismo: ¿y la prensa qué dice, qué piensa de ese bello libro? ¿Se contentará con decir: lo recibí, lo leeré; y gracias, señor autor?

*

Martes

15

DICIEMBRE

El Dr. Alberto Smith se ha encargado de hacer bueno un martes. Hoy ha dictado una resolución sobre Correos y Telégrafos, que EL COJO ILUSTRADO juzga de suma importancia, y digna del aplauso que la prensa y el país le tributan. La

construcción de dos Mapas, que respectivamente indiquen los caminos, las poblaciones donde exista una Estafeta de Correos ó una oficina telegráfica, con las distancias que haya entre dichas poblaciones, el número de habitantes de cada una de ellas, etc., etc., es el primer paso para la más completa reforma en estos dos ramos de la administración pública, un tanto descuidados hasta la fecha.

EL COJO confía en que el Dr. Smith no se conformará con los primeros aplausos, sino que llevará á cabo su magnífico proyecto; para que de este modo su paso por el Ministerio de Fomento no quede marcado como la estela que dejan los buques en el mar, sino como provechoso surco en la tierra fértil.

*

Miércoles

16

DICIEMBRE

Con las misas de aguinaldo comienzan hoy oficialmente los *friciclos* de Pascua. Al tradicional órgano, con el que se acompañan de ordinario las misas de "medio carácter," se unen hoy tres instrumentos esencialmente nacionales, el furruco, el cinco y las maracas; los cuales forman una orqueta cuasi pastoril, como lo demandan las fiestas de estos días.

Ya hoy es raro, en verdad, que en nuestras iglesias "capitolinas" se dejen oír "los alegres capachos," "el charrasquear del cinco" y "el rozuido del parche furruco." Los antiguos aguinaldos, llenos de fervor y de alegría, juguetones y místicos á la vez, han ido desapareciendo; y el órgano, con sus mil registros, casi suple la orquesta popular; y si no la sustituye, hay que conformarse con lo que nos da la civilización.

Los frailes de la Merced no gastan aquellos nuestros instrumentos nacionales, pero alguna alegría llevan al acto sagrado y serio de la misa con la alegre pandereta y el nervioso repiquetear de los palillos españoles, vulgo castañuelas.

*

Jueves

17

DICIEMBRE

Tres veces memorable es para Venezuela la fecha de hoy.

El 17 de Diciembre de 1819 nació la Gran Colombia, para morir en igual fecha el año de 1830, con el LIBERTADOR que le dio vida. Al caer el titán derribado por la muerte no hubo fuerza que mantuviera la unión. Por eso con BOLIVAR murió su ideal, la Gran Colombia.

Doce años más tarde de aquel día triste de San Pedro Alejandrino, hizo Caracas-el desagravio del Héroe al recibir en su seno las cenizas venerandas del Padre de la Patria.

El Gobierno, con el ceremonial de estilo, colocó esta mañana una corona en la tumba del Libertador.

Viernes

18

DICIEMBRE

hombres útiles y de sólidos conocimientos.

El 20 tendrá efecto, bajo el orden de escogido programa, la fiesta de la repartición de premios.

*

Sábado

19

DICIEMBRE

Hoy han terminado los exámenes del acreditado Colegio Alemán, comenzados ayer. Los actos han revestido tal brillantez, que así redundan en honor del Instituto, como son promesa cierta de que los alumnos examinados serán mañana

A los obstáculos inherentes al desarrollo de toda idea nueva, se han agregado para la publicación del presente número de EL COJO ILUSTRADO otros de diversa índole, que ha sido necesario vencer por los medios apropiados al caso.

El presente número de EL COJO no es ni puede ser una colección completa de *Flores Venezolanas*, sino un hermoso ramillete de ellas.

Fácil es de comprender, que el Director de este quincenario solo ha podido dirigirse, en demanda de un permiso especial para la reproducción de estos retratos en sus columnas, á determinadas personas con quienes cultiva relaciones de amistad; pues solo invocando este sagrado vínculo es como puede vencerse la natural modestia de la mujer venezolana, siempre esquivá á presentarse en público como no sea en su carácter de madre abnegada é hija amantísima; á menos que la Caridad llame á su hogar y la invite á salir en demanda de socorros y alivios para los pobres necesitados.

Ha sido menester la reputación honorable del Director y la pureza de las columnas de esta Revista, para traer á esta especie de "Invernadero" de EL COJO ILUSTRADO, á las preciadas flores del jardín venezolano cuyas fotografías son hoy gala y orgullo de esta publicación.

EL COJO no se limitó á Caracas para escoger, como quien dice, al acaso, las flores de este ramillete; nó, pidió también á Valencia y Maracaibo los nenúfares de sus lagos; y de este modo, á todos los puntos de la República donde tiene relacionados que pudieran ayudarle en tan difícil labor.

Este número representa una suma de esfuerzos incomparables. Aunque el señor Director no ha puesto al pie de los retratos el nombre que corresponde á cada una de las damas, por mi parte, yo, que á todas conozco, quiero tomarme la libertad de nombrarlas aquí para que se vea la magnitud de aquel esfuerzo, y rendir á mi vez pleito homenaje á la belleza:

Jóvenes señoras de Caracas: Gutiérrez de Alamo, Fernández de Alfonso, Tovar D'Espine, Laue de Domínguez, Delfino de Waldmeyer, Machado de Escobar, Sánchez de Ezpelosín, Pachano de Fombona Palacio, Pachano de Mauri, Lameda de Gil, Legórburu de Hernández, Braasch de Jurado, Olavarría de Lobo, Martínez de Lugo, Hernández de Machado, Condesa Murié de Bovet, Pacheco de Michelena, Suárez de Mata, Martínez de Albarada, González de Massiani, Martínez de Martínez, Michelena de Michelena, Núñez de Montemayor, Martínez de Paúl, Goiticoa de Meneses, Madrid de Palacios, Acevedo de Pacanins, Hernández de Poleo, Agostini de Pimentel, Betancourt de Pérez, Peyser de Pérez, Reverón de Martínez, Sra. de Seijas, Reyes de Sucre, Altuna de Sosa, Cáspers de Toro, Travieso de Madrid, Condesa de Valery, Suárez de Vera Peñalver, Gallegos de Villanueva, Aguerrevere de Villavicencio, González de Viale Rigo, Valarino de Núñez, Brasch de Wallis, Cristina de Travieso, Alcántara de Zárraga, Carmen Báez de Carranza y Luisa Báez de Carranza.

De Coro: Antonia M. de Escobar, Carmela Tellería de Monserrate.

De Barquisimeto: Enriqueta de Ramos.

De Maracaibo : Blanca Catalán de Garbiras, Petra Lossada de Lares, Fonseca de Nones, Isabel Brener de Witzke, Isabel Yépez de Cook. SEÑORITAS DE CARACAS: María Alvarez Olavarría, Señorita Arocha, María Isabel y Mercedes Acevedo Paz Castillo, Luisa Amelia Azern, Lola Alvarez, Elena Brandt, María Luisa Cohen, Graziela Calcaño, Elena y María de Lourdes Coll, María Báez, Isabel María Cerezo, Julia Margarita Carías, María Teresa Domínguez, Luisa Amelia Díaz, Isabel Diez, señorita Díaz, señorita Flinter, Leonor Figueredo, Conchita y Brígida García, Ana Teresa García Prim, Luisa Teresa Goiticoa, Rita Elena é Isabel Gelhardt, Blanca y Rosa Guardia, María Teresa y Mercedes Elena González, María Luisa y Carmelina García Izquierdo, Carmelina Herrera Maucó, Isabel y Carmen Herrera Mendoza, Mercedes, Carmen é Isabel Hernández Clemente, Magdalena Hernández Madrid, María Henríquez, María Istúriz, Lola y Gertrudis Las Casas, Adina, María y Elisa Matilde Manrique, Luisa Elena, Luisa Amelia y Rosalía Mejías, Juanita Mauri, Matilde Amelia y María Elena Martínez, María Teresa Manrique Pacanins, María Isabel Martínez, Carmen Teresa Martínez, Julita Pacheco, Isabel Sales Pérez, Margarita Pérez Calvo, Juanita Pérez, Rosario Ponte, Magdalena, Elena y Ana Cristina Plaza, Carmela y Josefina Pérez Betancourt, María Luisa Palacios, Dolores Reverón, Dolores Rodríguez Azpúrra, Belén Rodríguez Landaeta, Rafaela Rodríguez M., Conchita y Cecilia Rodríguez Jiménez, María Teresa Rodríguez Ceballos, Señorita Salas, Devota y Ester Saluzzo, María Teresa Sucre, María Teresa y Luisa Antonia Salas, Carlota y María Teresa Travieso, María Luisa, Amalia y Mercedes Cecilia Travieso, María y Clementina Tresselt, Helena Uztáriz, María Cristina Vázquez, Nieves Villegas Pulido, Matilde Villanueva, Señorita Yanes, Adela y María Yanes, Señorita Zárraga.

De Valencia : Socorro Montilla.
De Maracaibo : Adela Calcaño Nebot, Lara Faría, Sofía Lares, Rosario y Edilia Maggiolo, Nieves Teresa Rincón, María Yezep Paredes.
De Barquisimeto : Romelia Alvarado, María Murieta, Enriqueta Ramos, Ignacia Raldiriz, Ana Staback.
De Coro: Isabel Arcaya, Señorita Chapman, Magdalena Hermoso Salón, Ruth López Fonseca, Navarrete Sánchez, Adelina Queremel, señorita Salcedo, etc., etc.

Domingo
20
DICIEMBRE

Bajo la dirección de las respetables señoras de Muñoz Tébar, Pachano, Jujo Ramírez y Fombona Palacio, se reunieron hoy en la mañana en los salones del Club Unión muchas señoras y señoritas de la alta sociedad de Caracas, con el objeto de organizar el Bazar que habrá de inaugurarse el día 25 del presente, en los jardines de aquel Club, con el piadoso fin de allegar recursos para la adquisición de un altar en la Capilla de la Santísima Trinidad. Todos los detalles quedaron perfectamente acordados, y al estímulo de los premios, se unirá el deseo general de dejar bien á las bellas y estimables señoras y señoritas encargadas de hacer efectivo nuestro fervor religioso. Allí iremos todos los de EL COJO ILUSTRADO á dejar nuestro óbolo.

Jueves
24
DICIEMBRE

“Esta noche es Noche Buena Mañana también será; Todas las noches son buenas En habiendo que cenar!”
Esto dice el cantar; pero en realidad, la noche de este día es excepcional. Al simpático festejo del nacimiento del Dios Hombre, concurren mil incidentes que hacen de esta noche una velada *sui géneris*. Desde la novedad de una misa á las doce de la noche, hasta la es-

Sozodonte

PARA LOS DIENTES Y EL ALIENTO.

(DE VAN BUSKIRK)



Esta es la figura exacta del paquete segun se vende.

Es el dentrífico favorito del público de todo América así como tambien de todo Europa, desde el año de 1859. Es la preparacion mas antigua del nuevo mundo.

La célebre actriz Sahara Bernhardt dice del **Sozodonte** que “es el único dentrífico de reputacion *universal*!”

El **Sozodonte** preserva la *dentadura* de su decaimiento, endurece las encias y perfuma el aliento, dándole el olor mas delicioso que ninguna otra preparacion puede conceder.

El **Sozodonte** se vende en todas las Perfumerias, Droguerias y Farmacias. Se manda por correo un *libro* diciendos la manera de cuidar vuestra dentadura y una pastilla de **Jabon Sozoderma** de muestra á quien la pida dirigiendose á los propietarios

HALL & RUCKEL,
215 Washington St., New York, EE. UU. de A.

ANEMIA **HIERRO QUEVENNE** **DEBILIDAD**

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris, contra **CLOROSIS, FIEBRES, FALTA de FUERZAS** **Es el Verdadero.** — 14, R. BEAUX-ARTS, PARIS.

Gran Fábrica de Chocolates y Cacaos



CARACAS

La materia prima de nuestra fabricación es el cacao conocido universalmente por el nombre de **CARACAS**, el cual goza de reputación, hasta ahora indiscutible, como el mejor del mundo.

PABLO RAMELLA Sucs.

CARACAS - VENEZUELA

DE VENTA EN TODAS LAS PANADERIAS DE RAMELLA

ALMANAQUE DE PARED PARA 1897

(Astronómico y religioso)

Propiedad de la Empresa **EL COJO**

Está ya á la venta

pecialidad de la música y comidas con que se celebra esta fiesta.

Esta noche comienza lo que aquí llamamos vulgarmente la *gran sabana de Pascua*.

Y yo, que aún conservo mi buen humor me declaro en vacante, como lo hacen desde mañana los colaboradores de EL COJO ILUSTRADO.

*

Lunes
28
DIEMBRE

Aunque parezca mentira, hoy celebran *su día* muchas personas. Salomón dijo, que era infinito el número de los necios; pero yo creo que el de los inocentes no le va en zaga. De que los hay, los hay, el trabajo es salir uno de casa. A ellos,

y á los que no lo son, dedico estos pasatiempos, propios de este día:

DOMINGO MANZANARES
TENIENTE

Rompe Cabezas N° 1
(Geroglífico)

Colocar en medio de una ciudad, una clase de adverbio, y que resulte un título ó empleo.

Logogrifo

Los tormentos y la muerte de Jesús
—
Spirto Gentil

Rompe Cabezas N° 2
(Geroglífico)

VIRTUD DE SOLDADA

CIOTO.

Rompe Cabezas N° 3
(Geroglífico)

El joven é ilustrado Dr. Freitez Pineda de la ciudad de Barquisimeto expresa su valiosa opinión sobre el modo de combatir las afecciones bronco-pulmonares:

Dr. Rafael Freitez Pineda, Médico Cirujano, certificado: Que he usado hace algún tiempo en mi clientela privada la "Emulsión de Scott" siempre con resultados satisfactorios en las afecciones bronco-pulmonares de naturaleza tuberculosa y en las convalecencias de las enfermedades adinámicas.

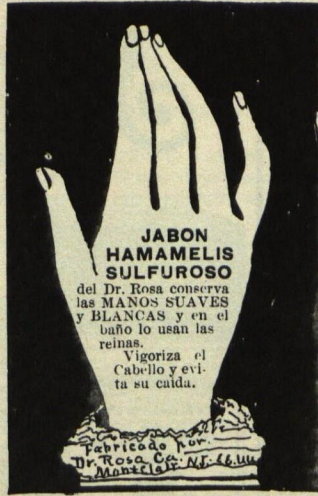
Haciendo justicia al mérito de esta buena preparación farmacológica me es grato dar la presente certificación.

DOCTOR R. FREITEZ PINEDA.

Barquisimeto, Abril 10 de 1894.

LAS MUJERES de este país tienen el cutis naturalmente bonito aunque muy sensible al aire demasiado vivo y al sol demasiado ardiente. Para impedir el **bocharno, grietas, barros** y hasta las **manchas de pecas**, empleese para la **toilette** de todos los días, la **CREMA SIMON**, **Polvos de arroz** y el **Jabon Simón**. No confundir con otros productos análogos.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, París y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.



JABON HAMAMELIS SULFUROSO
del Dr. Rosa conserva las **MANOS SUAVES** y **BLANCAS** y en el baño lo usan las reinas.
Vigoriza el Cabello y evita su caída.



PARA LOS NIÑOS.

Pedid á vuestros abuelitos y amiguitos de edad con quienes tengais relaciones, que os den los **SOBRES VIEJOS** de las cartas que guarden y enviad los sobres con sus sellos á la direccion abajo indicada. Por cada **50 sobres con sus sellos (TIENEN QUE SER DE DIFERENTE CLASE TODOS, SI NO NO SIRVEN)**, que me enviéis os remitiré franco de porte un bonito libro con ilustraciones. Ved que sean diferentes, si no son así aunque mandéis sellos no se mandará nada ni se os contestaran las cartas. Por 100 Sellos de diferentes clases, sin sobres, remitiré un bonito libro con ilustraciones.
Direccion:—Henry Jones, 136 Liberty St., New York, E. U. A.

LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS DEL DR. ROSA

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

SON UN TÓNICO para el cutis. SON MEDICINALS. EL BORAT es SALUDABLE. EL AZUFRE es PURIFICADOR. Curan todas las ERUPTIONES. Curan todos los GRANOS. S n recomendados por todas las EMINENCIAS MÉDICAS.

DELICIOSAMENTE perfumados. Los mas blanco de todo: los Polvos. Nuestro libro "LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN" porte paguano. Preparados por el Eminente Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Moutclair, N. J., EE. UU.



AU PRINTEMPS

CASA DE MODA DE PRIMER ORDEN

Especialidad en la confección de Trajes y Sombreros

GRAN DETAL DE MERCANCIAS

SUR 2, NUM. 35. — PAJARITOS A LA PALMA

TELEFONO NUEVO 52—VIEJO 298

C. Blanco Joud & Ca.

LA TRASATLÁNTICA

Capital responsable
Bs 37.500.000.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

OSCAR MÜLLER
Agente General en Venezuela

MISCELANEA

—El profesor Hastings, de la Universidad de Jale, en el curso de experiencias felices á fin de computar la forma exacta de los objetivos telescópicos de modo de evitar la "corrección local" ha descubierto que si las grandes lentes se colocan á cierta distancia la una de la otra, la longitud del tubo puede reducirse á la mitad del tamaño actual. Como una de las grandes dificultades con que se tropezaba hasta ahora era la precisa fijación de pesadimos lentes á larga distancia del eje, el descubrimiento del profesor Hastings no sólo salva el inconveniente sino que permite construir telescopios aun mayores que los existentes.

—El profesor Newcomb ha estudiado el error posible en la determinación del movimiento propio de las estrellas en lo que se refiere á las que se mueven en el mismo sentido que el sistema solar. Dos interesantes conclusiones ha obtenido, cuales son: 1º Que la distancia atribuida á las estrellas de menor magnitud son exageradas, porque lo probable es que sean más pequeñas de lo que se supone, pero menos distantes. El universo, de consiguiente, el telescópico al menos tiene límites perfectamente definibles. 2º. Que nuestro sistema no se dirige hacia la constelación de Hércules, como hasta hoy se suponía, (alpha del centauro) sino hacia Vega, el alfa de la Lira.

—El *Semanario clínico* afirma que la leche humana tiene propiedades antidiftéricas.

—Una de las curiosidades de la Exposición Nacional que celebrará la ciudad de Toronto será un gran pabellón exclusivamente construido de heno y adornado con espigas y granos.

—Sabido es que la gran campana de Moscow desde que se le rompió un pedazo, sirve de capilla y se entra á ella por el desportillado. La segunda campana gigantesca de Moscow pesa 128 toneladas. En Mingán-India, están ahora montando de nuevo una campana que hace más de un siglo había caído al suelo. Pesa cerca de cien toneladas. La de Pekin sólo alcanza á 58 toneladas.

—El libro que va á publicar el explorador Nansen á propósito de su último viaje á las regiones boreales está ya contratado por tres editores. El original lo ha comprado un editor de Cristiania por 625.000 bolívares. Constable, de Londres, le pagó (£. 50.000). 1.250.000 bolívares por la versión inglesa y Brockhaus, de Leipzig, le entregó 625.000 bolívares por la versión alemana. La obra tendrá 250 ilustraciones y será traducida á doce idiomas.

Notas

La Patti ha ganado 25 millones de bolívares en el Teatro.

Un médico cree haber encontrado el modo de curar el tartamudo por medio de la electricidad.

Los elefantes pueden correr durante seis horas á razón de veinte kilómetros por hora.

La ley y la costumbre:

Aunque la ley de Linch esté prohibida en los Estados Unidos, en estos seis últimos años ha habido 1.113 ejecuciones populares contra 723 ejecuciones legales.

En seis años, la potencia naval de Inglaterra ha aumentado 87 p₂, la de Francia 42 p₂, la de Rusia 71 p₂ y la de Alemania 100p₂.

En Boston, el servicio de correos de una oficina á otra se hace automáticamente. Una carta colocada en una caja, cae en un tubo neumático y se transmite inmediatamente á la oficina central.

Edison no es orador; no ha ensayado sino una vez hablar en público, y la experiencia no le fue favorable.

Tenía que hablar sobre sus invenciones, pero en el momento de tomar la palabra se sintió tan conmovido que se contentó con decir:

Señoras y señores, mi amigo M. Adams va á hablar de la electricidad y yo os demostraré todo lo que él os diga sobre mis instrumentos.

El pabellón nacional más antiguo del mundo es el danés que existe desde el año 1.219.

M. A. Guzmán B.

Saluda muy atentamente á todas las personas que le han honrado con su confianza ocupándole en diligencias, cobros, compras y ventas de fincas, negocios comerciales, administraciones, comisiones, gerencias, liquidaciones, etc., etc., como así también á todas las demás que quieran favorecerle haciendo uso de sus servicios, manifestándole á todos que está á sus órdenes para agenciarles lo que por tales respectos se les ofrezca, en su casa de habitación sur 9, No 21 (Perico á San Lázaro) Teléfono sur No 1680, y en su escritorio "Carbón de la Costa" Teléfono viejo No 680 y nuevo No 118.

Caracas: Noviembre 20 de 1896.

M. A. Guzmán B.



BRANDY "DERVOS" ★★★ EL MEJOR QUE SE TOMA EN VENEZUELA
 Unico importador, L. de MONTEMAYOR. — Caracas
 Sólo garantizo como legítimo el que lleve la firma de mi casa

"LA BONANZA" LA LEGITIMIDAD Y LA HIDALGUA

SMITH BROS & CA.

Calle de los Ingleses -- Puerto España

TRINIDAD

COMERCIANTES, IMPORTADORES & AGENTES

Mercancías secas, artículos de fantasía, Calzado, Ferretería, Muebles de todas clases, etc. etc.

ESCOGIDO SURTIDO

Esmerada atención á los compradores

Y PRECIOS EQUITATIVOS

AGENTES DE

The Lancashire Fire & Life Assurance Co. The Butterick Publishing Co. y "The Delinicator" Periódico de modas y patrones.

SMITH BROS & Ca.

REAL FÁBRICA DE CIGARRILLOS
 v
 PAQUETES DE PICADURA DE TODAS CLASES
 DE
 PRUDENCIO RABELL
 CON SUS MARCAS ANEXAS
LA HONRADEZ, EL NEGRO BUENO Y EL FENIX
AGRACIADO POR REAL ORDEN DE SU MAGESTAD EL REY
 DON ALFONSO XII,
 CON EL USO DE SUS REALES ARMAS

Los productos de esta Fábrica son elaborados con hojas selectas procedentes de las mejores vegas de Vuelta Abajo, escogidas escrupulosamente por personas inteligentísima en el ramo.

Los cigarrillos son elaborados á máquina, tanto los Elegantes y Panetelas como los Corrientes; lo cual, además de su reconocida calidad y buen gusto, garantiza el aseo y limpieza en su elaboración.

Hay constantemente un surtido general variado y fresco de Elegantes, Panetelas, Bouquet, Bouquet Imperial, Especiales, Camelias Medio Gigante y Gigantes en papel de algodón, trigo, hilo, arroz, pectoral, berro, pulpa y pasta de tabaco, orozuz y chorruto.

Al que lo solicite se le envían precios corrientes de los artículos de la Fábrica y se sirven los pedidos con esmero y prontitud.

Dirección: Cable, Rabell.

Teléfono, 1.016. Correo, Apartado 117
 Paseo de Tacón (Carlos III), 193, Habana.



Wilson, Son & Ca.

Wholesale & Retail Drygoods and Commission merchants
PUERTO ESPAÑA-TRINIDAD

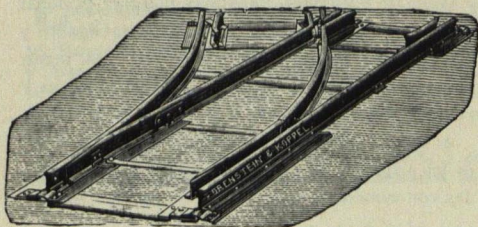
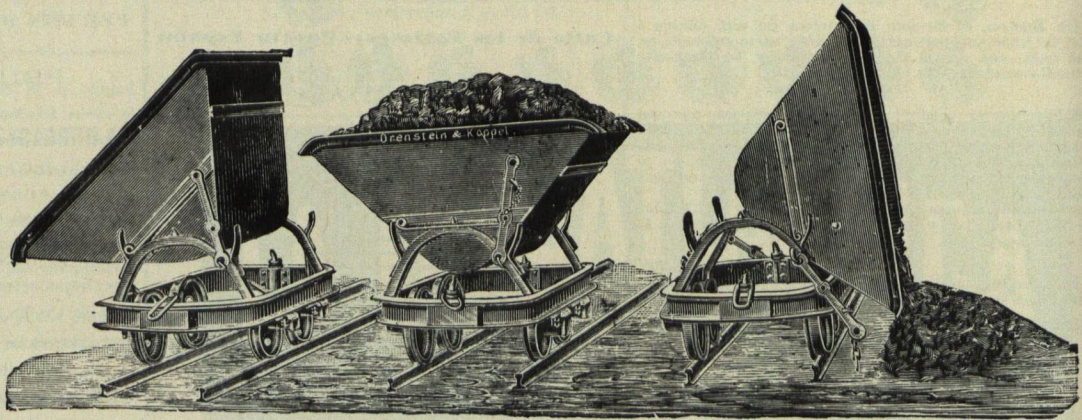
ORENSTEIN & KOPPEL DE BERLIN

Fábrica de ferrocarriles portátiles y fijos de acero

Carros de transporte, locomotoras, coches de pasajeros, ruedas, etc., etc., etc.

Materiales para ferrocarriles y tranvías con el nuevo riel acanalado propio para las calles. Instalaciones de vías portátiles para Haciendas de caña, café, cacao y otras industrias; cambios de vías, wagones para cargar caña y demás frutos, para maderas, placas giratorias etc., etc., etc., y cambios

montantes tan usados en la explotación de **HACIENDAS DE CAÑA** ofrecen los suscritos **Agentes Generales** de esta fábrica para Venezuela.



El Ingeniero Representante en esta ciudad, señor Andrés Palacios Hernández se encarga de los presupuestos que se soliciten y todo lo que se relacione con los pedidos.

Casas principales y fábricas en Berlín S. W.—Dortmund — Sucursales y depósitos en las principales capitales del mundo.

EXPOSICION PERMANENTE

de todo el material en miniatura en la **Oficina técnica de Ingeniería.**

Caracas: Sur 1, Núm. 44 — Traposos á Colón

Müller y Montemayor.